

ANT

XIX

2358

OBRAS COMPLETAS

DE

FERNAN CABALLERO.



COSA CUMPLIDA...
SOLO EN LA OTRA VIDA.

DIALOGOS

ENTRE LA JUVENTUD Y LA EDAD MADURA

POR

FERNAN CABALLERO.



MADRID: 1862

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,
calle de Santa Teresa, núm. 8.

1911

1911

1911

1911

1911

1911

1911

1911

1911

INTRODUCCION A LOS DIALOGOS.

¿Quereis saber lo que son en sentir de su autor, FERNAN CABALLERO los DIALOGOS ENTRE LA JUVENTUD Y LA EDAD MADURA? Pues oidlo de su boca:

«Recuerdos de un villoró, de un sochantre de lugar, de un interior pacífico, de niños y de flores; en fin, nimiedades.» (1)

¿Deseais conocer los gustos del escritor, y la disposicion de su alma al escribir estas páginas?

»Me gustan los árboles, como á los pájaros; las flores, como á las abejas; las parras, como á

(1) Adviértase que todo lo que está con comillas es de FERNAN CABALLERO.

» las abispas, y las paredes viejas como á las sala-
 » manquesas.»

.....

» ¡Chiton, Conde, chiton! no quiero que mis
 » flores dén ocasion á la sátira, ni mis buenas galli-
 » nas pábulo á la crítica.»

—» Pero,—repone su interlocutor—¿en dónde
 » no hallareis vos amigos, Marquesa?»

—» Allí donde no sientan todos como vos, y no
 » me miren con vuestros parciales ojos?»

¡Quién dijera que tan pronto iban á demos-
 trar los sucesos la exactitud de este presentimien-
 to?

Pero he aquí anunciado en pocas palabras al
 lector lo que tambien en breves razones desea-
 mos decirle.

No es un secreto para el público lo que acerca
 de FERNAN CABALLERO siente y piensa el que escribe
 estas líneas, que mirará siempre como uno de sus
 mejores timbres, haber logrado la confianza del
 insigne novelista, para cuidar de la presente edi-
 cion. Por lo mismo y satisfechos con haber con-

signado en ella nuestro nombre entre tantos ilustres literatos, que se han apresurado á tributarle homenaje, nos habíamos propuesto dejar libre el paso para que otros pudiesen formar parte de tan brillante acompañamiento.

Pero puesto que con ocasion de esta obra, se ha hecho de nuestro Autor querido, la única crítica con visos de formal que hasta ahora se le haya fulminado, y que por su naturalaza ha debido amargarle mucho, permítasenos romper aquel propósito, y ya que no defendamos á quien no ha menester defensa, por lo menos, á la modestia del propio juicio, y á la severidad con que por mirar aquella á una luz que tenemos por equivocada, la juzgó el crítico, opongamos nosotros algunas razones, para que el público á quien compete, pueda fallar en esta contienda.

De inmoral acusó el crítico esta obra. ¡Inmorales los escritos de FERNAN!... á quien tanto deben la Religion y la familia y la sociedad! Aquel nombre y ésta tan terrible acusacion, segun la frase vulgar recientemente usada, *braman de verse juntos*.

A la acerbidad de este fallo, solo ha contestado nuestro Autor en su humildad, apelando al juicio de la Iglesia.

No le importaba que la ley no se lo exigiera: destinados estos escritos á vivir en la familiaridad del hogar doméstico, cuyo reflejo son, cuyo modelo deben ser, no hubiera estado tranquilo hasta que decidiesen los guardadores de la sana doctrina, si, contra toda su intencion, se habia deslizado de su pluma alguna máxima, algunas palabras que la contrariasen. A continuacion de estas líneas podrán ver nuestros lectores el dictámen del censor y el fallo de la autoridad eclesiástica. Esto importaba al crédito de FERNAN; pero importa mas al de sus ideas y sentimientos, que para él y para sus amigos, valen aun mas que su espléndida aureola literaria.

Acallado, pues, victoriosamente sobre este punto un sobresalto que solo pudo asaltar al escritor, pero que de seguro no trascendió á ninguno de sus lectores, á nosotros, mas que combatir directamente el juicio que le motivó. lo que nos incumbe es explicarle; y esto bastará para que por

sí solo caiga y se desvanezca, acaso hasta en la propia conciencia del que lo dedujera.

Lejos de nosotros sospechar en lo mas mínimo de la rectitud de sus intenciones, ni de la sinceridad de su convicción. Ya lo hemos indicado antes de ahora. Concediendo los talentos del crítico, dada la parte que es natural y disculpable á los pocos años que contaba á la sazón, lo que principalmente creemos que le indujo á error, fué la equivocada luz á que miraba estos cuadros. Mirábalos, sin duda, á la de la prudencia humana; aplicábales el criterio de máximas filosóficas y económicas, y condenó lo que la ciencia condena, lo que no explica la filosofía, lo que la razón no absuelve por sí sola. Ver como la desgracia cae de repente sobre una familia que la virtud corona y que santifica el trabajo; oír que el padre muere precipitado de un andamio, y que la amante Esposa pierde la razón; que perece el pobre pescador arrebatado por una ráfaga de viento, que se lleva tras sí el juicio del hermano que le sobrevive, dejando huérfana de ambos á su desolada Madre; que se mancha con un robo la honra de una familia de la mas an-

tigua y acendrada nobleza castellana, bajando al sepulcro á impulso de la afrenta su venerable Gefe... por todas partes dolores, por todas partes catástrofes!... no es extraño á la verdad que se impresionase el ánimo generoso de quien solo con el nivel de la humana ciencia y el compás de la crítica literaria habia de buscar, como suele hacerse en obras de este género, el ver premiada á la virtud, y castigado el vicio, procurando estímulos para aquella.

Mas, ¡cómo no echó de ver el censor que toda la síntesis del pensamiento del escritor se encierra admirablemente en estas palabras...

COSA CUMPLIDA...

SOLO EN LA OTRA VIDA.

¡Es verdad! Esta,—que no es novela,—esta conferencia, estos DIALOGOS, que creemos sin modelo, ó diferentes y superiores á todo modelo, puesto que en ellos no solo hablan y juzgan los interlocutores, sino que á su vista vive la vida y obra la Providencia; este sencillo interior, estas

NIMIEDADES que el autor decia, tienen aun sin pretenderlo él, mas altos alcances; y son, no diremos un tratado moral, son la vida práctica iluminada y consolada por la luz del Evangelio, y dan lugar á mas meditaciones que muchos libros ascéticos, ya sobre los hechos de la vida, ya sobre muchas de las verdades y de las virtudes católicas. Esta es la luz á que ha escrito el autor; hé aquí con la que debe ser juzgada su obra. Y cierto, bien puede arrostrar el exámen. A vista de los dolores que calma, de las lágrimas que consuela, bien podrán repetírsele aquellas divinas palabras: «MUJER ¡A DONDE ESTAN LOS QUE TE ACUSABAN?»

Al que desee alguna comprobacion de lo que decimos, nos bastará con remitirle á examinar la manera con que FERNAN comprende y habla de la muerte, y con que explica la RESIGNACION, virtud esencialmente cristiana que no conoció el mundo antiguo, y que no acertaría nunca á imaginar ni á comprender por sí sola la filosofía. Hé aquí sus palabras:

«¡La muerte!..... Siempre he preferido mirar ese trance, no como el justo fin de la vida,

«sino como el glorioso principio de la eternidad;
 »así como prefiero pensar en la clemencia de
 »nuestro Juez, á pensar en su justicia; esperar, á
 »desconfiar; amar, á temblar; agradecer á temer.
 »—Pero la Generala es tan virtuosa que sobrelle-
 »vó este golpe terrible con mucha fuerza y vigor.»

—«Decid RESIGNACION, Marquesa. La virtud,
 »que es un combate contra nuestras malas pro-
 »pensiones y nuestras debilidades, cuando está
 »aislada, es presuntuosa, no cuenta sino con sus
 »propias fuerzas, y tiene por auxiliares al orgullo
 »y la vanagloria, que *dan valor*. La virtud cristia-
 »na desconfía de sí, y acude á la gracia; y son sus
 »auxiliares la sumision y la oracion, que dan RE-
 »SIGNACION.»

—»¡Bien definido, Conde! RESIGNARSE es dulci-
 »ficar el dolor, respetándolo como compañero, *lle-
 »varlo con valor* es combatir al dolor y vencerlo
 »como á enemigo.»

Aprendan los que adolecen del espíritu, y los
 que quieren llegar á la fé de las verdades católi-
 cas solo por la demostracion, que LA FE ESTA EN LA
 VOLUNTAD, Y NO EN EL ENTENDIMIENTO.

— «¿Qué son, dice, vuestras estériles demostraciones, vuestros sistemas sin base, que se agitan en un círculo vicioso, *oscuro y seco*, en comparación de aquella plácida luz, de aquel manantial de aguas puras y cristalinas, que brotan en el alma sencilla, que aprende á vivir y morir en el catecismo.»

«No hay edades,—prosigue en la misma página—entre los buenos católicos para los sentimientos religiosos: tenemos unos y otros firmeza de viejos para la fé, ardor de jóvenes para la caridad, y todos una misma esperanza.»

¿Quereis ver cómo habla del arrepentimiento; cómo pesa á la vez los quilates del dolor, y analiza los secretos de su accion sobre la organizacion del hombre, sobre la de la mujer, comparados ambos con el único verdadero y supremo Consolador?

» ¡Solo Dios, dice, solo Dios perdona y olvida.»

» El arrepentimiento no quita, al contrario,

»aguza el remordimiento, y le hace principio y
 »parte de la expiacion: manchas hay que, cual
 »las de hierro, gastan la trama, que muere con
 »ellas.»

Ya antes habia dicho Mad. de Stael: «¡Las
 »lágrimas pueden borrar el crimen, pero nunca la
 »vergüenza.» Y sin negar la belleza ni la profun-
 didad de esta sentencia de la gran escritora, séa-
 nos lícito pretender que la que citamos como ge-
 mela suya, esfuerza notablemente en sentido reli-
 gioso, la verdad y la esfera de aquel sentimiento,
 sin el cual no es posible la regeneracion del hom-
 bre, y que á poder penetrar en el abismo, tornára
 en Angeles á los demonios.

Pero hablábamos del dolor. Hé aquí como le
 analiza FERNAN.

—«¿Qué quiere Vd., Marquesa? En todas las
 »cosas se apoya la mujer en el hombre ménos
 »en el dolor; que entonces se apoya en Dios. El
 »hombre en todas cosas se apoya en sí mismo,
 »ménos en el dolor, en que se apoya en la mu-
 »jer; porque consolar es uno de sus mas bellos
 »dones, de sus mas dulces prerogativas. ¡Pobre

»del que en sus aflicciones no tiene una Madre,
 »una mujer, una hermana, una hija ó una
 »amiga.»

Ni son ménos bellos, aunque á otro órden menos elevado pertenecen, los estudios psicológicos que hace sobre otros sentimientos meramente morales ó sociales, por decirlo así, pero que siempre parten é irradian del gran principio de la verdad religiosa, que es la única base sólida de su razonamiento.

Véase sino como juzga sobre su propio tribunal á la *opinion*, «esa indolente sultana que no
 »atreviéndose á separar el trigo de la cizaña,
 »viene á dar en el *indiferentismo*, que es, — afirma nuestro moralista, — *la parálisis de la virtud.*»

.

—«¿Quién, dice, es el nécio que sostiene, que
 »todos los dias pensará lo mismo, ni el hombre
 »autómata que se jacta de sentir siempre de un
 »mismo modo?»

—«Dejad, —continúa hablando de las lágrimas,
 »mas, —dejad corred esas fuentes del corazon que

»prueban al correr que no está seco ni exhausto;
 »dejad, por Dios, que se humedezcan los ojos, si
 »no se han de asemejar á los de cristal de las fi-
 »guras de cera.»

Y en otro lugar:

—»¿Quién puede saber, Señora, el secreto que
 »cada corazón lleva consigo á la tierra?

—»¿Qué secreto amargo puede llevar, amigo, el
 »que muere en el seno de la Religion, en los bra-
 »zos de los suyos, bendecido y bendiciendo; son-
 »riendo á la vida que fué bella, y á la muerte que
 »lo es también, porque lo fué la vida?»

Salpicada está toda de éstas máximas, cuya sa-
 biduría viene del Cielo: sirvan de ejemplo las si-
 guientes:

«Donde hay virtudes, hay buena conciencia;
 »donde hay buena conciencia hay contento; así
 »como donde hay sol, hay flores; donde hay flo-
 »res hay fragancia.»

Y en otro lugar:

«Dios no hubiera criado al sol, sino quisiera
 »al hombre alegre.»

Acuda á estas bellísimas páginas el que quiera

» comprender la extremada dulzura de un ¡DIOS TE
» LO PAGUE!»

Nótese cuán nuevas y profundas son las consideraciones que le inspiran la locura con *sus giros de ideas*; los niños precoces, *caricaturas en lo moral y en lo físico*; sus máximas sobre la educación y la enseñanza, en que sabe y se le alcanza tanto mas y mejor, que á muchos zurcidores de libros de texto ó hilvanadores de planes de estudios; sus observaciones y consejos sobre la atención y cortesía que deben mediar entre todas las relaciones sociales. Frecuente ha sido encarecer la obediencia y el respeto del inferior al superior; acaso nunca la urbanidad y deferencia que á aquel debe el último; que quien lleva la ventaja en cuanto á lo elevado de la posición, no ha de perderla en cortesanía. Esto,—si bien es verdad, que no es invención de FERNAN,—tan perdido anda por el mundo... que lo parece. No es dable concluir este punto sin citar unas palabras, que debieran grabarse con el punzon de oro con que el Angel traspasó el corazón de Santa Teresa. La Santa escritora, que hablando del Diablo, exclamaba: «Des-

»graciada criatura que no sabe amar!» no las rechazaría si se le atribuyesen.

—«Recordad un refran turco que dice: que el que llora con todos, acaba por quedarse sin ojos.»

Respuesta. «Bien decís que es turco el refran. ¡Qué magnífica y bendita ceguera la que fuese debida á la caridad!»

Si le buskais en el terreno literario, podremos remitirnos á lo que piensa y sientè de la poesía; á su análisis de lo clásico y lo romántico; á su exacta y profunda distincion entre lo romántico y lo *romancesco*, y entre esto y lo verdaderamente poético.

¡Oh cuán bellas y epigramáticas suelen ser las frases con que sazona estos juicios! Algunas de ellas por ventura quedarán como proverbios, mientras vivan la literatura y el habla castellana. Sirvan de ejemplo entre otras que citar pudiéramos; «Alonso, porque sabia la A, la echó de disputador. — ¡Teneis el corazon en carne viva!» (para significar que una persona es sensible á todos los infortunios ajenos;) y esta otra, que no recusarán, de

seguro, muchos de entre los poetas: «Cuando la
»poesía se mezcla en la vida real, es una mala ama
»de llaves.»

Arrastrados por la importancia de estos análisis, no hemos fijado la vista en las *descripciones*, en las cuales, si siempre se ostenta con mano maestra, á veces como que se sobrepuja y excede. Permítasenos citar la que hace de la belleza del campo, la del temporal en Cádiz, la del pueblo de Sampayo, la del buen D. Gil el sochantre querido, y las de los juegos y los cuentos de las niñas y la muerte de la sobrinita.

Todas ellas y otras muchas quisiéramos citar: pero no podemos, no debemos. Quede al escritor su gloria de contarlas cómo, y dónde quisiere;— quédele el placer de iniciar á sus lectores en las maravillas de su talento, tan puro, tan rico, tan flexible, tan vário!

Hé aquí, sin embargo, como se despide con tan piadosa ternura como picante desenfado, del protagonista, á quien pintó *con amore*, inmortalizándole sin quererlo.

«¡Oh mi buen, mi excelente D. Gil!... ¡Tú que

»tanto ruido y papel hiciste en la iglesia, y tan
 »poco en el mundo!... ¡Tú, que amaste y ejerci-
 »taste el canto y el latin sin comprenderlos; pliego
 »blanco de papel, en que estampó la fé sus ado-
 »raciones, para ponerlas en manos del Señor! no
 »me olvides allá arriba, donde estás con otros mu-
 »chos POBRES DE ESPIRITU Y RICOS DE CORAZON; y
 «ruega por la que supo apreciar la suave almendra
 »bajo su tosca corteza!»

Ya apuntamos antes cual es nuestro juicio acerca de la forma de estos escritos. Mas hay en ellos un carácter particular, acerca del cual no podemos menos de llamar la atencion de nuestros lectores, y muy señaladamente, la de los que leen para aprender á escribir.

Ante todo, es notable en FERNAN su *estilo* propio; de una verdad, de un colorido tal, que no puede confundirse con otro. Hemos oido á algun Aristarco, censurar en aquel tal ó cual expresion: tal cual frase ménos castiza; mas no sabemos de ninguno tan injusto ni descontentadizo que en aquella otra dote, que es la principal en el escritor, —como que es la que constituye su indi-

vidualidad, —no le conceda la palma entre los primeros.

Mas no se crea que el pintor de los CUADROS DE COSTUMBRES, de las RELACIONES y de los DIALOGOS, no tiene en su paleta colores para copiar otra cosa que la ruda, franca y enérgica fisonomía del pueblo. Un crítico eminente, un escritor en quien compiten el corazon y la cabeza, el Señor Don ANTONIO DE APARISI Y GUIJARRO, nuestroa migo querido, en el bellissimo prólogo que ha dedicado á la preciosa novela titulada UN SERVILON y UN LIBERALITO, ha tenido antes que nadie la gloria de consignar esta observacion: «En el lenguaje de la culta sociedad, —dice hablando de FERNAN, —no le conozco rival ni entre los mejores.»

No es escasa, á la verdad, la alabanza, por venir de quien viene, y por ser tan merecida. Repasen su memoria cuantos profesan la literatura ó á ella tienen particular aficion, y sin limitarse precisamente á la Novela, en que tenemos tan poco, observen nuestro teatro en que somos mas ricos. Y ciertamente, desde Iriarte, que en el *Señorito mal criado* nos dejó una muestra de que posea

este secreto, no hallará muchos escritores á quienes sea familiar. De seguro no lo encontrará en Moratin, á quien en tantas otras cualidades del estilo nadie recusará como Maestro. Es mas: sabemos de escritores, que por su cuna y por su educacion corresponden á lo mas puro y elevado de aquella clase, y cuya conversacion es por demás culta, amenísima y elegante, y sin embargo, pintan mejor las animadas escenas de una venta ó de un campamento, que el tono grave y acompasado de los salones. Y á la verdad no es extraño. La *buenasociudad* ó es una, ó cuando menos, se parece mucho en todas partes; como que la cultura consiste en destruir lo *anguloso*, es decir, en quitar muchas de esas singularidades que constituyen los tipos especiales. Y conservar estos sin perder aquel tono, es raro privilegio, que requiere no solo un estudio profundo y gran sagacidad para la observacion, sino además una reflexibilidad suma, para la cual acaso habria de ser necesario que se combinasen un gran talento de hombre, un corazon de mujer y la exquisita sensibilidad de la dama, á quien la observancia de las costumbres del pue-

blo, y la práctica de la vida aristocrática, fuesen en parte ingénitas, en parte heredadas ó familiares desde la cuna.

No aspiramos á que en ello se nos crea sobre nuestra palabra. La prueba está en muchos, si no en todos los personajes de FERNAN; entre los cuales, sin embargo, citaremos á los Duques de Almansa, á Ismena, al General Conde de Alcira, á la Marquesa de Valdejara, á su hijo, tipo de caballeros... á tantos otros... y entre ellos á Clemencia, al Abad, á Pablo, á Sir George Percy, y de Brian, y sobre todo, —pues de estos tratamos, —á la MARQUESA DE ALORA y al CONDE DE VIANA, que son los interlocutores de estos Diálogos.

Ellos discuten siempre, y disputan como de propósito; que es decir que tienen mas ocasiones de mostrar su carácter, por lo mismo que esas discusiones pasan á solas, en la intimidad de una amistad antigua, é indulgente; y sin embargo, cada cual mostrándose tal como es, no choca ni ofende, ni al lector ni á su antagonista. Al contrario, éste ama y respeta la razon que se le opone, y los lábios que se la dicen; y el lector estuviera á veces

indeciso sobre á quien dar sus simpatías, si no fuese... porque la Marquesa, en su corazón y en su inteligencia y en la tésis que defiende, es, como si dijéramos, la personificación del escritor. Al que de esto dudare, le remitiremos á los *DIALOGOS*; á los trozos que hemos citados, á la *campanilla azul* que habia de imponer silencio, y á la de *oro* que habia de excitar á la Marquesa á contiunar en su elocuente improvisacion; á aquella deliciosa república en que ella habia de ser la Presidenta, y legisladores y ministros, las flores y los niños, abundando por supuesto las fuentes y las confiterías.

Permitásenos citar tambien como ejemplo, la contienda entre ambos, con ocasion de la felicidad en que la Marquesa supone que rebosa la familia de la Generala Pelaez. ¡Con qué viveza y naturalidad es conducido el diálogo que ha de terminar por conceder el atacado la confianza de un terrible secreto de familia, confianza que si se provocó sin pensarlo, no se arranca, y ántes se rehusa delicadamente!

Dice la Marquesa:

— «¡Ay de mí... imprudente! Perdonad, amigo;

»nada quiero saber. Doblemos la hoja; ocultad mi
 »tierno interés con el secreto en el silencio; el res-
 »peto á la desgracia es el mas sagrado, despues del
 »respeto á Dios.»

—«No, Marquesa, sois de la familia, y sois mas;
 »sois una amiga verdadera, y los amigos son la
 »familia del corazon. Sabréis la desgracia, que
 »cual un cáncer ha destruido la felicidad de mis
 »hermanos.»

.
 —«Conde, dejadme ignorar una desgracia, sino
 »puedo remediarla.

—»¿Me negais vuestro interés?

—»Hablad, Conde... ¡y así os sea un bálsamo!»

Hé aquí por conclusion de esta materia, en
 uno de los trozos mas bellos que acaso se hayan
 escrito, llevada hasta el límite de donde no debe
 pasar, esta contienda, modelo de exquisita cultura
 y cortesanía. No nos atrevemos á privar ni de una
 letra de ella, á nuestros lectores. Parécenos que
 despues de leida, no tendremos incrédulos de lo
 que antes afirmábamos; y podremos añadir en las
 sienes de FERNAN al título de PINTOR DEL PUEBLO, el

de POETA DE LOS SALONES. Mas si todavía tropezásemos con algun rebelde, nos contentaríamos con decirle con GÓNGORA y con FERNAN:

«Triste del que á una roca pide orejas.»

Pero oigamos; que habla nuestro autor:

—«Teneis, dijo el Conde sonriendo, por corazon
»una rosa sin espinas.»

—»Y vos quereis ajarla.

—»¡Oh! no. Quisiera regarla con las aguas de
»la fuente de Juvencia. Pero contadme lo que me
»habeis anunciado.

—»Tacha el mundo,—principió la Marquesa,—
»de *estremos* á las angustias y los dolores del amor
»de madre.

—Y lleva razon, opinó el Conde. Todo lo que
»es apasionado, en el hombre, aunque sea el san-
»to amor de Madre, necesita freno. MARIA, al pié
»de la Cruz, ni se arrancaba el cabello, ni se des-
»pedazaba el pecho. Señora, señora, todos los dias
»rezamos ¡HAGASE TU VOLUNTAD! ¿es sincero este aca-
»tamiento, si en seguida nos rebelamos violenta-

»mente contra esa misma voluntad? Esos dolores
»descompuestos no son cristianos, señora.

—»Por descabellado que sea ese amor, es bello
»y simpático, Conde.

—»Ese dolor denominado *extremos*, es insen-
»sato como es un suicidio, amiga mia; y esas Ma-
»dres energúmenas de amor, merecerian que se
»les muriesen sus hijos para enseñarlas así lo que
»es un dolor real.

—»Conde.... ¿habeis olvidado que tuvisteis
»Madre?

—»¡No lo permita Dios! Venero la tierra porque
»ella la pisó; la respeto, porque en ella yace su
»cuerpo; y ansío por el cielo porque en él me
»aguarda su alma! Pero eso no quita...

—»Que lo que en ella os admiró, os encantó
»y llenó de gratitud, en otras, lo querais motejar.
»¡AMOR NO DICE BASTA, Conde!

—»Marquesa, esa bella expresion es solo aplica-
»ble al amor divino.

—»Siempre me contradecís, Conde... ¡Si vie-
»seis cuánto lo siento!

—»No lo sintais, amiga; una pausada nube que

»mitiga algo los brillantes rayos del sol, y refresca algo la tierra con una templada lluvia, hace provecho.

—»¿Y porqué os haceis una nube en mi cielo?

—»¿Para que su demasiada pureza y brillo no os hagan creer imposibles las borrascas y las tempestades. Mas... proseguid; nó os volveré á interrumpir.»

Ni nosotros tampoco lo harémos mas, interponiéndonos entre el Autor y sus lectores, temiendo siempre decir poco, y acaso apareciendo sobrados.

Por lo mismo, no dirémos sino de paso á nuestras lectoras, (con *ellos* nada queremos yá), cuál es la única cosa que FERNAN encuentra CUMPLIDA en esta vida; y ES TODO NOBLE AMOR EN EL CORAZON DE LA MUJER.

Hemos hecho hablar á FERNAN, y es lo único en que fundamos la esperanza de haber acertado á defenderle. Pero necesitamos despedirnos de él; y para ello, en justa correspondencia, no seremos nosotros solos; serán nuestros lectores, será España toda, será el mundo católico los que lo ha-

rán, tomándole sus propias palabras. — Hedlas aquí:

— «Proseguid, Marquesa. ¿A qué evocar la imá-
»gen de la crítica como un fantasma; ante el cual se
»repliegue la expansion de vuestros gratos recuer-
»dos, y se hiele su pintura en vuestros lábios? Es-
»toy seguro de que no hay un poeta, á quien estas
»cosas, si bien no le entusiasmen como á vos, al
»menos no le hagan gracia. Proseguid esa pintura
»en sus menores detalles, hasta venir á las cir-
»cunstancias que han motivado esa segunda car-
»ta, que espero ha de ser tan noble como la pri-
»mera.»

Y esta segunda carta que es de la viuda del buen D. Gil, y contiene en realidad su testamento, concluye así:

— «Dile á la señora que ya no cantaré el *Mise-
»rere* en la tierra; pero que mediante la misericor-
»dia infinita, y los méritos de nuestro REDENTOR,
»cantaré allí arriba el *Gloria*. Y al verme llorar
»añadió: Francisca, no llores! las lágrimas siem-
»pre me han hecho contradiccion. No se deben llo-
»rar mas que las culpas... Consuélate, y acuérda-

»te de que COSA CUMPLIDA... ¡SOLO EN LA OTRA VIDA!
»—Señora, me lo he tenido por dicho: no lloro...
»y aguardo.»

Y yo tambien aguardo, señora! Que sé que son igualmente cumplidas estas verdades, añadiendo á ellas, que es por demás dichoso quien como FERNAN CABALLERO, al ganar lo que el mundo llama *Gloria*, escribe tan valederas páginas en el LIBRO DE LA VIDA.

FERMIN DE LA PUENTE Y APEZECHEA.

Madrid, 28 de Noviembre de 1857

CENSURA.

Excmo. Sr.: Cumpliendo con la órden que V. E. se sirvió comunicarme, he leído con singular interés las obras de Fernan Caballero. En ellas unas veces bajo la forma de Novelas, otras en el de Relaciones, cuadros y escenas de costumbres y aun cuentos, nada he encontrado que sea contrario á nuestra Santa Fé, ni á la moral cristiana. Pues si bien el género de literatura á que pertenecen, obliga al autor á presentar algunas veces en juego las pasiones, lo hace no para aplaudir ni disculpar sino para censurar y condenar sus extravíos. Pero si bajo este solo aspecto no pueden reputarse algunas de estas obras como libro^s ascéticos ni como tratados expositivos de moral (lo cual seria extraño al género de literatura á que pertenecen), sin embargo, es tan útil su lectura y tan provechosa la enseñanza que de ella se desprende, que la tengo por muy provechosa y conveniente á las necesidades de la época actual, habiendo no pocas que me parecen edificantes. Servirán además poderosamente estos libros para dar á conocer nuestro carácter y costumbres nacionales, tan mal comprendidas de muchos de los propios y tan calumniadas por los extraños. Por todo lo cual, y hasta por la loable docilidad con que los somete á la censura eclesiástica, conceptúo que no solo no hay inconveniente ninguno en que se autorice su publicacion, sino que por el contrario la entiendo provechosa y por tanto se debe promover y recomendar dentro de los límites que corresponde á obras de amena literatura, que por su naturaleza no son directamente objeto de las tareas y meditaciones de la Iglesia, aunque á ellas cooperen eficazmente.

Tal es mi dictámen, que someto al superior juicio de V. E. sin perjuicio de otro mas acertado.

Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid, 3 de Febrero de 1856.—Excmo. Sr José Ruiz.—Excmo. Sr. Vicario eclesiástico de Madrid.

LICENCIA.

NOS EL DOCTOR DON JULIAN DE PANDO Y LOPEZ, PRESBITERO, CABALLERO DE LA REAL Y DISTINGUIDA ORDEN ESPAÑOLA DE CARLOS III, GRAN CRUZ DE LA AMERICANA DE ISABEL LA CATOLICA, MINISTRO AUDITOR HONORARIO DEL SUPREMO TRIBUNAL DE LA ROTA, VISITADOR JUEZ ORDINARIO, Y VICARIO ECLESIASTICO DE ESTA M. H. VILLA Y SU PARTIDO. ETC., ETC.

Por la presente, y por lo que á Nos toca, concedemos licencia para que puedan imprimirse y publicarse las obras de Fernan Caballero; mediante que de nuestra orden han sido examinadas, y no contienen, segun la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral. Madrid 3 de Febrero de 1856. —Doctor Pando.—Por mandado de S. E. I. Gregorio Ignacio Gutierrez.—Está sellada con el de la Vicaría eclesiástica de Madrid.

COSA CUMPLIDA... SOLO EN LA OTRA VIDA.

DIALOGO PRIMERO.

EL ALBAÑIL.

La vie es un mystère triste
dont la Foi seule a trouvé le secret.

L' ABBE GERBERT.

Fortuné tems de l'innocence,
Hélas! des passions devaçant le réveil
A l'aurore de l'existence,
N'es-tu parmi nous qu'un sommeil?

D'ARLINCOURT.

La vida es un misterio triste, cuyo
secreto solo ha encontrado la Fe.

EL ABATE GERBERT.

Tiempo feliz de la inocencia! Tú
que te adelantas al despertar de las
pasiones en la aurora de la vida, ¿
no eres entre nosotros mas que un
sueño?

D'ARLINCOURT.

—Sí señor, sí señor; la vida es bella, el mundo es hermoso, á pesar de todos los Jeremías pasados, presentes y futuros,—decia la jóven, linda y alegre Marquesa de Alora á su anciano amigo el Conde de Viana,—está llena de encantos como el cielo de estrellas; llena de goces, como la mar de perlas. Pero estas es preciso buscarlas; aquellas, es preciso alzar la vista, y con ella el corazon, hácia aquel alto y puro espacio en que giran, para encontrarlas. Si Vd. vegeta tétrico en una oscura cueva, ¿cómo hallará Vd. perlas, ni verá estrellas?

—Cantais como un ruisenor, dijo el Conde con una sonrisa triste é incrédula.

—Hablo como una agradecida hija de Dios, repuso la Marquesa. ¡Un hombre como Vd., misántropo! Quite Vd. allá! ¡Eso es un palpable contrasentido! es una anomalía, como dice Vd. que lo es en el Gobierno condenar las malas doctrinas y dejar que cundan por medio de la prensa, lavándose las manos como Pilato.

—¿Dónde están, linda visionaria, respondió el Conde, esos encantos, esos placeres sublunares? ¿Serén el efímero amor, la desleal y deslavada amistad? ¿Será acaso el oro, que no sabe satisfacer; los honores que no honran? ¿será el mundo, ese horrible caos? ¿será la soledad, ese árido desierto? ¿Nos los proporcionarán por ventura el corazon, que es nuestro verdugo; los sentidos, que son nuestros enemigos; ó el alma, que, como todo desterrado, no sabe

sino suspirar? El mundo es, amiga, un árido y triste destierro.

—¡Pobre mundo! exclamó la Marquesa, ¡y cómo te tratan!—Véngate; seca tus fuentes de fresca y líquida plata; quita sus colores y perfume á tus flores; haz esqueletos de tus frondosos árboles, agosta tus campos, y no le nutras al hombre ingrato sus mieses y su vid; seca los cáuces de tus rios, y haz de ellos profundas y ásperas cicatrices sobre el seco y decrepito cadáver de la tierra; quita del alcance del hombre el oro, la plata y ricas pedrerías que encierra tu seno; vomita tus iras por las abiertas bocas de tus volcanes; esparce tu amarga ira con las poderosas olas de tus mares, hasta cubrir la frente de tus gigantes de tierra, los montes: y allí donde el hombre ingrato haya labrado su albergue, sacúdele ligeramente, para que caigan sus mas robustas obras como castillos de naipes.

—¡Qué anatema, amiga mia!

—El que merece la ingratitud, ese mónstruo sin corazon.

—Como sois jóven, girais cual las primeras horas del dia, esas horas frescas y puras que se llaman la aurora, en un cielo rosado. Pero raciocinemos; á mi edad.....

—El corazon es siempre jóven, interrumpió con viveza la Marquesa, y la ancianidad puede, como decís de la juventud, girar tambien en un rosado cielo, llamado ocaso, como las últimas horas del dia.

—Pero enumeradme esos placeres, esos encantos que veis vos, repuso el Conde, con la doble vista de que debeis estar dotada. ¿Es el cólera? ¿Es la guerra civil? ¿Son los escritos de Proudhon? ¿Es el espíritu de rebelion inherente á la incredulidad, que mina al mundo con un horroroso cáncer? ¿Es su hija la inmoralidad, que vive y reina? ¿Es ese escepticismo frio y vulgar, con el que triunfó la materia personificada en Lutero, y el mal espíritu personificado en Voltairre? ¿Son las lágrimas de la Fé y de la Caridad, que solo la Esperanza enjuga?

—¡Dios mio! estais triste y desconsolador como nuestro sublime Marqués de Valdegamas, á quien cupo la gloria de ser uno de aquellos hombres que en todos tiempos escogió Dios para ser intérpretes de sus luces. Aun falta la sonrisa á sus lábios; pero hallará-la cuando el bien que haya hecho le pruebe que si cunde el mal, tambien cunde el bien sobre la tierra de Dios: esa será su recompensa. Pero yo quiero atraeros á mas alegre conviccion, y no lo haré teórica, sino prácticamentente; no con razones que todas se pueden refutar, sino con pruebas: pues nada hay mas poderoso y concluyente que un hecho.

—Gozad de vuestras ilusiones, como la primavera de sus flores, Marquesa.

—En todas estaciones hay flores; si en alguna faltan, no es culpa de la naturaleza, sino del hombre, que las deja secar sin cultivarlas. ¿Apostemos á que os hago testigo de una felicidad completa y estable?

—¡Completa! ¡estable!... ¡qué dorado sueño!!

—Apostemos, apostemos! insistió con alegre vehemencia la Marquesa.

—La felicidad,—prosiguió el Conde:—esto es, la que brinda el mundo, es poco estable, como la calma del mar; corta y pasajera como el canto del ruiseñor; incompleta é imperfecta como lo es el hombre en quien dos poderes luchan; y no puede ser otra cosa, desde que el hombre por su culpa entró en el mundo desterrado del paraíso.—El no ser así sería un contrasentido. Vos misma, querida amiga, ¿no sois acaso una prueba de esta verdad? La suerte os ha colmado de todos sus dones; la fortuna de todos sus favores, la vida de todas sus sonrisas; y á pesar de esto, vuestra felicidad no es cumplida, pues os faltan las magníficas prerrogativas, los dulces goces de la maternidad.

Una ligera nube pasó sobre los benévolos y brillantes ojos de la Marquesa.

—Esto será en tal caso, dijo sonriendo, no una desgracia, sino una felicidad de menos; y el carecer de una, no me hará olvidar las muchas de que disfruto. Además, para ganar cumplidamente mi apuesta, no pienso mostraros una perfecta ventura en la clase alta de la sociedad, en la que es mucho menos frecuente que en la clase humilde, por más que declamen y giman lo contrario los socialistas. En nuestra perfumada y pestilente esfera no se ensanchan las ideas, no se exaltan los sentimientos, no se multipli-

can las sensaciones, sino á expensas de la felicidad pasiva, negativa si quereis, pero dulce, alegre, tranquila y suave, que es y debe ser el patrimonio de seres caidos, condenados á una vida mortal y de trabajo, como pensais muy bien. Pero esta felicidad existe; y la dan las virtudes, que del paraíso vinieron y con ellas trajeron su ambiente. Por consiguiente, donde hay virtudes hay buena conciencia; donde hay buena conciencia, hay contento: así como donde hay sol hay flores, donde hay flores hay fragancia, Mañana os aguardo á las doce en punto, y os llevaré á casa de mi lavandera y antigua doncella de mi Madre: allí triunfaré! Allí vereis la verdadera y cumplida felicidad en su sencillez y pureza, sin traspasar sus límites, como el manso río; allí me pagareis dulce sobre dulce media arroba, que ahora mismo voy á mandar hacer para repartirlos entre sus hermosos chiquillos.

Al día siguiente el Conde acudió puntual á la hora de la cita, y ya encontró á la Marquesa cubierta la cabeza con la mantilla, y lista para partir.

Muchas vueltas y revueltas tuvieron que dar por las calles de Sevilla, en que aun triunfa la caprichosa construcción de los moros, de la simetría europea, hasta llegar al apartado y solitario barrio de San Roman. La Marquesa entró en una de aquellas humildes casas, cuyas puertas están abiertas de par en par.— La dueña de la casa hizo una exclamación de sorpresa al verla.—Chist!... dijo la Marquesa poniendo su

blanco dedo sobre sus rosados labios.—Vengo á sorprender á María. Como sé que su corral y el de la casa vuestra no los separan sino unos romeros, he venido aquí para entrar en casa de María sin que me sienta.—Esto diciendo, atravesaba la Marquesa el patio, seguida y bendecida por la dueña.

La casa de María formaba un ángulo entrante en el que había un gran jazmin que se había criado *ad libitum*, echando á manos llenas sus perfumadas flores á la derecha y á la izquierda con imparcialidad; columpiábanse multitud de pajaritos en sus flexibles ramas, cubriánlo sus flores, que están tan pálidas porque son débiles, y porque siendo tan corta su vida, no tienen tiempo para aprender á sonrojarse

En la verde cueva que formaba el jazmin morisco, se escondió la Marquesa con su anciano amigo, poniéndose ambos á mirar sin ser vistos, lo que en casa de María se ofrecía á su observacion.

Una mujer robusta, en quien rebosaba la vida como en otoño la corriente en los rios, estaba sentada en una silla muy baja delante de la puerta de su sala, á la *estufa andaluza*, esto es al sol. A sus piés sobre una zalea, se veía sentado en paños menores el niño que estaba criando; tenia éste entre sus manitas una enorme naranja que se le escapaba cayendo sobre la zalea; afanábase en extremo para volverla á asir, y cuando lo había logrado se le volvía á separar. Reíase entonces alegremente y miraba á su Madre, nuevo Sísifo, que reía y gozaba en su incesante tarea.

—Ven acá, Aniquilla, dijo la mencionada mujer á una niña de cuatro años; es medio dia; ya vendrá tu Padre. Ven acá, á que te coja esas greñas y te lave esa cara, esa rosa de abril, que la tienes mas sucia que un estercolero. —Mientras su Madre la tenia sujeta de los cabellos, y la hacia una castaña del tamaño de las que se comen, la enseñaba á rezar, santa práctica que acostumbra á los lábios de los pequeñuelos á recitar oraciones que aun no comprende el entendimiento, de suerte que cuando éste despierta, los lábios se han anticipado, y le enseñan lo que ya saben por la santa enseñanza de su Madre. «Padre nuestro, que estás en los cielos,» decia la buena mujer. La niña repetia esto, añadiendo por apéndice: «¡Ay mae! que me tira Vd. del pelo!» La madre proseguia si hacer caso:—«Santificado sea el tu nombre...»—«Tu nombre,» repetia la niña: *mae, mae*, que me arranca Vd. las narices!—Y cuando concluyó el último amen, la niña lavada y peinada y ostentando su diminuta castaña, dió un salto con poca gracia y mucha alegría.

—*Mae, mae*, gritó un niño de seis años que venia de la escuela precipitándose en el corral, ya sé la *a*, la *a*, la *a*!

—Sea enhorabuena, Alonsillo, dijo su madre; poco es; pero sabes mas que yo que sé como suena, pero no cómo parece.

Oyóse entonces la alegre voz de una niña de ocho años que volvia de la *amiga*, y que venia cantando

con la tonadita monótona con la que en las amigas cantan la doctrina:

Cuando salgo de la amiga
Me dan ganas de beber
En el jarrito de oro
En que bebió San José.
Me fui por un caminito
Y me encontré á JESUCRISTO,
JESUCRISTO que es mi Padre,
Y la VIRGEN que es mi Madre.
Los ángeles mis hermanos
Me cogieron por la mano;
Me llevaron á Belen
Sin tropezar ni caer.
En Belen hay una fuente
Que corre tan trasparente
De noche como de día!
A rezar el Ave María,

--*Mae, Mae*, gritó al entrar, mire Vd. la camisita que he hecho; tiene el dobladillo *calao*.

— Eso me place, hija, eso me place; la agujita en-sartada hace á la niña ajuiciada.

La recién llegada cogió al niño de pecho en sus brazos, llevándolo, aunque tan pequeña, con mucha maestría y desembarazo, como si Dios hubiera hecho infusa en el sexo femenino la ciencia de manejar á las criaturas tiernas y desvalidas que al venir al mundo solo saben llorar.

--Niño, dijo, ¿dónde está Dios?

El niño levantó el dedito. Alonso, que aquel día

estaba un poco pedante porque sabia la *a*, se echó á reir.

—¿De qué te ries, zopenco? preguntó su hermana.

—Porque *ice* Pacorro que está Dios en el *tejaio*.

—¿Que á la cola eres, Alonsillo! dice que está en el cielo. Pero mas que dijese que está en el *tejaio*, razon llevaría, pues está en todas partes.

—Que no es! dijo Alonso, que porque sabia la *a* la echó de disputador.

—Judío, que dices una heregía. ¿Dónde es donde no está Dios, chiquillo?

—En el rio, porque no es pescado, respondió dogmáticamente Alonso. Y volviendo con magestad la espalda á su hermana, se dirigió á su Madre y le dijo:

—*Mae*, hay feria.

—Me alegro, respondió su Madre.

—*Mae*, yo quisiera una *tompeta*.

—Quiérela mucho, hijo.

—*Mae*, cuesta dos cuartos; démelos Vd.

—¿Dos cuartos? ¡en eso estaba yo pensando!

—Ande Vd., *Mae*!

—Anda á freir monas.

—Ande Vd., *Mae*.

—Déjame en paz, pollo pión.

—Ande Vd., *Mae*!

Y el chiquillo se puso á seguir á su Madre como su sombra; repitiendo sin cesar su monótona plegaria.

—¡Tóma, tóma, chicharrá, dijo al fin la buena mujer, dándole una moneda de dos cuartos: que por no oírte se pueden dar.

—Si son *dos* cuartos, *Mae*, *dos* cuartos, *dos!*...

—Bien, ¿y no te los he dado, mostrenco?

—No me ha dado Vd. mas que uno.

—Te he dado *dos*, chiquillo.

—Uno, uno, repitió el niño pateando.

—Muchacho, exclamó impaciente su Madre, te di una mota; una mota son *dos* cuartos.

—¿*Dos*? repuso el niño dando vueltas á la moneda, y batallando su conviccion entre la evidencia, pues solo veia una moneda, y la fé que tenia en las palabras de su Madre. ¿*Dos* son? Vaya, pues, estarán pegados.

—Chacho, cuéntame un cuento, dijo con los sonidos mas dulces y suplicatorios de su voz Aniquilla á su hermano Alonso.

Este, á quien la posesion de sus *dos cuartos pegados* habia puesto de buen temple, se sentó en el suelo con las piernas cruzadas como un sultan, y apretando fuertemente en su puño cerrado sus *dos cuartos* para que no se despegasen, empezó en estos términos su cuento:

—Habia vez y vez un pajarito; que se fué á un sastre y le mandó que le hiciese un vestidito de lana. El sastre le tomó medida, y le dijo que á los tres dias lo tendria acabado. Fué en seguida á un sombrerero y le mandó hacer un sombrerito, y sucedió lo

mismo que con el sastre; y por último fué á un zapatero, y el zapatero le tomó la medida, y le dijo, como los otros, que volviese por ellos al tercer dia. Cuando llegó el plazo señalado, se fué al sastre que tenia el vestidito de lana acabado y le dijo: Póngamelo Vd sobre el piquito y le pagaré. Así lo hizo el sastre; pero en lugar de pagarle, el picarillo se echó á volar, y lo propio sucedió con el sombrerero y con el zapatero.— Vistióse el pajarito con su ropa nueva, y se fué al jardin del Rey, se posó sobre un árbol que habia delante del balcon del comedor, y se puso á cantar mientras el Rey comia:

Mas bonito estoy yo con mi vestido de lana,
Que no el Rey con su manto de grana.
Mas bonito estoy con mi vestido de lana,
Que no el Rey con su manto de grana.

Y tanto cantó y recantó lo mismo, que su Real Majestad se enfadó, y mandó que le cogiesen y se le trajesen frito. Así le sucedió. Despues de desplumado y frito se quedó tan chico, que el Rey se lo tragó enterito.—Cuando se vió el pajarito en el *estógamo* del Rey, que parecia una cueva mas oscura que media noche, empezó sin parar á dar sendos picotazos á derecha é izquierdá—El Rey se puso á quejarse, y á decir que le habia sentado mal la comida, y que le dolia el *estógamo*.—Vinieron los *méicos*, y le dieron á su Real Majestad un menjunge de la botica para que vomitase; y cõforme empezó á vomitar, lo pri-

mero que salió fué el pajarito, que se voló mas súbito que una exhalacion.—Fué y se zambulló en la fuente, y en seguida se fué á una carpintería, y se untó todo el cuerpo con cola; fuése despues á todos los pájaros, y les contó lo que habia pasado, y les pidió á cada uno una plumita, y se la iban dando, y como estaba untado de cola se le iban pegando: como cada pluma era de su color, se quedó el pajarito mas bonito que ántes con tantos colores como un ramillete. Entónces se puso á dar voletéos por el árbol que estaba delante del balcon del Rey, cantando que se las pelaba:

—¿A quién pasó lo que á mí?
En el Rey me entré, del Rey me salí.

El Rey dijo: ¡Qué cojan á ese picaro pajarito! Pero él, que estaba sobreaviso, echó á volar que bebia los vientos y no paró hasta posarse sobre las narices de la luna.

—Chacho, dijo Aniquilla, ¿y la luna tiene narices?

—¡Vaya! contestó el chacho, y boca tambien: una bocaza tamaña, añadió abriendo desmesuradamente la suya, para tragarse las niñas malas; ya lo sabes.

—Ese cuento es mas viejo que el modo de andar, y mas tonto que una esquina, observó la hábil costurera.

—Pues cuenta tú otro mejor, repuso el contador mirando de soslayo su moneda de dos cuartos.

—¡Pues ya se vé que lo haré! y con el salero del mundo, y algo mejor que tú; que eres, Alonsillo, más tonto que Blas, que comia *habas*, y al fin eres:

Alonso Ponso Berengena,
Capitan, capitan, de la manga llena.

—Y tú...

Calla la boca, escarabajo, y escucha. Pues señor...

Tenia una vez un Rey
Tres hijas como una plata;
La más chica de las tres
Delgadina se llamaba.
Un día estando comiendo,
Dijo al Rey que la miraba:
—Delgada estoy, Padre mio,
Porque estoy enamorada.
Venid, corred, mis criados,
A Delgadina encerradla:
Si os pidiese de comer,
Dadle la carne salada;
Y si os pide de beber,
Dadle la hiel de retama.—
Y la encerraron al punto
En una torre muy alta.
Delgadina se asomó
Por una estrecha ventana
Y á sus hermanas ha visto
Cosiendo ricas tohallas,
—¡Hermanás! ¡si sois las mias....
Dadme un vasito de agua,

Que tengo el corazon seco,
Y á Dios entrego mi alma!
—Yo te la diera, mi vida,
Yo te la diera, mi alma,
Mas si Padre Rey lo sabe
Nos ha de matar á entrambas.—

Delgadina se quitó
Muy triste y desconsolada.
A la mañana siguiente
Asomóse á la ventana,
Por la que vió á sus hermanos
Jugando un juego de cañas.
¡Hermanos, si sois los míos....
Por Dios, por Dios, dadme agua,

Que el corazon tengo seco
Y á Dios entrego mi alma!
—Quítate de ahí, Delgadina,
Que eres una descastada;
Si mi Padre el Rey te viera,
La cabeza te cortara.—

Delgadina se quitó
Muy triste y desconsolada.

A otro dia apenas pudo
Llegar hasta la ventana,
Por la que ha visto á su Madre
Bebiendo en vaso de plata.

—Madre, ¡si es que sois mi Madre
Dadme un poquito de agua!

Que el corazon tengo seco
Y á Dios entrego mi alma.
Pronto, pronto, mis criados,
A Delgadina dad agua,
Unos en jarros de oro,
Otros en jarros de plata.—
Por muy pronto que acudieron,
Ya la hallaron muy postrada.
A la cabecera tiene

Una fuente de agua clara;
Los ángeles la rodean
Encomendándola el alma,
La Magdalena á los piés
Cosiéndole la mortaja:
El dedal era de oro,
Y la aguja era de plata.
Las campanas de la gloria
Ya por ella repicaban:
Los cencerros del infierno
Por el mal Padre doblaban.

—¿Es posible que esté Vd en sus glorias oyendo semejantes simplezas y niñerías? preguntó el Conde á la Marquesa al verla escuchar con la sonrisa en los labios y el alma en los ojos, el cuento y la couersacion de los niños.

—No lo niego, contestó ésta. ¡Cómo me gustan los niños! ¡qué gracia tan encantadora é inimitable es la suya! Escribiré este cuento y toda esta escena cuando llegue á casa; y desafío el mas fecundo escritor literario á que pueda crear semejantes cuadrós é invente semejantes ocurrencias, que solo en los hechiceros labios de la infancia se pueden sorprender.

—No piensa Vd. como su amigo T... que proclama á Herodes como el hombre mas oportuno y el mejor comisario de policia que ha existido, repuso riendo el Conde.

—Hasta en broma me disgusta semejante paradoja, respondió la Marquesa—¡Dios santo! ¡qué triste y lóbrego sería un mundo sin niños! ¡sería como un

cielo sin estrellas! ¿Sabe Vd, que pienso que el horroroso fin del mundo se consumará por la esterilidad de las mugeres, y que será su lóbraga precursora la falta de niños en nuestro globo?

—Si es cierto vuestro sistema, exclamó riendo el Conde, no tenemos que temer por ahora la gran catástrofe.

—¡Gracias al cielo! contestó la Marquesa. ¡Pobres criaturas! Hasta su llanto é impertinencias son debidos á males físicos que los aquejan, ó bien á la angustia de no poder hacerse comprender. Su estado natural es la indefensa inocencia: á medida que el mundo les va inoculando la ciencia del mal, van perdiendo ese encanto inexplicable que nos seduce. Si no fuese así, ¿como se esplicaria ese profundo y universal interés que inspiran los espósitos, que no se quejan, y que no pueden, ni aun concebir su desgracia? Lo inspiran las dos cosas que más mueven el corazón del hombre, la más pura inocencia unida al mas completo desamparo. ¡Desamparo! ¿Hay en la lengua palabra mas terrible? ¡Desamparo! que es tan aterrador, que el más inflexible áteo huye de él, clamando al cielo cuando en la tierra lo halla.

—Padre, Padre, exclamaron en coro los niños saltando al encuentro de un hombre alto y de buena presencia que entró seguido de un muchacho de trece años.

—*Pae*, yo sé la *á*.

—*Pae*, mí camisita tiene el dobladillo *calao*.

—*Pae*, el niño tenía la boca *abria*, y le metí el *deo* y me tiró un *bocao*.

—Eso fué para convencerte de que tenía dientes, respondió su Padre. Y dirigiéndose á su mujer, añadió: María, Nicolás ha trabajado tan bien, que el maestro le ha subido un real su salario.

—¡Gracias á Dios, gracias á Dios! repuso su mujer. Ea, vamos á comer.

—A comer, respondió un estrepitoso coro. En un instante estuvo la mesa puesta, y con la mayor simetría; pues en su centro se colocó el solo manjar de que se componía el festin, que era una excelente olla de coles con *carne fresca*, como llaman á la carne de cerdo.

—¿Sabe Vd., dijo á la Marquesa su enciano amigo que esa olla con su rica morcilla está tan bien condimentada, y el placer con que la come esa buena familia, prueba tanto en su favor, que da ganas de ser su convidado?

—Y sobre todo, repuso la Marquesa, no da jaqueca, como empieza á dármela el fuerte perfume de esta cueva de jazmines. Me parece, pues, que os he convencido. ¿Habeis visto jamás, ni puede darse un cuadro de mas cumplida felicidad? Mirad esas caras en que se pinta la salud, la paz y la alegría. ¿Pedís aun más á la felicidad de la tierra?

—Mirad vos, dijo el Conde señalando con el dedo al extremo opuesto del corral. La Marquesa fijó la vista, y vió debajo de un emparrado donde se hallaban

las pilas, tinajas y canastas de colar necesarias al lavado, á una jóven lavando: y observando con atencion, vió que de cuando en cuando caia de sus ojos una lágrima sobre la ligera y resplandeciente espuma de jabon, como suele caer un desengaño sobre una ilusion.—Mostradme, continuó el Conde, un cuadro de la vida humana que no tenga un lugar para las lágrimas!

—¿Misita, (Merceditas) hija mia, no vienes? le gritó María: es la tercera vez que te llamo. La niña llamada Misita se enjugó los ojos, se quitó el delantal, y fué á reunirse con el resto de su familia.

—No saben Vds. lo que les aguarda—dijo la Madre con la cara aun mas animada y contenta que antes.—Esta mañana fui á llevar la ropa á casa de la señora; acababa de llegar el capataz de la hacienda, y traia un par de cántaros de leche.—Llévate uno, me dijo la señora; aquí tienes arroz y azúcar. regala á tus hijos con arroz con leche, que no le harán fó —Así, hijos, dad gracias á Dios y rogadle que á la señora se lo dé de gloria.

—¡Dios se lo pague! ¡Dios se lo pague! exclamaron todos á una voz.

—¿A que suena este coro en vuestros oidos mejor que todas las decantadas melodías de Rossini, Verdi, y Mayerbeer? dijo conmovido el Conde á la Marquesa

—¡Como todas las cosas de Dios! respondió ésta. Lo primero que me inculcó mi Madre fué el infinito

precio, la extremada dulzura de un ¡Dios os LO PAGUE! entonces lo comprendí, y cada día lo comprendo más, Este es el tesoro que tiene que formarse el rico, para que en el gran juicio final equivalga al que presentará el pobre con sus sufrimientos; si no, mal escaparemos en el equitativo balance de merecimientos.

Cuando todas las bocas de los chiquillos, cerradas casi herméticamente por el arroz con leche, guardaron silencio, dijo la Madre dirigiéndose á su hija mayor:

—¿No comes, hija, estás descolorida, y tienes los ojos como puños, de haber llorado: te estás quitando la vida, y me la vas á quitar á mí si así te emperras! ¡Cómo ha de ser! ¡Dios lo ha querido, y es preciso conformarse con su voluntad! Le tocó la suerte de soldado; eso ¿quién puede remediarlo?

—El que tuviese tres mil reales para ponerle un sustituto que ha hallado, y es un soldado que se quiere reenganchar, dijo con el corazón encogido Misita.

—¡Tres mil reales! Vea Vd... ¡como quien no dice nada! opinó el Padre: en mi vida he visto tanto dinero junto. Los pobres no tienen que pensar en poner sustitutos, chiquilla.

—No llores, hija de mi alma, pobrecita mia, dijo su Madre; que me partes el corazón. Santiago es un buen muchacho, mas noble que el oro; ¡pero si le tocó la suerte!... ¿qué le hemos de hacer? ¡Conformidad, hija, conformidad! que es la virtud de los pobres. Si tuviera los tres mil reales, te los daría con mil amo-

res; y ya que no puedo hacer otra cosa, toma esos cinco reales, échalos á la loteria, y si sacas libertarás á Santiago.

—¡Y sacó! dijo la Marquesa saliendo de su perfumado escondite.—Misita, yo le pago el sustituto á tu novio: ofrezco proporcionarle trabajo, y me brindo á ser madrina de tus alegres bodas.

Es mas fácil figurarse que pintar el pasmo, el gozo, el arrobamiento que causaron la aparicion y las palabras de la Marquesa en aquella familia. Fuéronle demostradas de la manera espresiva y ruidosa propia de los andaluces; solo Misita, silenciosa é inmóvil, no expresaba su enagenamiento y gratitud sino con sus miradas que acompañaron á su bienhechora hasta perderla de vista.

—Ya no llorará Misita,—decia á su hermano Alonso la que calaba los dobladillos, así como los secretos del corazon; — pues se va á casar.

—¿Y qué es casarse, que á toda la gente alegra? preguntó éste á su hermana.

—¡Simplon! casarse es ir á la iglesia, y despues comer y beber muchísimo.

—¡Ya! ¡ya! ¡pues no se han de alegrar! ¡Viva Dios! ¡Viva Dios! exclamó Alonsillo tirando por alto sus dos cuartos.

—¿Estais convencido? preguntaba al alejarse la Marquesa al Conde.

—En parte: contestó éste. Pase por la felicidad cumplidad; pero ¿y la duradera?

—¿Pensais acaso que la que hemos visto pueda no serlo?

—Pienso aun como antes, que todo es transitorio en este mundo; y mas que nada, la felicidad.

—Pues bien, incorregible pesimista, proroguemos la decision de nuestra apuesta hasta de aquí á un año. ¿Pero si entónces aun subsiste esta felicidad, os dareis en fin por vencido?

—Entónces me daré por vencido con tanto placer como tendréis vos en proclamaros vencedora.

Al año siguiente, los dos amigos, que parecian personificar en sí la ilusion y la experiencia, no habian olvidado su apuesta; porque cada vez que la Marquesa veia á María con su contento y alegre semblante, volvia á atacar al Conde armada de bromas y sonrisas; pero éste no arriaba su negra bandera.

Llegado el término, se valieron del mismo medio que tan bien les sirvió el año anterior, para penetrar en el hogar doméstico de aquella feliz y honrada familia. Pero aquel dia llegaron mas tarde: ya el Padre y su hijo mayor, que eran albañiles, salian para ir á su trabajo —Alonsillo que no solo conocia la *a*, sino á su vecina la *b*, salia para la escuela con un tremebundo trompo.—La niña mayor llevaba de la mano á Aniquilla, que iba á la amiga tan solo para aprender á estarse quieta, y que iba haciendo pucheros; y María salia á una diligencia llevando á remolque colgado de sus enaguas á Pacorro, que bien ó mal, andaba ya. Santiago quedó solo

con su mujer, que tenia en sus brazos un niño recién nacido.

—¡Míralo como se ríe! dijo Misita á su marido, tocando con el dedo la barba del niño, y armando esa algarabía con que las Madres tienen el arte de hacer reír á los niños, como en sus sueños lo hacen los ángeles.

—No parece sino que tiene seis meses! dijo el Padre mirando al niño. Quédate con Dios, Mercedes.

—¿Ya te vas?

—¿Y qué he de hacer?

—Volver pronto.

—El cuidado será mio.

—¡Pues á Dios!

—¡A Dios!

Santiago que era albañil también, cogió su sombrero volviendo la cara para mirar á su mujer y al niño, y se apresuró á reunirse á su suegro.

Mercedes se puso á acariciar á su hijo con demostraciones apasionadas.—Dios te bendiga, hijo de mis entrañas, decia, gloria de tu Madre, ángel de Dios, lucero de la mañana! ¡No te cambio por el príncipe de Asturias, ni me cambio yo por la Reina de España!

—¡Perdisteis la apuesta! dijo alegremente la Marquesa dando palmadas. Mercedes, el señor, apostó conmigo á que en el mundo no habia felicidad cumplida ni duradera; me habeis hecho ganar mi apuesta, y os doy gracias.

—No tuvo el señor presente, respondió la feliz Mercedes, cuyo corazón rebosaba de contento y de gratitud, que hay familias tan afortunadas que tienen en el mundo un ángel que se encarga de hacerlas felices.

—Verdad es que no lo tuve presente, contestó el Conde, y este olvido punible en quien conoce á tales ángeles, justo es que lo pague con la pérdida de mi apuesta.—Pero en honor de la verdad, convenid, Marquesa, en que este es un caso excepcional, y en que sois vos el Destino de esta familia.

—No digais eso, no digais eso, exclamó la Marquesa—poniendo su abanico de nácar sobre los labios de su anciano amigo;—que me asustais: no soy sino un débil instrumento de que se sirve la Providencia para sus altos y adorables fines. ¿Qué pueden los débiles esfuerzos humanos contra el orden de cosas que rige por disposición superior al mundo?

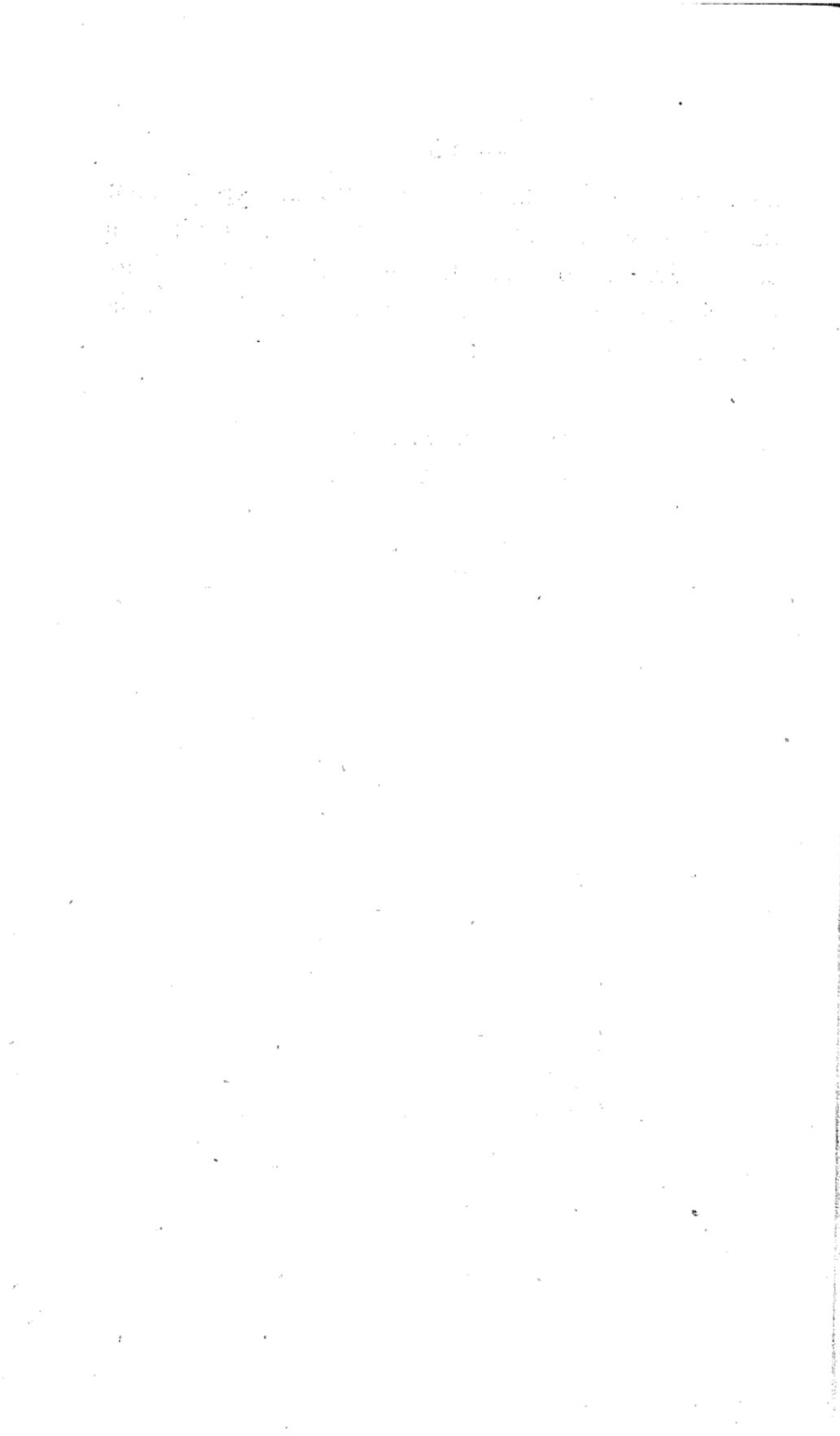
Iban á salir, cuando se oyó un rumor que se acercaba y crecía, y fueron detenidos en la puerta por el gentío que en ella se aglomeraba; entraron dos hombres llevando una escalera de mano, y sobre ella, rotos los huesos, la cabeza destrozada, el sangriento cadáver de Santiago.— El infeliz habia caído de una altura de cien pies!

El sentido que esta relacion contiene, las conse-

cuencias que de ella dimanar, no las preguntéis; narramos, y no comentamos el hecho. Solo dirémos con el Presbitero Gerbert, que la vida es un misterio triste, cuyo secreto no alcanza á explicar sino la Fé, que nos enseña que:

COSA CUMPLIDA...

¡SOLO EN LA OTRA VIDA!—



DIALOGO SEGUNDO.

EL MARINERO.

Pour moi, quand le destin m' offrirait á men echeix
Le sceptre du génie ou le trône des rois,
La gloire, la beauté, les trésors, la sagesse,
Et joindrait á ces dons, l'éternelle jeunesse;
J'en jure par la mort, dans un monde pareil,
Non, je ne voudrais pas rajeunir d' un soleil!
Je ne veux pas d'un monde où tout change, où tout passe;
Où jusqu'au souvenir, tout s'usse et tout, s'efface;
Où tout est fugitif, périssable, incertain,
Où le jour du bonheur n'a pas de lendemain

«Aun cuando el destino me brindase el cetro del génio ó el trono Real, la gloria, la hermosura, el saber, la riqueza, y á estos dones uniese la eterna juventud, júrolo por la muerte, en vida semejante no quisiera rejuvenecer un solo día! No apetezco un mundo en que todo cambia, en que todo pasa, en que todo se borra, todo se gasta... hasta el recuerdo!.. en que todo es fugitivo, perecedero é incierto; en que el día feliz es vispera del desgraciado!»

LAMARTINE.

—No estais alegre como otras noches, dijo el Conde de Viana á la Marquesa de Alora al hallarla sen-

tada tristemente á su chimenea, apoyada la mejilla en la mano.

—Cierto es, respondió la Marquesa, que esta noche se me podría ahogar con un cabello.

—Ya veo que en vuestro ánimo, siempre despejado como el cielo andaluz, hay nubes esta noche. Vamos á ver: ¿qué tiene Vd.? cuénteme Vd. lo que inclina esa frente siempre levantada, pues la vida no le ha puesto todavía una arruga, ni mas peso que una corona de flores.

—Pues ahora están marchitas. Estoy mustia; hábrame puesto así el día de hoy con su viento que gime y sus nubes que lloran. Así como en la naturaleza se interponen á veces las nubes entre la tierra y el firmamento, cubriendo á la primera de sombras, así se interponen también sentimientos é ideas, sombrías y angustiosas, entre el cielo y el alma.

—Otras veces he oído á Vd. celebrar un temporal como un bello espectáculo: decíais que había vida y movimiento en una tempestad; que es esta un beneficio para la naturaleza, como lo es para la organización humana un baño oriental con sus fuertes fricciones, porque al mismo tiempo que da frescura á la sangre, da elasticidad á los miembros y vigor á la circulación. Sacábais con placer citas de los *Estudios de la naturaleza* de Bernardino de Saint-Pierre, que también demuestra el beneficio de los temporales.

—No lo niego; pero ¿quién es el necio que sostiene que todo los días pensará lo mismo, ni el hombre

autómata que se jacta de sentir siempre de un mismo modo? ¿Nada influirá la experiencia en lo que piense? ¿nada los sucesos en lo que sienta? Además, días hay en que las nubes no tienen formas, fisonomía ni movimiento; y en que se apiñan como un enjambre compacto, que pasa sin que se note su marcha. Parecen las nubes entónces no aves airoosas y ligeras, ni velos diáfanos, ni vaporosas hijas del aire, ni transparentes tejidos de agua y sol, sino una uniforme masa de plomo que amenaza desplomarse sobre nuestras cabezas. Habla Dumas de la *imponente majestad de las cosas inmóviles*, y se olvidó de añadir que esa majestad es la de la muerte.

—¿Con que la misma causa que alegró ayer vuestro ánimo lo entristece hoy.

—Y aunque eso fuese... ¿qué remedio?

—Sujetar las impresiones, lo que es preciso, si no han de hacerse nuestros verdugos.

—Y ¿de qué medio valerse?

—De la voluntad.

—¡Poca es su fuerza contra ellas!

—No tal: la voluntad es el todo. Es á un tiempo motor y timon; impulsa y rige.

—¡Con que á veces nos basta dirigir la accion!... y ¡piensa Vd. que alcance á guiar el pensamiento!

—Es un dique.

—Un dique sujeta las corrientes; pero no las impide afluir.

—Es un freno.

—Se enfrena una fiera; pero no se enfrena una nube!

—No es exacta esta comparacion, amiga.

—Todas las comparaciones pueden ser atacadas y controvertidas

—No, cuando son exactas. Una hay que hago con frecuencia, que nadie ataca ni contradice.

—Y ¿cuál es esa comparacion privilegiada?

—La que suelo hacer de Vd. con un ángel.

— Gracias, mi querido y buen amigo. Estoy lejos de rechazar los cumplidos, no por merecerlos, sino porque á fuer de mujer, los creo un incienso suave, elegante y fino para perfumar la culta esfera en que ella preside. El áspero, amargo y hostil espíritu de la época los va desterrando del trato y condenándolos al ridículo, porque no existen ya la benevolencia, el agrado, la cordialidad que los inspiraban, ni la galantería y urbanidad que los hacian brotar de los labios. Llámense hoy dia *lisonjas*: claro es que lo son, porque ninguno es ya sincero! Ahora son solo ecos frios y débiles de lo que en otros tiempos eran voces del corazon!

—¡Por supuesto, por supuesto! exclamó el Conde. Y eso que es Vd. demasiado jóven para graduar, como yo lo hago, el cambio que la invasion de las malditas ideas políticas y los trastornos que de ellas dimanaban han introducido en el trato, que es á tal punto, que los jóvenes del dia creen con un candor y una buena fé admirables, la reverencia inseparable atribu-

to de las pelucas empolvadas; así como á la galantería caballeresca, un accesorio de las capas y espadas. El giro que esto ha dado á la sociedad es ya un *hecho consumado* (frase moderna): rige y reina, á punto de que muchos, aun pensando como yo, obran bajo su influencia.

—Severo está Vd., Conde.

—No, no soy sino justo. Se ven, sí, gentes *obsequiosas*; pero gentes *atentas* no se hallan ya. Los obsequios son las resplandecientes llamaradas de un fuego de sarmientos; la atencion es la grave y perenne luz de la lámpara que arde en perpetua señal de culto y de respeto. El respeto, que es el primer deber que tenemos los unos hácia los otros, tiene por atributo esa sostenida atencion, casi desconocida hoy; atencion que es obligatoria muy particularmente en el superior hácia el inferior. Si este falta á la debida atencion en sus relaciones con una persona que le sea superior en edad, saber, posicion ó categoría, pasará por grosero y mal educado á los ojos de las personas sensatas. Pero si por el contrario, el superior falta al inferior, pasará por desdenoso, y esto es peor; porque el desden es un vicio del corazon. Una desatencion en un inferior á un superior, *ofende*; una desatencion en un superior á un inferior, *hiere*.

—Abundo en vuestras ideas, Conde, repuso la Marquesa; que son tradicionales en mi familia, y pienso que para hacer á la sociedad culta, digna y

amena, debería cada cual tratar al superior, con deferencia; al inferior, con deferencia y cariño; con franqueza solo á sus amigos; con familiaridad á nadie.

—Dejadme añadir, dijo el Conde, que á las damas se las debería tratar con tan respetuosa galantería, con obsequiosidad tan sostenida y sumisa, con culto tan apasionado, como es natural que nos lo infunda la reunion de los sentimientos debidos al ser benéfico que es en la infancia nuestra Madre, en la juventud nuestro ídolo, en la edad madura nuestro cirineó, en la vejez nuestro ángel custodio; ser que mira nuestras mas graves faltas como culpas veniales, y que consagra toda su existencia á tres profundos amores de que somos nosotros el objeto. Pero ¡cuánto nos hemos apartado del punto de partida de nuestra conversacion! Yo quiero saber lo que preocupa á Vd.: algo es, pues no se escapa ningun sentimiento de vuestro trasparente corazon á los ojos de Padre con que observo á Vd. aun más que la miro, aunque ambas cosas son igualmente gratas, porque es tan bella vuestra alma, como lo es vuestro rostro. No mire Vd. tan abstraída y con tanta fijeza la llama, su móvil brillo acorta la vista.

—Cuando la tenga gastada me serviré de gafas, contestó la Marquesa. ¡Así tuviesen todas las cosas remedio, como lo tiene la debilidad de ese órgano!

—Voy cogiendo el hilo de lo que saber deséo. Algo triste, *que no tiene remedio*, agobia y desalienta á us-

ted. Si lo tuviese, ya lo estaria Vd. buscando, ó coordinando los medios de alcanzarlo; no estaria Vd. decaida, sino excitada.

—Ha acertado Vd., Conde. Ese terrible *no hay remedio!* que he oido hoy de boca de un facultativo, es lo que me oprime el corazon como una losa sepulcral; Mercedes está loca, y para su locura *no hay remedio!* y esto es lo que me desconsuela. Lo más triste para mí—sea cual fuere lo que lo origina, sea escrúpulo, delicadeza, ó agüero,—es que un sentimiento de amarga reconvencion susurra en mi conciencia, como si me echase en cara el haber destruido la felicidad de esa buena familia queriéndola ostentar. Como en la fábula de Psiquis, una gota de la indiscreta tea que alumbró la oscuridad en que se complacia el dios, desvaneció el encanto.

—El agüero, así como la comparacion, son paganos, observó el Conde. Dios nada hace oculto: la verdad y la claridad son del cielo: la mentira y las tinieblas son terrenas. El gozarse y contribuir á la felicidad de otros, que es lo que hizo Vd., es cosa tan bella, que ha sido el móvil que ha tenido Dios para criar al hombre. No se aflija Vd., pues, añadió el Conde al ver caer por las mejillas de su amiga lágrimas más bellas que los brillantes, porque eran santas lágrimas de compasion.—Hoy me toca á mí ver las cosas en mejor luz que mi Reina de la sonrisa. Vamos á ver: ¿acaso cree Vd. que padezcan mucho los locos? ¿No podrá ser que Dios envíe la locura

á un insoportable infortunio como una gran distraccion?

—¡Oh! no, no, ¡raro es el loco que olvida la causa de su locura! ¡Lo que si se pierde es el consuelo, que es obra del tiempo y que él nos impone á pesar de nuestra voluntad; la que respeta al dolor y quisiera conservarlo íntegro como un holocausto! Y aquí tiene usted, amigo mio, otra nueva impotencia de la voluntad, que se estrella contra la inercia como contra la vehemencia del sentir. Pierde la locura el consuelo de la reflexion que calma, y el de la simpatía ajena que suaviza el dolor. ¡Ah! ¡la locura es una pesadilla de la que no se despierta!

—Eso podrá ser cuando la locura es triste.

—Casi todas lo son, pues casi todas son originadas por una desgracia.

—Pero que á veces dejaron de sentir aquellos á quienes aconteció: bórroselos al perder la memoria, que es la potencia que archiva. Así es que vereis muchos locos alegres; uno se cree Preste Juan, otro Rey; este, poeta; aquel, inventor; tal otro, hombre eminente sin contradiccion ni desengaño.

—De estas últimas clases hay muchos *idem idem* por el mundo que pasan por cuerdos, dijo con una media sonrisa la Marquesa. Pero la mayor parte son misántropos, sufren, y lloran, y se enfurecen. ¡Nunca olvidaré el dia que me llevaron á ver la casa de locos! raro entretenimiento por cierto, que más que esto puede llamarse profanacion.—¡Qué escandaloso

abuso el otorgar tales chocantes exhibiciones! ¡Hacer un espectáculo bufon de la mayor de las miserias humanas! Subleva el corazon el que sea objeto de inofa y de risa un ente nuestro hermano, en el que una voluntad superior apagó la luz de la inteligencia, para probar al filósofo que ensalza al hombre, nuestra miseria; puesto que la falta de uno de sus dones lo rebaja mas allá del bruto. Es esto perder todo respeto á la desgracia; todo el decoro debido á la humanidad. Las plumas y las galas haraposas de las locas me parecian más fúnebres que lo son las austeras mortajas. La locura es mas triste que la muerte, para la muerte de los que amamos hay la fé que espera la bienaventuranza, y el sufragio que la anticipa.

—Los sufragios son, dijo el Conde, la gran prerogativa de nuestra santa fé católica. Hay en el alma del hombre dos grandes necesidades; la una es la de adorar á un Dios: esta la vemos demostrada en que los desgraciados que no conocen al Dios verdadero, generaciones perdidas por la apostasía de sus progenitores, se fabrican ídolos. La segunda necesidad es el rogar por las almas de los muertos, patentizada por los sufragios, preces ó sacrificios hechos por los infieles en favor de toda persona de su cariño ó de su veneracion, que muere.

—Ahora bien: sin creer en nuestro purgatorio católico, ¿á qué esos cultos, esas preces, esas oraciones al Eterno? ¿No es una anomalía, un contrasentido en los que afirman enfáticamente que sufre bastante el

hombre en la tierra , y que la muerte es un descanso lo mismo para el bueno que para el malo, lo mismo para Neron que para San Vicente de Paul, para Mesalina que para Santa Cecilia? Hay protestantes religiosos que piensan que, segun sus obras, unos serán condenados y otros salvados, sin creer en un estado transitorio. Pero entonces, ¿á qué esas preces? ¿á qué arrodillarse en los sepulcros? Si el condenado puede ser redimido, hay purgatorio de hecho. Si lo negais, ¿qué significan esos aparatos? ¿es acaso adoracion ó culto personal á los huesos corrompidos ya? ¿Es ostentacion de recuerdo? Ambas cosas serian tan poco graves, como poco religiosas. En los sufragios se pide á Dios la remision del pecador que expiando está. Sin esto, toda demostracion funeraria religiosa es un simulacro, puesto que sin favor no hay empeño; y este favor que se pide es la gracia del pecador. Ahora bien; sin castigo no hay perdon; sin condena no hay indulto; sin destierro no hay amnistía. Sé que choca á los hombres sin fé, de ideas mezquinas y deslabazados sentimientos, la palabra *purgatorio*, por dos razones. La primera es porque les parece una voz *vulgar*, y que está en la boca del pueblo y de los frailes de misa y olla. — ¡Dios mio! ¿no lo están igualmente la de GLORIA, la de MISERICODIA, la de DIOS y todas las que expresan cosas sagradas? ¿Quereis, señores, que se haga un vocabulario de las cosas santas para el pueblo, y otro para vuestros remilgados labios? La otra razon es la grotesca forma que algunos sen-

cillos pintores de brocha gorda dieron á sus retablos de ánimas.—¡Qué tal será la sensatez del entendimiento, qué tal la elevacion del alma, qué tal la gravedad de la reflexion, y qué tal el peso del juicio de los hombres, en cuya creencia pñeda esto influir! ¡Grima me dá hablar de esto, Marquesa! Volvamos á su imprudente visita á la casa de locos.

—Lo que mas impresion me causó, prosiguió la Marquesa cuando el Conde terminó su digresion, fué el ver en uno de los calabozos á un jóven de tan tranquilo y triste continente, que no pude menos de preguntar á uno de los loqueros porqué tenia á aquel pobre jóven tan severamente guardado y encadenado á su tarima; me contestó que cuando le acometia el frenesí, nadie podia sujetarlo; queria entonces arrojarle desatentado hácia un lugar que buscaba sin descanso mientras clamaba con honda y lúgubre voz ¡Rafael! ¡Rafael! ¡Este nombre era la única voz que exhalaba su ahogado pecho, voz con que parecia asombrarse á sí mismo! y lo extraño es que Rafael era su propio nombre. Tenia esa palidez lívida aneja á su mal, que es tal, que haria pensar que el corazon no calienta ya la sangre que por él pasa; no ardian desencajados sus oscuros ojos; sino que parecian las negras brasas de un fuego que ha dejado de arder.

Doloroso era el ver el estrago que habia hecho el sufrimiento en aquella juvenil y bella naturaleza! Era de clase humilde, que es en la que más frecuentemente se halla y más se caracteriza el bello tipo es-

pañol. No puedo expresar la compasion que me inspiraba aquella criatura en la flor de su edad; aquel jóven tan triste y tan manso, encadeuado como un facineroso, separado de la sociedad como un pestilente. Me llamaron, y me alejé con las personas que me habian acompañado. Pero poco despues hubo de darle al infeliz su paroxismo, porque en la direccion de su calabozo llegó á mis oidos una voz plañidera que repetia á intervalos lúgubremente: ¡Rafael! ¡Rafael!

La impresion que me produjo esta imprudente visita á la casa de locos, duró mucho tiempo; y me inspiró un profundo terror hácia ese terrible padecer moral, hácia ese tremendo estado en que el individuo parece muerto, y sobrevivirle la materia con girones de idéas, extravío de sensaciones, y con un solo recuerdo permanente, como un fantasma en la noche. Rogaba á Dios acelerase el influjo del tiempo, para que como en los árboles repone con hojas verdes y lozanas las que heló el cierzo ó marchitó el estío, reemplazase en mi ánimo aquella impresion amarga como una hoja de ajeno, con otra suave como una hoja de malva. Pero la voz ¡*Rafael!* sonaba siempre en mis oidos como preñada de un fatal misterio, como empapada en lágrimas, como la expresion de una terrible congoja.

—¿Y no ha averiguado Vd. la causa de la locura de ese hombre? preguntó el Conde.

—No; y me alegro. Ya que sin saberla me afectó esa locura tan tétrica; ¡cuál no hubiera sido el efec-

to que me habria causado si hubiese averiguado su causa!

—Hubiera sido ménos, opinó el Conde, como es ménos el de las cosas positivas que el de las indeterminadas; el de las palpables que el de las vagas; el de lo sabido que el de lo oculto, que es negro como la noche, y espanta por la misma causa. Lo efectivo pára, pero lo misterioso echa á volar la fantasía, y ya sabe Vd. que su vuelo, sobre todo en la esfera del horror, es inmensurable. Una casualidad hace que pueda referir á Vd, el suceso que fué el origen de la locura de ese mismo Rafael, que en adelante le aparecerá como un desgraciado digno de profunda lástima, pero no ya como un misterioso tipo de horror.

—Me va Vd. á dar un mal rato, exclamó la Marquesa.

—Puede ser. Pero le evitaré á Vd. con algunas lágrimas de compasion que tan bien sientan á sus dulces ojos, los muchos estremecimientos de pavor que le causa el recuerdo de este infeliz. Háganse manuales los infortunios, para que paguemos en socorros ó en lágrimas el obligatorio tributo á las desgracias ajenas, y no los envolvamos en los negros velos del misterio en los que nos espantan, alejan y se hacen inaccesibles.

Sabe Vd. que el año pasado estuve una temporada en Sanlúcar de Barrameda, para restablecer mi salud á beneficio de aquellas aguas tan dulces y tan delgadas. Frente de la casa en que me alojé, vivia una

anciana á quien mi patrona conocia y graduaba por la mujer más feliz del mundo, y en realidad lo era. Tenia dos hijos, ó mejor diré dos amantes, pues jamás conocí modelos más cumplidos de amor de hijos. Ninguno queria casarse mientras viviese su Madre, y cuando los embromaban con novias, respondian alegres que *estaban casados, y con la misma mujer, sin tener celos*. Eran pescadores y cuanto ganaban se lo daban á su Madre, asegurándole siempre, que se les hacia el trabajo muy dulce, con el fin de que á ella nada le faltase en su ancianidad. Puede Vd. graduar la intensidad del cariño de esta buena mujer á sus hijos, si unís en el corazon de una mujer, el más entrañable amor de Madre, á la más tierna gratitud.

—¡Cuánto padecería la pobre cuando se embarcaban sus hijos! observó la Marquesa, á quien Dios habia dado en compensacion de sus felicidades una exagerada aptitud á la compasion.

—Teneis, repuso el Conde sonriendo, el corazon *en carne viva*; perdonadme lo vulgar de la imágen en favor de su exactitud; he dicho á Vd. ya varias veces, que suele sentir los males ajenos más de lo que los sienten los mismos interesados, y con eso se hace Vd. mal sin hacerles bien. La costumbre familiariza con todo, hasta con los peligros: así era que aquella Madre no se apuraba por ver á sus hijos pasar casi toda su vida entre los vientos y las olas que les eran familiares.

—¡Conde! ¡Conde! ¡he visto la mar! ¡sí! ¡he visto

ese indomable atleta, ese enemigo encarnizado de la tierra, que la azota sin cesar, con los mismos bríos y la misma violencia, al que la marea agita, y el viento embravece! ¡que rencorosa de lejanas luchas, trae á veces sus bramantes y espumosas olas contra las tranquilas playas, sin que la aplaquen ni el sonreír del cielo, ni la suavidad de las auras, ni las flores de la tierra! Sí, sí, amigo mío; ¡he visto con terror aquel elemento inmenso, y á los pobres pescadores surcarlo sobre sus frágiles faluchos; pues frágil es cuanta embarcación construya el hombre, en comparación de ese móvil abismo; frágiles serían aun las islas, que son reinos. si flotantes anduviesen y no les hubiese dado el Criador de cielos y tierra, un punto de apoyo que desafía las iras y el poder de esa fiera tan inflexible en su fuerza, tan constante en sus intentos, tan loca y descompuesta en sus caprichos, tan profunda é inexorable en sus furias! Pagarse debería á peso de oro, cada pez que cubre la mesa del hombre, pues vale la exposición de la vida de esos intrépidos marineros, á quienes no atemorizan peligros, á quienes no desalientan trabajos, á quienes no rinden fatigas. ¿Y quiere Vd. que no compadezca á la Madre de los que luchan con la mar?

—Tenga Vd. presente, Marquesa, que en su falucho duermen como niños en sus cunas y que en ellos cantan como pájaros en sus jaulas. En los pueblos, que son nidos de aquellos alciones, no acongojan los vendavales, ni se presentan vivos á los ánimos, como

Vd. lo vé, los riesgos que puedan correr los que aman. Corren tantos..... de tantos escapan, que se hace costumbre el saber que están expuestos, y la costumbre en el hombre es tal, que deslabaza hasta la exuberante y agitada sensacion del temor, como una constante corriente de agua allana el escabroso terreno por donde de continuo pasa. Suelen volver de la pesca *las gentes de la mar* á la caida de la tarde; van en seguida á sns casas, en las que descansan hasta la hora que la maréa señala para volver á embarcarse y estar en alta mar al rayar el dia, que es cuando echan la red. Así pues, unas veces á las doce, ó la una, ó las dos, siempre en las altas horas de la noche, despiertan á los dormidos pescadores; sucede esto, ó bien tocando un gran caracol marino, ó bien llamándolos á gran distancia por sus nombres.

—Recuerdo esto vivamente, dijo la Marquesa; el sonido de ese caracol es uno de los mas tristes y lúgubres que he oido en mi vida: nada expresa mejor la alarma, ni despierta mas clara la idea del desamparo. Tambien tengo presentes aquellas llamadas, aquellos nombres lenta y fuertemente lanzados en la noche, cuya última sílaba sostenida hasta que espira el aliento en el pecho que los lanza, y que hace vibrar el viento en sus ondulaciones, son tanto mas melancólicos, é infunden una impresion tanto mas desasosegada y triste, quanto que á ellos se agrega la idea de que los llamados van á exponer sus vidas. ¡Qué de veces me despertó aquel triste y lejano grito

que se hermanaba tan bien con los gemidos del viento que lo traía! ¡Cómo crecía y se iba desvaneciendo aquella voz por el espacio!

—No puedo, ni quie'o negar, amiga mia, prosiguió el Conde, que parte de lo que Vd. siente tan vivamente lo he sentido yo tambien. Aunque los años, que son cada uno un calmante, me han traído al bienaventurado estado de madurez que nos hace semejantes á una planta que ha secado el tiempo, concentrando su ternura y debilitando su perfume, alguna vez la imaginacion, esa facultad creadora que nunca descansa,—pues aun estando las demás facultades inertes cuando duerme el hombre, ella crea sueños, y al despertar aun reina absoluta,—en este estado duerme-vela, cuando oía la voz que llamaba á *Rafael*, —que este nombre tenia el hijo mayor de mi vecina, —la activa imaginacion me presentaba á esa voz, ya como un llamamiento, ya como una amonestacion, ya como una amenaza. ¿Era aquella voz la de un hombre? ¿la de la mar! ¿ó la de su Destino? Pero los dos hermanos, jóvenes y animosos, no oían en ella sino la del deber, y poniéndose en pié de un salto, se calaban el gorro de marinero, acudían al falucho, y poniendo la proa á la mar, como el valiente que muestra la cara al enemigo, se lanzaban denodados á los azares, los unos cantando, los otros durmiendo.

Una noche salieron las parejas,—que así se llama á las embarcaciones de la pesca, porque van apareadas de dos en dos,—á pesar de estar ésta negra, tris-

te y lóbrega, el cielo se habia cubierto la faz y escondido sus estrellas; la mar henchia sus olas como un pecho que se alza bajo la emocion de una ira que busca desahogo: solo el viento faltaba en aquel estado amenazador de la naturaleza, como suele faltar la palabra en un paroxismo de furor.

Pero cuando estuvieron las parejas en alta mar, saltó de repente con la violencia del huracan. El barco en que iban los dos hermanos, habia sido sorprendido por aquella terrible bocanada de viento; los marineros se apresuraron á echar mano á la maniobra que aquellas circunstancias exigia.

—Miguel, coge los rizos á esta vela, mientras yo arrio el foque,—dijo Rafael á su hermano, que se puso en seguida á ejecutar lo mandado, mientras Rafael con los vigorosos, ágiles y seguros saltos, propios de los marineros, se dirigia hácia la proa del barco.—Una nueva y tremenda ráfaga de viento dobló en aquel instante el mastelero, tronchándole, uniéndose al estrépito que causó su caída, el zumbido del huracan, el bramido que lanzan las olas al reventar, el silbido de las jarcias, el crujido de las maderas y los zapatazos de la vela que se desprendia de su amarra. Un momento de calma siguió á este desencadenamiento del temporal; uno de silencio á aquel estruendo!....

—¡Rafael! gritó una voz que salió de entre las olas.

—¡María Santísima! ¡un hombre al agua! fué el unánime, sordo y consternado grito de la tripulacion.

—¡Rafael! sonó la voz mas lejana y mas angustiosa.

—¡Mi hermano es! gritó Rafael. ¡Socorro! ¡socorro! ¡Tirad cabos! que es buen nadador.— Patron, allá la proa, por aquí, por aquí!

—¡Rafael! volvió á sonar la voz entre los mugidos del viento que volvia á arreciar.

—Virad, virad, patron, que la voz suena á la izquierda!—¡aquí los cabos!.... echad tablas, echad los remos... por todos lados—al acaso! pues tan oscuro está que los dedos de la mano no se ven.

—¡Rafael!

—¡Patron, á la derecha, que esa ola se le lleva! ¡A él! ¡á él, compañeros, que se ahoga! que se ahoga!

—¡Rafael! sonó mas lejos y mas débil la plañidera voz.

—¡Atrás! patron, atrás! que lo hemos adelantado, pues el viento nos lleva en sus alas: —virad! ¡Por todos los santos del cielo, virad!

Tres cuartos de hora duró esta aterradora escena, en la que la oscuridad, la violencia de la tempestad, y el empuje irresistible de las olas, hicieron imposible salvar al buen nadador, que todo este tiempo batalló contra la muerte. Durante tres cuartos de hora llegó clara y distinta al oido de Rafael, la voz de su hermano que de él imploraba su salvacion. Tres cuartos de hora duró aquella tremenda lucha entre los elementos embravecidos y los esfuerzos de los hom-

bres, á quienes hacia heróicos la caridad! Tres cuartos de hora agonizaron el un hermano entre el desamparo y el socorro; entre la muerte y la vida, y el otro... entre la esperanza y la desesperacion!

Pasado este término, la voz habia dejado de oirse; la mar tragaba su presa sin dejar de bramar, cual si pidiese otra; el viento gemia, como gime cuando viene del mar recogiendo los clamores de agonía de los náufragos. Rafael habia caido como una masa inerte sobre las tablas de la cubierta; los demás, con aquel espontáneo é innato respeto que en el momento supremo de la muerte impele al alma en pos de aquella que se desprende de la vida, descubrian sus cabezas y rezaban el Credo.

Al dia siguiente, aquella anciana, tan feliz la víspera, habia perdido á uno de sus hijos ahogado, y tenia al otro loco en su casa.

—¿Con que ese infeliz es mi loco? exclamó profundamente conmovida la Marquesa.

—Sí, señora; ese es el que siempre oye la voz de su hermano, y quiere precipitarse en su auxilio.

—¿Y la Madre? tornó á preguntar con trémula voz la Marquesa.

—¡Vive!

—¿Vive?... ¡infeliz!... dígame Vd., Conde, ¿podrá aliviarse su miserable existencia? ¿Podria yo hacer algo que á esto contribuyese?

—Nada, Marquesa. Una sola cosa le era necesaria.

—¿Cuál, Conde, cual? Decid

—No puede Vd. dársela, señora, pero Dios se la dió, que es el que dársela podia.

—¿Y cuál es?

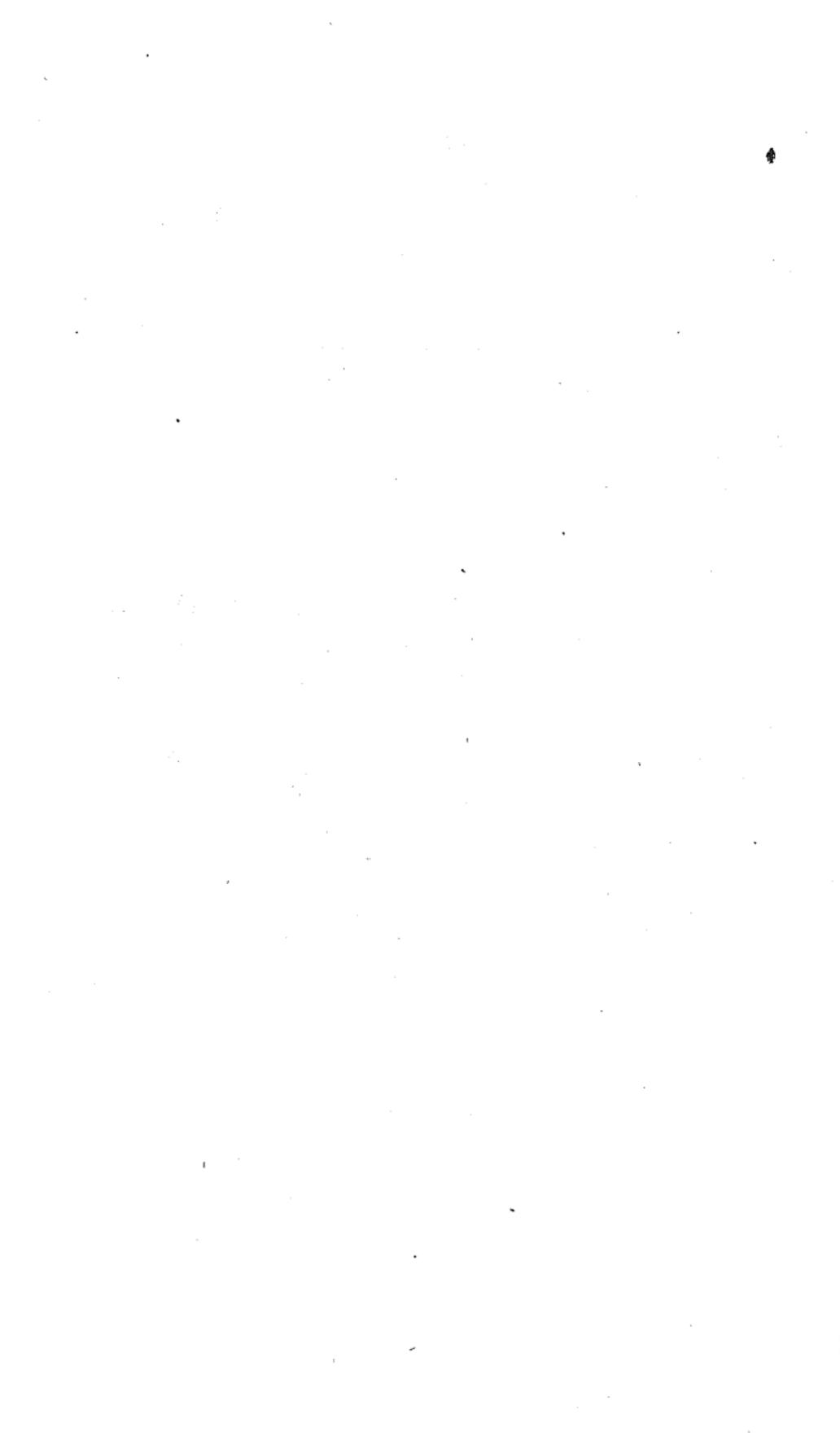
—La resignacion cristiana, señora: solo á ella debe el no estar muerta como el uno de sus hijos ó loca como el otro.

—¡Jesus! exclamó la Marquesa: esa mujer es una heroina..... digo mal, es una santa. ¿Cómo ha merecido tan inaudito infortunio, mientras otros?.... Pero ¿cómo comprender las cosas de la tierra sin creer en las del cielo? ¿cómo explicar el confuso enigma, el terrible logogrifo que se mueve á nuestros pies en el polvo, sin apartar la vista de la tierra y alzarla al cielo?

—En donde, añadió el conde, para el que sabe leer su lenguaje, han escrito la solucion del enigma las estrellas en letras de luz, y es:

COSA CUMPLIDA...

SOLO EN LA OTRA VIDA.



DIALOGO TERCERO.

EL SOCHANTRE DE LUGAR.

Cuanto he dicho no es *consejo*; es *empeño* en hacerle á Vd. volver á sus niños, á sus flores, á sus altares y á sus *lágrimas* puras.

(*Carta escrita al Autor.*)

No es un idilio, no es una bucólica: no ostenta versos ni términos refinados: es una sencilla pintura en lisa prosa.

EL AUTOR

Era la hora que tan bien define la poética denominacion de *la caída de la tarde*. Efectivamente, caia una de estas hermosas hijas del mes de julio, para no volverse á levantar. El crepúsculo empezaba á encender una á una las luces que forman el brillante alumbrado del cielo; los piadosos lagartos bajaban tímidamente por las paredes á besar la tierra; del sol no quedaba sino un recuerdo de color de rosa entre

los celajes. Las flores, dueñas pródigas del tesoro de un día, lo echaban al viento en loca profusion, y desde la cumbre de un majestuoso laurel perpétuamente verde como la gloria que simboliza, repetía el mochuelo su triste ay! que no confía al alegre día.

En el ángulo de un ante-jardín enlosado á la moruna, alternativamente con rojos ladrillos y abigarrados azulejos, delante de un saltadero que desde el suelo se alzaba brillante; pero que al perder su ímpetu doblaba su débil cabeza, y recaía rendido y deshecho, colgaba una hamaca de blanco algodón, en la que estaba medio recostada la Marquesa de Alora. Cubrirla un ligero vestido de tafetan gris, cayendo como un ancho velo hasta el suelo, en el que apoyaba la Marquesa la punta de su fino pié para mantener con un ligero impulso el suave balanceo de la hamaca.

—Parece Vd. una sílfide de nuestras floridas Antillas, le dijo el Conde de Viana, que sentado cerca de un naranjo bebía lentamente un vaso de agua en que mojaba un *panal* de limón (1).

—Para que sea exácto vuestro simil, me falta el cigarro, contestó riendo la Marquesa.

—¿Quiere Vd. que se lo ofrezca?

—Sí, respondió la alegre señora, sobre mi mesa de labor hallareis los que gasto.

El Conde entró en la salita en donde recibía de

(1) Un azucarillo ó esponjado.

diario la Marquesa, y volvió con una barrita de alfeñique que le presentó. La Marquesa la tomó y poniéndola entre las sartas de perlas—blancas como aquel confite—que adornaban su boca,—soy golosa, dijo, tengo todos los defectos de los niños.

—Y sus gracias y buenas cualidades tambien, repuso el Conde.

—Y Vd. la mala de mimarme como á ellos.

—No lo niego, dijo el Conde. Sabe Vd. que mi máxima es que todos los niños deben ser mimados. Creo dañosísimas esas educaciones anticipadas que hacen de los niños caricaturas en su moral, como las levitas y los corsés lo hacen en lo fisico. Cuando un niño me dice: *beso á Vd. la mano ¿cómo está Vd?* me hace al oido el efecto de un loro y á los ojos el de un enano. Mientras son niños, solo una cosa hay que conservarles, la inocencia; solo una que enseñarles: el rezar.

—¡Qué hórror, Conde! Proclamo á Vd. el mas espantoso retrógrado; esa es educacion de convento!

—Nada de duro, nada de hostil para esas tiernas naturalezas! prosiguió el Conde, que contrariándolas, solo se consigue agriar. Nada que pueda prolongar en sus ánimos la irritacion; que así sube al grado de cólera. Nada de poner en lucha abierta la voluutad de un niño cón la de su superior; porque el niño no conoce aun su inferioridad, y solo ve en los mayores el despotismo. No pretendo por esto que se les deba ceder, lo que es otro mal; pues de esta suerte se en-

grien en el mal principio de la imposible libertad individual y se hacen voluntariosos. Así, para imposibilitar sus caprichos, y para quebrarles la voluntad sin acudir á la persuasion ni valerse de la razon, que aun no tienen ni conocen. se debe únicamente acudir á la distraccion, que es tan fácil de promover en las criaturas. Este es el medio que se debe adoptar para apartarlos de todo asomo de malas pasiones, lográndose así que su nociva impresion pase sin dejar huellas como una sombra. ¡Qué buenos resultados se notarían si se siguiese este sistema!

—Soy de la misma opinion, dijo la Marquesa; la ciencia del bien y del mal, cuanto mas tarde se aprenda, es mejor. Hágase á los niños dulce y fácil la buena senda, para que no la abandonen.

En este momento cayó al suelo una carta de dos que tenia la Marquesa en su falda. El conde la recogió, y dijo:

—Esta es una de las muchas misivas que recibe usted; pide limosna por todos sus poros.

—Se equivoca Vd., Conde, repuso la Marquesa; esta carta no pide nada. Aunque escrita por persona humilde, en papel basto, en tosca letra, es á pesar de eso una carta tan sentida, expresa tan bellos y tan altos pensamientos, que podria servir de modelo en circunstancias análogas á muchas escritas en papel de dorado canto, con fina letra, con sello de armas ó divisa.

—¿Y de dónde viene dirigida esa carta-modelo?

¿qué Madame de Sevigné la ha escrito? preguntó el Conde.

—No la ha escrito ninguna Marquesa encumbrada: ni viene fechada de ninguna córte. La ha escrito una pobre mujer de un sochantre, y viene del oscuro lugar de Valdepaz.

—Si esa epístola es de aquella Arcadia, ya no extraño que la llene á Vd. de entusiasmo; pues ya sé de atrás que ha hecho Vd. de aquel villorro tan feo su Eden, ¡Hacer su Eden de aquel rincón!

—Lo feo y lo hermoso, amigo mio, son cosas convencionales. Los rincones feos están para mí en nuestras pestíferas ciudades, pero en el campo de Dios no hallo rincón feo; ninguno que no alegre la hermosa y resplandeciente bóveda que lo cobija, que no engalanen las plantas que lo cubren, que no animen miles de animales y de insectos, todos llenos de vida, todos curiosos á la observacion. Así esta carta, si bien no es de una Arcadia, ni de un Eden, es de un alegre, tranquilo y pacífico lugar.

—¿Me permite Vd. que la lea?

—Prefiero que no lo exija Vd.

—¿Y por qué?

—Porque mirada como *misiva de Arcadia* no llenaría á Vd.; puesto que no es un idilio, no es una bucólica, no ostenta versos ni términos refinados. Es una humilde y cristiana carta en prosa vulgar.

—Pues ya se vé que así lo entiendo, Marquesa; cuanto decia era en tono de chanza.

—¡Ah Conde! exclamó la Marquesa. No sabeis bien cuál es la impresion que dejan en el ánimo expansivo la sonrisa sarcástica, la expresion de ironía, que cae sobre un desahogo de nuestro corazon, como una escarcha sobre una flor! El sarcasmo y la ironía son armas cuyo uso es tan fácil, que no parece sino que mientras mas basta y torpe es la mano, mejor las maneja. Ellos son los que quitan todo su encanto á las cosas mas elevadas y mas delicadas, pasando sobre ellas como un viento pernicioso y helado sobre los renuevos de las hojas á las cuales matan en su gérmen. ¿Sabeis que he visto jóvenes de corazon ardiente, de imaginacion florida, con un alma en que brillaban la fé, la esperanza y la caridad, trocados por ellos en unos ridículos escépticos, sin fé ni ley, repeliendo de sí como el humo de un cigarro cuanto sagrado, ascético y delicado existe?... ¡Pobres hojas que murieron en su gérmen! ¡pobres flores que ajó la escarcha! ¡pobre juventud raquílica que muere sin desarrollarse!

—Y esa transformacion ¿creeis de buena fé que las puedan motivar unas rutineras chanzas?

—Sí, Conde, sí; porque un jóven se hace así cuando pierde las ilusiones de la vida. No las ilusiones como se entienden hoy dia, que es cifrándolas en empleos, en dinero y en figurar en la escena del mundo; sino las ilusiones tales como son, esto es, las que forman el prestigio con que la juventud mira la vida, los hombres y las cosas; y este prestigio lo des-

truyen el sarcasmo y la ironía en las almas débiles que no se elevan inmutables por cima del alcance de sus tiros. No son, no, ni los vicios ni las maldades los que despojan de su virginidad á las ilusiones de la vida, que con ellos no se rozan; es la *vulgaridad presumida*; para la cual el sarcasmo y la ironía son el gran ariete con que destruye al sentimiento, débil adversario que no tiene armas con que defenderse, ni mas fortaleza que el corazon en donde se replega, si no muere en la lucha. Así es, que el poeta de corazon tiene siempre que llorar el paraíso perdido.

— ¡Y á mí me decís eso, Marquesa! ¡á mí, que en usted amo sus ilusiones, como amo el perfume en la flor! ¡á mí, que admiro ese prisma, único en su género, con que todo lo mirais! ¡á mí, que léjos de vituperarlo, proclamo á Vd. por ser bello y raro privilegio, poeta, *poetísima!*

- Y ¿cómo me lo decís? ¿es con el tono desdenoso que se emplea cuando lo que origina ese epíteto se quiere condenar al ridículo, ó en el que se adopta cuando esa palabra *poeta* se aplica para calificar aquella facultad divina que tiene el hombre para elevar, ennoblecer, vivificar, alegrar, dulcificar, embellecer y realzar cuanto le rodea? ¿Es reconociendo en la poesía ese amor, esa simpatía universal que comunica, digámoslo así, las pulsaciones de nuestro propio corazon al orbe entero, y aun á lo inanimado, y que así todo lo sabe, todo lo adivina, como el gran Shakespeare, el mas cumplido tipo del poeta?

—No miro yo así la poesía, amiga mia; para comprenderla como Vd. es menester ser poeta uno mismo. A la verdad, señora, la miro como un estado de la mente sobreexcitada, y así, creo, que cuando la poesía se mezcla en la vida real, es una mala ama de llaves. No soy enemigo, por cierto, de las Musas, pero no me gusta que bajen del Parnaso. Lo novelesco es en la vida el veneno más sutil; y no será usted —Vd., mujer tan sensata,—quien pueda aprobarlo ni defenderlo. Diré más: una mujer como Vd. se debe á sí misma el condenarlo en la práctica, siendo un contrasentido que se haga patroeinadora de novele-rías y *romanesqueras*, una mujer á quien yo tacharia de ser fria y exageradamente austera en ciertas mate-rias, si en ellas no fuese la austeridad, no la frialdad, sino el resplandor de la nieve.

—Ahi tiene Vd., Conde, un error muy general, y es el de confundir lo *poético* y lo *romanesco*, y conde-nar lo uno por lo otro. Veamos si puedo demostrar la diferencia que entre aumbas cosas existe, segun yo lo entiendo. Poética es la jóven que con todas las virtu-des de la juventud, la sencillez, la inocencia, la modestia, la laboriosidad, la obediencia, no piensa precozmente ni en amores ni en brillar: este no es un tipo romanesco. Pero si lo es la jóven emancipada, que se apasiona como una Fedra, á despecho de la vo-luntad paterna; intrépida amazona, que busca con án-sia un teatro en que brillar, y que ostenta con aplo-mo sus torcidas y no maduras opiniones en punto al

mundo que no conoce, y en punto á ideas que no ha digerido: esta jóven, por cierto, no es *poética*. Poético es el jóven que limita sus deseos, y lucha con tranquila perseverancia contra la mala suerte; que honra las canas, respeta lo que le es superior, enfrena su lengua, y se hace lugar con su mérito sin encumbrarse mas de lo que es propio, sirviéndole para ello de zancos la jactancia: este jóven no es *romanesco*. Lo es, si, el que desde luego entra en la vida con pretensiones exageradas de adelantos y ventura. Para él desde luego la gloria, la fortuna, el amor, la vida, todo se le debe. A la primera decepcion, sin querer trabajar en la gran viña, por ser corto el salario, vá á buscar,—sin fe, ni ley, sin respeto á sí mismo y á la humanidad,—su sepultura, en que con atrévida mano estampa por epitáfio *suicidio*: este jóven no es *poético*, Conde.

La poesía toma la vida tal cual es, y la embellece; calma la desgracia con la razon, que es su amiga, y contiene los desbordamientos de la ventura con la delicadeza, que es su inseparable compañera. Lo *romanesco* tiene en cambio para los infortunios, desesperacion, locura, muerte; para las venturas enagenamientos, arrobamientos y ruido. Equivócase igualmente lo clásico y lo romántico, juzgando por los abusos de las cosas, y no por su esencia; pero pueden aplicárseles estas mismas distinciones, y decirse que lo clásico es *romanesco*, y lo romántico *poético*. Veo pintado en vuestros ojos la extrañeza y

escándalo que han causado mis últimas palabras; oigo á Vd. ya enumerar una sarta de pecados mortales que achacan al romanticismo, y me apresuro á asegurarle que por hoy no tendrá este pobre calumniado, un adalid defensor en mí. Pero difiero esta controversia para otro dia, porque siento que un hombre como Vd. por no pararse á profundizar una cuestion, esté tan errado en sus opiniones sobre ciertas materias. Lo prueba el que quiere Vd. circunscribir las Musas al Parnaso y no darles cabida en su hogar. ¿Será Vd., pues., de aquellos que sostienen, que siendo la poesía una cosa facticia, fantástica, un *arte*, en fin, debe tener su asiento en la cabeza que PIENSA Y CREA, engalana lo creado y lo coloca en las bibliotecas, y no de nosotros los que creemos que tiene su asiento en el corazon, que la SIENTE y la derrama en la vida, como un benéfico rocío del cielo?

—Participo un poco de ambas opiniones, respondió riendo el Conde; juzgo como los primeros, y no obstante, no puedo menos de sentir como vos, cuando oigo y observo en Vd. el resultado de sus opiniones, y confieso, siguiendo vuestra antítesis, que una mujer infiel á sus deberes, no es *poética* por más que hagan por poetizarla: y que vos lo sois muchísimo. En lo demás, perdone Vd., amiga mia, el prosaismo á las canas, como perdonaria Vd. al que ha cegado que no vea la luz; pero crea Vd., si fé le merezco,* que tengo el mayor placer en oirla. Noto que rebosan en su corazon los sentimientos y recuerdos que ha evoca-

do esa carta; iniciadme en ese mundo que veo bullir en vuestra mente.

—Pero, Conde, si nada puedo referiros sino puerilidades; nada sino recuerdos de un villorro, de un sochantre de lugar, de un interior pacífico y humilde, de niños, de flores, en fin, nimiedades.

—Comuníquemelas, pues, aun dado el caso que lo fuesen: aun suponiendo gratuitamente, como lo hacéis. que no me interesasen, quedárame todavía un placer, y es el que expresaba un francés al que preguntaban, qué encanto le retenia las boras muertas al lado de una mujer muy linda, que solo hablaba puerilidades, diciendo; *la miro hablar!* La Marquesa permaneció callada.

—Vamos, prosiguió el Conde, ¿porqué se replega usted así? ¿Dónde está esa encantadora expansion que hace de vuestra mente una colmena de cristal, y me dá armas para seguir nuestra pacífica guerra, en la que triunfo cuando peleamos en la densa atmósfera de la tierra, y triunfais cuando nos elevamos á otra mas alta? ¿No sabe Vd. que cuanto dice me interesa, y que simpatizo con Vd. en el fondo, como el débil reflejo con la luz?—¿Acaso no comprendéis que si alguna vez quiero retener su vuelo, es con el mismo fin que me llevaria á hacerlo con el ímpetu de este saltadero, no porque no lo admire, sino para que no caiga de demasiado alto?—Vamos, léame Vd. esa carta que tanto la conmueve.

—No puede ser, no estais en antecedentes, no la comprendería Vd.

—Mejor, me los referirá Vd., y así será mas larga la sesion.

—Tenga Vd. presente, señor mio, que si lo que voy á referir estuviese impreso, seria muy fácil para el que lo leyese y le pareciese cosa fútil y poco digna de ser leida, el tirar el papel; tanto más. añadió la Marquesa volviendo á sus lábios su benévola sonrisa, cuanto que no me *veria* hablar; pero Vd. no está en ese caso, y aunque le canse tendrá Vd. que oirme hasta el fin, porque como se proclama Vd. de la escuela antigua, no querreis interrumpir á una señora ni demostrarle fastidio.

—Sé, repuso el Conde afectando una ceremoniosa gravedad, las imprescindibles obligaciones que me impongo, y las admito con todas sus consecuencias.

—Hagamos, dijo la Marquesa, un convenio que dicte la franqueza sin intervencion de la galanteria. Cuando mi locuacidad, escitada por recuerdos que me son caros, me arrastre en su larga y veloz carrera demasiado lejos, tomará Vd. esa campanilla azul que al subir por el naranjo como por una cucaña, se ha detenido cansada al alcance de su mano, y la agitaremos como lo hace el Presidente del Congreso con la suya de plata cuando ciertos oradores, traspassando los límites á que puedè extenderse un discurso, los quieren lanzar en el grandioso espacio de lo interminable.

—Convenido, señora. Pero antes dígame Vd.: ¿no existe en el Congreso una campanilla de oro, con la que el Presidente puede significar al orador que tenga á bien prolongar su improvisacion?

—No lo sé, contestó riendo la Marquesa; si la hay, lo cierto es que no se ha puesto en uso; pero si llego á engolfarme en mis recuerdos de Valdepaz es bien cierto que no necesitará Vd. de la campanillita de oro. Era tan profundamente tranquilo aquel rincón que, ¿lo creerá Vd.? hasta con la muerte se vivía allí familiarizado. Ahora bien, hacer aparecer á la muerte suave sin que infunda horror ni tédio, ¿no es una altura á que pocas veces alcanzan, el hombre religioso más metido en Dios, el filósofo más desengañado del mundo? La hacienda en que habitábamos, solo estaba separada del cementerio por un pequeño corralón en que pacían unas ovejas; pues creed que ningún horror me inspiraba la cercanía de aquel lugar de descanso de los campesinos. Cuando veía abrir una zanja por los parientes de una persona difunta (puesto que allí no hay enterradores asalariados), lejos de ver en ellos hombres lúgubres cavando una negra y pavorosa sepultura para un muerto, solo me parecían hermanos de la Caridad preparando un lecho para un dormido. Allí hubiéramos podido saludarnos con el *¡Hermanos, de morir habemos!* de los trapenses; porque esta frase no hubiera sido para nosotros la suprema expresion del desprendimiento de las cosas de la tierra, sino la confiada adhesion á las del cielo.

—¡Marquesa, observó el Conde, la idea de la muerte es grave!

—¿Y quién dice que no, amigo mio? però ¿quién ha dispuesto que las ideas graves sean tétricas? ¿quién el que sean contrarias á la suave alegría y paz del alma? Las almas santas buscan las cruces y no las hallan. San Francisco Javier las deseaba más y más cada dia, y Santa Teresa pedia padecer ó morir, y ambos se hallaban colmados de gozo. El P. Kempis dice: *Si tuvieses buena conciencia, no temerías á la muerte*. No, Conde. Dios no hubiese creado al sol, si no quisiera al hombre alegre; ni hubiese dado por premio á la virtud, la serenidad y contento del alma. En aquel lugar apartado y quieto, conocí al hombre mejor y mas feliz del mundo, al sochantre de su iglesia, el cual va á ser el héroe de mi relacion, si es que insiste Vd. en que prosiga.

—¡Mas que nunca, señora, mas que nunca!—Un hombre *bueno* y *feliz* es una mosca blanca, con *item mas*, ojos de brillante, que ansio tanto hallar, como ansiaba Colon descubrir las Américas.

—Usted mismo, puede graduar si fué ambas cosas, despues que me haya oido.

Habia sido mi protagonista hijo de un criado de campo al servicio de una noble y pudiente familia, y como tal, generosa. Habia Gilito, tal era su nombre, por gordo y alegre, caido en gracia á sus amos; que se le llevaron á Sevilla á *estudiar*. Por desgracia aumentó Gilito en la abundante mesa de los señores

considerablemente en carnes, pero en la Universidad aumentó poco en saber. La incapacidad de Gilito le hubiera cerrado todo camino de adelanto, á no haber encerrado su ancho pecho una voz que en Italia le hubiese hecho ser otro Lablache, y que en Sevilla lo hizo sochantre. Volvió, pues, triunfante á sus hogares, tan robusto de voz y de persona, que en ambas cosas, voz y persona, habia estofa para cuatro sochantres. Tomó Gil, ya designado por D. Gil, posesion del coro de la iglesia del lugar con alta dignidad. Desde entonces debió notarse en su expresivo rostro la mezcla mas graciosa de la bondadosa y sencilla alegría de un niño y de un buen alma con la dignidad y prosopopeya de un padre grave y de un alto funcionario. Alternaban á veces ambas cosas en su semblante con tal rapidez, que se explayaba aun sobre sus lábios su infantil y alegre risa, cuando ya sus ojitos negros desde su concavidad lanzaban una mirada grave, austera, y con ínfulas de imponente. Agregó á la dignidad de sochantre la de sacristan y santero de una capilla situada á espaldas de la iglesia, la que tenia contigua una casa habitacion para el encargado de su custodia. Casóse con una sobrina del Cura, huérfana algo entrada en años, pero buena, delicada y amante, que cifró en su rotundo marido toda la ternura que durmiera por tantos años en su pecho, y la cual le trajo al matrimonio algunas fértiles suertes de tierra; de manera que decian las gentes del lugar *¡Vaya si lo pasan bien!*—Resultó que don

Gil, entre bienestar y mimos, entre *requiem* y *glorias*, siguiéndose sus días unos á otros santos y uniformes, como las cuentas de un rosario, claros y puros como gotas de agua, tranquilos como copos de nieve, alegres como lentejuelas, llegó en lo moral á ser el hombre mas feliz, y en lo físico el hombre mas gordo del mundo.

Cuando conocí á D. Gil tendria sobre cincuenta años: su gordura habia llegado á su apogeo, y hubiese deslucido al mas corpulento atun de la almadraba de Conil si allá lo hubiesen hallado en sus redes, y la santera decia con íntima satisfacción: *¡Qué buenas carnes tiene mi Gil! Dios se las conserve!*

Vestia calzones cortos, chaqueta y chaleco de hábito de San Antonio, y medias de estambre negras; un capote con mangas colgaba sobre sus espaldas, y un sombrero de tres picos coronaba su ancha cabeza. No gastaba corbata, por la sencilla razon de que carecia de pescueco, tenía el cabello rapado, y solo le colgaban unas largas mechias de cabello en la nuca, ó por mejor decir, no colgaban por la antedicha falda de pescuezo; sino que se extendian por sus enormes hombros en forma de golilla. Cuando iba al campo á ver sus sembrados, ó á cazar, pues era un terrible Nembrod, dejaba el capote y tomaba una manta, trocaba las reverendas medias negras por zapatos de vaca y polainas, el encumbrado sombrero de tres picos, por uno calañés de enorme ala, y así ataviado

salía mi D. Gil; semejante á lo lejos á un pequeño monte Vesubio apagado.

Nuestra primera entrevista de alegre memoria merece ser referida, no solo porque fué ciertamente una escena de un cómico genuino que no podría inventarse, sino porque sus lances son pinceladas que harán mas parecido el original que voy pintando. Habiendo nosotros ido al pueblo con intencion de pasar una temporada larga, y siendo parientes de la familia que le habia protegido, D. Gil, que como todos los españoles, tenia ideas innatas de cortesanía, se creyó obligado por todas razones á venir á ponerse á *nuestra obediencia*.

Es de advertir que en los pueblos del tenor de Valdepaz no se hallan mas espejos que alguno que otro tan pequeño, que si alguna vez sus dueños tienen la curiosidad de mirarse en ellos, van viendo sucesiva y separadamente cada una de sus facciones. Abrió el criado, que era gallego, la sala, diciendo á D. Gil que pasase adelante; lo que éste hizo preguntando al pasar al criado, á quien ya conocia—Farruco, ¿en tu tierra canta el cuco? y acompañando este agudo chiste con una de sus alegres risas: en seguida, por una de esas súbitas transformaciones, dijo con grave semblante y campanuda voz: *¡Alabado sea Dios!* No hallando quien completara esta vulgar, pero hermosa congratulacion con el usado y pio *¡para siempre!* lo dijo él y se acercó al espejo en el que se puso á mirarse. Cuando entré en la sala aun me hallé á mi

visitante inmóvil y absorto en su contemplacion, sin que mi llegada le sacase de su arrobamiento; gran rato aun nos estuvimos ambos contemplando el mismo objeto, esto es, él á sí propio, yo á él.

—Señora, dijo al fin con voz consternada sin pensar en saludarme, y sin desviar la vista de su direccion, ¿este espejo aumenta?—No, señor, contesté, sin comprender la causa que originaba tal pregunta.

—Señora, tornó á preguntar, ¿este espejo ensancha?

—No señor.

Entónces, con un acento desconsolado y sin dejar de contemplarse, se puso á exclamar á gritos:

—¡Ay qué gordo! ¡ay qué negro! ¡ay qué feo! ¡ay qué barrigon que soy! Jesucristo, cristianos, ¡qué espantajo para lobos!

Traté de atenuar el mal efecto que le habia causado á aquella viva antitesis de Narciso su propia vista; pero no me escuchaba; habia caido cabizbajo sobre una silla, y seguía su triste elegía:—Señora; yo no sabia que era tal figuron. ¡María Santísima! ya no me espanto de que el tío Lucas el arriero no me quiera alquilar sus burros cuando se me ofrece ir á cazar á *la marismilla*. Estodiciendo, se levantó para volverse á mirar; pero esta vez, sobreponiéndose su natural jocoso, conforme volvió á verse, empezó á reirse tan de corazon y con tan sinceras carcajadas, que no tardé en hacerle coro. —¡Toma! decia, y á mí ¿qué se me dá? ¿tendría yo acaso alguna renta por ser bo-

nito? ¿no me está siempre diciendo mi Curra, *dame gordura y darete hermosura?* y que jamás se dice: ¡qué hermoso y qué *flaco*, sino qué hermoso y qué *gordo* que está! ¡Ahora me iria yo á apurar por eso! ¡pues ya! ¡bendito sea Noé, que se quitó los calzones y echó á correr (1)!

El discurso que probablemente habia preparado para aquella ocasion se quedó en el tintero, ó más exáctamente dicho, en el espejo: lo solo que de él pudo reasumir fué que tenia un amor entrañable á los usías, que los usías le habian dado su carrera, que los usías daban allá el pan á los trabajadores, que por un usía era capaz de dar el corazon, y que cuando habia un usía en el lugar se alegraban hasta los pájaros.

Despues de esta primera entrevista, que no pienso fuese grave ni ceremoniosa, y establecida desde luego cierta confianza muy expansiva por parte mia, me suplicó con tan vivos deseos que tocase el piano, que allí vió sin comprender lo que era, que me apresuré á satisfacer su deseo; bien veia que era aquel instrumento análogo al órgano; pero un órgano sin fuelle le parecia á D. Gil un sochantre sin voz. ¡Cuánto no gozó y se rió de júbilo al oirme!... creo que si hubiese sabido walsar, se hubiese puesto á hacerlo con una silla, como lo hacen las niñas que ya no van á la amiga. Pero pasando repentinamente co-

(1) Espresion popular para ensalzar la despreocupacion.

mo por mágia á una heróica severidad y á una gravedad austera, díjome:—Señora, esto es hermoso, no hay que decir; pero donde está... Y abriendo su boca como la de un cañon, entonó el *Credo* con un torrente de voz que hizo retemblar las vidrieras. Al oír aquella explosion vocal, las gallinas que picoteaban tranquilamente debajo de la ventana saltaron atráspiando, los pavos hicieron la rueda con su *glu glu*, el gato desapareció como una exhalacion, el perro que gozaba de un apacible sueño se puso en pié murmurando un indistinto ladrido y empinando las orejas; y los chiquillos del capatáz, que á la sazón jugaban en el patio, vinieron de puntillas, y se asomaron formando grupo á la puerta de la sala, preguntándose unos á otros: ¿Hay funcion? Era aquella muestra de canto-llano arrancada á D. Gil por la pasion que á él tenia, pasion que no sentia sino como la siente el artista por su arte, el sabio por su ciencia; esto es, con solemnidad, con veneracion y con respeto. Mas adelante quise persuadirle, puesto que su voz era realmente magnífica, á que se dejase enseñar por mí algunas de las buenas árias de bajo.

— ¿De veras, Marquesa? exclamó riendo el Conde. ¿Y hubiese Vd. enseñado á un sochantre de lugar la música de Rossini, de Wehber ó de Verdi?

— ¿Y por qué no, señor mio? ¿Necesita la voz de pergaminos? ¿Hay privilegios para las gargantas, ó las hay para ciertas músicas de alto coturno? Lo que sí habia es, que D. Gil no queria degradar su grave

garganta cantándolas; cuando se lo proponia, me echaba una mirada en que luchaban la indignacion y el respeto, pero con la que me daba á entender que le proponia una profanacion. Y efectivamente, nunca habia profanado aquella pura y privilegiada garganta el mas mínimo *tra-la-la*.

Don Gil tan alegre, tan jovial en la vida privada, era otro hombre en la iglesia; no solo se revestia allí de sotana y sobrepelliz, sino de una dignidad magistral. Andaba derecho y la pelada cabeza erguida; su barriga aparecia entónces en toda su majestad prominente; su sotana respingaba muy sobre sí por delante, mientras á la espalda barria humildemente el suelo; su semblante en tales circunstancias aparecia impasible; no levantaba los ojos sino para echar una mirada iracunda á algun monacillo descuidado. Nada le sacaba de su paso grave y compasado, á no ser algun irreverente *ladron* en un cirio: al aparecer este sacrilego, D. Gil perdia toda su compostura y su moderacion, entrando al punto en un furor que solo era comparable al de Orlando. Cogia la caña del apagador con los brios con que Hércules empuñara su maza, y exterminaba al descarado delincuente, como aquel ál leon de Nemea.

Don Gil sin más ambicion que la muy inocente de ser llamado *cantor* en lugar de *sochantre*, sin mas passion que su canto-llano, sin mas diversion que su caería y sus sembrados; sin más ideal que los *usías*; jovial, caritativo, servicial y por lo tanto bien querido

de todo el mundo, era, como ya he dicho, el hombre mas feliz de la tierra. No se cuidaba de política ni de cosa alguna, fuera de su iglesia y de su casa. Para él era el mundo un caos que no definía: solo sabia que existían *el inglés, el francés y las Indias*. Ignoraba que en otras atmósferas ménos serenas y puras que la suya tremolase el tremendo estandarte de la rebelion, que trabaja por arrancar al pobre su alegre conformidad, su bendita falta de ambicion, su santo amor al trabajo y á la paz, y su religion, que todas estas virtudes infunde, mantiene y bendice: así es que era su vida un tejido de inocentes goces. La comida, que era buena, ¡qué bien le sabia! el vino que era malo, lo mismo. ¡Qué descanso tan completo en su lecho! ¡Qué actividad tan grata de dia! ¡Amar á Dios y servirle, amar al prójimo y ayudarle, y *Viva la Virgen!* Esta era su divisa.

¡Oh querido, feliz y excelente D. Gil, de grotesca, pero suave y risueña memoria! ¡Tú, que has sido un cero en la figura y en la significacion en este mundo, por el cual has rodado desapercibido!... ¡vael mas tu chaqueta y hábito de San Antonio que las túnicas de los siete sábios de la Grecia; mas tu capote de otras edades, que el manto de *Par* de Lord Byron, y mas tu sombrero calañés que las coronas de laurel del Taso!

¡Triste filosofía que te quemas las pestañas sobre tus libros, y te derrites los sesos en tus cavilaciones, buscando la piedra filosofal, esto es, *la verdad y la*

felicidad que no encuentras! ¿qué eres tú en comparacion de aquella tranquilidad de espíritu, de aquella serenidad del alma, que nada busca, y todo lo halla? ¿Qué son vuestras estériles disertaciones, vuestros sistemas sin base, que se agitan en un círculo vicioso, oscuro y seco, en comparacion de aquella plácida luz, de aquel manantial de aguas puras y cristalinas que brotan en el alma sencilla, que aprendió á vivir y á morir, en el catecismo?

—Marquesa, dijo el Conde con profunda simpatía, ántes ha esparcido Vd. flores que he deshojado sin piedad; mas ahora verteis perlas que recojo con aprecio y afan. No hay edades entre los buenos católicos para los sentimientos religiosos, en los que tenemos unos y otros firmeza de viejos para la fé, ardor de jóvenes para la caridad, y todos una misma esperanza. Proclame Vd. siempre como lo hace esas idéas que le inculcaron sus Padres: hace Vd. en ello mas bien de lo que cree.

—¿Yo? ¡Por Dios! ¿se burla Vd., Conde?

—No, senora, no, porque no por eso quiero significar que sea Vd. un gran teólogo, ni la quiero comparar con un Balmes, un Marqués de Valdegamas, un *Vicario de Estepa* (1), antorchas de nuestra santa fé. Pero es porque une Vd. á la santidad de las doctrinas el atractivo y la simpatía que ejerce la hermosura unida al ingenio; y es, sobre todo, porque

(1) El actual Arzobispo de Granada.

los preceptos de moral y de religion tienen mucha fuerza en las bocas de aquellos que nunca faltaron á ellos, magnífica prerogativa que no enaltece á la sola altura, á que no alcanza el altivo desprecio; púlpito de oro desde el cual baja la verdad serena y llena de conviccion, sin el temor de que nuestras faltas sirvan de pretexto para no creerlas sinceras.

—¡Cómo quiere Vd. que crea puedan hacer mis palabras el santo efecto que dice, si tan débil soy en mis convicciones, que cuando considero ciertas cosas que no me esplico, tiemblo, porque me parece ver algun claro en lo compacto de mi fé?

—Por eso, señora, guárdese bien de emplear en cosas de la fé la indagacion y el análisis. Acuérdesse de San Agustin, que queriendo hallar solucion á cosa fuera del alcance del hombre, halló en una playa á un niño que intentaba con una conchita trasladar las aguas del mar á un hoyito que habia abierto en la arena.—Niño, dijo el santo, ¿no ves que tu intento es imposible?—Mas lo es el tuyo, contestó el niño.—No desmaye Vd. ni desconfie de su fé por no comprender; la fé está en la *voluntad* y no en la *inteligencia*.

—Es cierto, es cierto, Conde; y esto es lo que constituye la pura y firme fé del carbonero; la fé es un *deber* que triunfa de los sentidos y alcances del hombre.

—Marquesa, despues de esta digresion, que es muy

grata para mí, volvamos á vuestro D. Gil, con el que deseo hacer mas ámplio conocimiento.

—La pequeña casa en que vivia con su excelente y amante mujer, y una sobrinita huérfana que habia prohijado, prosiguió la Marquesa, era digna de ser el albergue de aquellas apacibles existencias: estaba situada con la capilla entre la iglesia y nuestra hacienda: á la espalda tenia el alegre cementerio.—Sí, sí, alegre digo, aunque frunza Vd. el ceño: náda más apacible podia darse que aquel lugar tan verde bajo aquel azul tan puro á la sombra de aquella respetada iglesia: puede que si allá se hubiese enterrado á un ajusticiado ó excomulgado, hubiese perdido su apacible fisonomía; pero no era ese el caso. Para llegar á la habitacion del sochantre se atravesaba un gran corralon ó patio verde y frondoso, que servia á la capilla y á la casa como de antesala—Crecian en su centro dos altos cipreses, á un lado dos anchos naranjos, y entre estos y los primeros se hacia lugar un alegre paraíso acariciando al naranjo con sus ramas, perfumando al ciprés con sus flores como el niño que á un tiempo acariciase á su Madre y sonriese á su Padre—Al frente de la casa se arrellanaba brindando sombra una parra recostada en su emparrado sostenido por picatos, como se arrellana un sultan en su palanquin sostenido por etiopes. Entre las grietas de las viejas paredes, junto el lánguido resedá tan modesto en la eleccion de su domicilio, se asomaba la tremenda boca de sapo, sin conseguir intimidar á su

vecino el desgavilado jaramago que sacaba su gaita amarilla por entre las ramas de un rosal de Pasion, cubierto de sus dulces y santas rosas, esas verónicas de las flores. A su lado una madreselva cubria como una verdadera madre los defectos y asperezas de la pared. Por entre sus ramas se veia á los lagartos dar sus paseos intermitentes. Hallábase en aquel patio mi Flora rústica en sus glorias; esto es, las plantas y flores que con preferencia eligen las casas de los pobres, porque allí se crián á sus anchas sin temor de la cruel podadera, embalsaman el aire á su amor, sin temer que sea nociva la fragancia á los nervios de las delicadas ciudadanas (empezando por mí, Conde, que no puedo oler una *dama de noche*, sin sentirme indispuesta), y sin verse perseguidas y difamadas á causa de las malas influencias que les suponen. Así era que la *adelfa* levantaba allí en triunfo su rosados ramilletes protestando contra la *inteligencia cordial* que se le supone con la maligna erisipela. Veíase el delgado *aromo* cubriendo sus descarnados miembros con un vestido de crespon verde salpicado de lentejuelas de oro; la *alhucema*, que elige la santa forma de la espiga y el modesto color lila para su flor que ha de constituir el inocente y sencillo sahumero de los niños; el *saúco* abria sus anchos y compactos ramos como plazas de armas á las evoluciones de las mariposas. Las *viuditas* jóvenes, sin quitarse su sério vestido morado se coronaban de una fresca guirnalda verd como la esperanza: los *frailes boca abajo* preguntaban

á una grave y tiesa *malva loca* por qué razon los han clasificado de *frailes*, no habiendo en su vida predicado un sermon; á lo que la interrogada respondia que seria con la misma sinrazon con que á ella, la más recogida y compuesta entre las flores, que ni se mecia provocativamente en su tallo para llamar la atencion de las mariposas, ni se perfumaba coquetamente para atraer á las abejas, la habian calificado de *loca*. Los inofensivos *alfileres*, ese mosaico de diminutas florecitas, añadian en comprobacion de esto, que igualmente calumniosa era su denominacion, pues jamás habian pinchado á nadie; las lindas y finas *arañas* exclamaban llorando que era un *contra-flora* designarlas con el nombre de un inmundo y horroroso insecto; encendido de cólera el *moco de pavo* que esto oia, les aconsejaba que no llorasen más, porque se pondrian aun mas flacas, y que antes bien se revistiesen como él lo hacia, de unas buenas púas para pinchar las narices de los *guasones* que se les acercasen. Allí se veian los *miramelindos* que se asemejan al cristal, de tal manera que se figura el que los mira que su contacto debe ser melodioso; el *mirasol* ó *gigantillo*, que no tiene mas gracia que la de hacerse un *desgavilado* varal, y mirar al sol con la boca abierta; *sangre de franceses*, apellido de inaveriguable origen, como casa sin pergaminos, que se queda casi solo para alegrar á noviembre; la *capa de rey*, bien denominada por ser una magnifica esposicion de púrpura, lapizlázuli y oro que hacen las hojas como para ostentarse y pro-

bar que no siempre han de consentir en estar en segundo término y hacer de pajes de las flores. Allí estaban los *nunca me dejes*, jazmincitos que como niños mal criados, por espíritu de contradicción, se caen cada vez que se los nombra. Cerca de ellos florecían unidas en sus ramos como monjas en su convento, esas florecitas que por blancas é inmaculadas han merecido el glorioso nombre de *flor de santa María*; las *arreboleras* tan sencillas y modestas, á pesar de poderse jactar de tres títulos como grandes de España, pues además del referido tan poético que alude á sus bellos colores, tienen el sentimental de *suspiros* porque caen y se vuelven á reproducir con la misma facilidad, y el de *periquitos de noche*, porque de noche abren su cáliz, pues hasta en las flores hay á quienes intimida el bullicio y encoge la luz. Por último, allí se ostentaban las *adormideras*, las que á semejanza de muchos sábios y hombres de Estado hoy en día se quedan tan pronto calvas madurando en sus escuetas cabezas una infinidad de pequeñas y mezquinas ideas.

—Que todas exprimidas forman un soberbio narcótico, exclamó riendo el Conde.

—¡Chiton, Conde, chiton! repuso la Marquesa, que no quiero que mis flores den ocasion á la sátira; prosigamos, pues veo que me he detenido en describir estos lugares, lo cual he hecho por un irresistible impulso, porque me gustan los árboles como á los pájaros, las flores como á las abejas, las parras

como á las abispas, y las paredes viejas como á las salamanquesas.

Consistia la casa del sochantre en una sala que tenia una alcoba á la derecha, y á la izquierda un cuarto con los avíos de amasar: estaban estos limpios y brillantes como el cristal, porque la *señá* Francisca era mas que aseada, era pulcra. Frente de la puerta de entrada habia otra que daba al corral, en el que se hallaba la cocina: serviale de quitasol una rústica higuera, que se desprendia de su tafetan en invierno para ponerse uno nuevo en la primavera. Paseaban por allí las gallinas tan orondas, tan ufanas con sus diademas de coral! ¡Con qué instinto de buena educacion llamaban cariñosamente á los polluelos chicos, desvalidos, amarillitos y redondos como grandes flores de aroma, y aplicaban un picotazo bien dado á los pollos zánganos y desgavilados, pollos en la denominada *edad de la chinche*, que aun golosos como chicos, ensayan ya su voz de tiple imitando la de tenor del gallo! Era de ver lo mansas y satisfechas que estaban esas agradecidas comensales del hombre! lo que prueba que hasta en los pobres animales el aprecio ajeno da esa confianza sin arrogancia tan necesaria en la vida, y aleja la angustiosa desconfianza que suele coartar nuestras facultades y amilantar nuestro espíritu.

—Eso será cierto, señora, aplicado á las almas sensitivas, á los genios modestos, pero...

—Conde, Conde!... interrumpió la Marquesa,—

así como no quiero que mis hermosas flores sirvan de asunto á la sátira, no quiero que mis buenas gallinas den pábulo á la crítica.

—Vamos, señora; para complacerle diré el conocido dicho francés «que todo es para bien, en este el mejor de los mundos;» hasta lo pensaré por tal de que prosiga Vd...

—Muchas veces, cuando entraba en aquel pacífico asilo, prosiguió la narradora, me quedaba supensa en el quicio de la puerta. Presentábase á mi vista aquella casa tan aseada: su dueña que tan agasajadora me salia al encuentro: D. Gil, sentado á una pequeña mesa, tan arrimado cuanto se lo permitia su enorme abdomen; sobre la mesa un jarro; en su mano un vaso de vino que levantaba en alto como para darme la bienvenida con su cara de pascua, su boca de risa; la vieja tia Tinea, su criada, fregando en el corral al sol el almirez que brillaba como el oro; el gato durmiendo sobre una silla baja, tan seguro de no ser acosado, porque en aquella mansion de buenas almas, custodiada por las flores, no asomaba ninguna clase de hostilidad, no hallaba entrada ningun género de crueldad. Este cuadro de interior tan alegre, tan pacífico, tan acabado en sus mas mínimos detalles, tenia la graciosa naturalidad, la gráfica minuciosidad de un cuadro flamenco, mientras que volviendo la cara hácia el patio en cuya resplandeciente y embalsamada atmósfera formaban los cipreses, los naranjos y las flores como un fondo en medio del

cual se destacaba la capilla con su lámpara perennemente encendida ante la antigua y milagrosa imágen que orlaban los *ex-votos* de los fieles, como insignias de su misericordia, como recuerdo de sus mercedes, formaba este conjunto otro cuadro todo meridional, lleno de brillo, de poesía, de religiosidad y de espiritualismo.

—¿Y cree Vd., preguntó el Conde, que todos mirasen con los ojos que Vd., el casucho y corral del santero?

—Entre las gentes cultas,—mal he dicho,—entre los gentes de la sociedad, pocas; empezando por mi excelente amigo, que teme degradar su buen sentido y su grave razon concediendo que sea exacta mi descripción, y que no veo visiones como el caballero de la Mancha; mi amigo que me insta á hablar me escucha por simpatía, y me hace burla por la negra honrilla de severo antagonista del romanticismo. Pero entre las gentes del pueblo, muchos hay, sí, muchos, que con estos simpatizan, y no solo en cuanto al espíritu religioso, sino tambien en cuanto á las bellezas de la naturaleza, que sienten y mezclan en sus sentimientos amorosos, como podria hacerlo el poeta de la mas alta esfera. En confirmacion de lo dicho, oiga usted algunas coplas compuestas por aquellas gentes rústicas: ellas probarán á Vd. además, que la poesía es tan independiente de reglas, como la belleza lo es de la compostura. Entre infinitas que allí mismo recogí, escogeré aquellas que se re-

fieren á los objetos de la naturaleza de que he hecho mencion.

Los cipreses de tu huerta
Están vestidos de luto,
Y es pórque no tienen flores
Que ofrecerte por tributo.

El naranjo de tu patio
Cuando te acercas á él,
Se desprende de sus flores
Y te las echa á los pies.

Tus colchones son azahares
Y tus sábanas mosquetas,
Tus almohadas jazmines,
N tú, rosa que te acuestas.

—Sea Vd. franco, Conde, prosiguió la Marquesa, ¿pueden hallarse imágenes más suaves, mas poéticas que las contenidas en esta última copla?

—Y tanto, respondió el Conde, que miro como una usurpacion que se compusiesen para alguna moza de cántaro, y no para la Marquesa de Alora.—Pero vengamos á nuestro sochantre que me interesa. ¿Tenia hijos?

—No; pero no lo sentia D. Gil, que tenia puesto todo su cariño, cariño apasionado y tierno, en la sobrinita huérfana de que dejo hecha mencion, un ángel de cinco años, una bolita morena con ojos negros,

y unos dientecitos que parecían nieve vista al sol. Pero su mujer lo había sentido mucho al principio de su matrimonio, porque pensaba que un hijo hubiera impedido ciertos pecadillos de infidelidad que á la verdad, mirados como tales, eran veniales, pero mortales como golpes á su amante corazón. Fué el caso que, un día sorprendió entre su marido y una muchacha que les servía, descalza de piés y piernas, y boba en grado superlativo, el siguiente ilícito coloquio.

—Petrotila, ¡que mala eres tú!

A lo que la otra con admirable oportunidad y selecto chiste respondió:

—Nó, ¡qué usted!!...

Y ambos se echaron á reir de su mútuo gracejo á cual más y mejor. Desde aquel día, con refinada prudencia y esquisita prevencion, despidió la santera á la muchacha, saliendo esta Agar de casa del patriarca, llevando felizmente en los brazos, no un Ismael, sino una hogaza de pan, con la que dulcificó la encelada esposa aquel acto de policia matrimonial.

En seguida tomó la previsorá santera, mal que le pesase á D. Gil, á una horrorosa vieja para que los sirviese. Así disfrazado y con el seudónimo de tia Tinea, entró el ángel de paz en aquella casa de la que no volvió á salir.

Uno de los muchos goces de D. Gil, era fumar en una ridícula y viejísima pipa que tenía. Habiendo en

una ocasion venido á Sevilla, le envié una más decente, con cuyo motivo me escribió esta carta, que es una de las que han llamado su atencion de Vd. y que conservo como un precioso modelo, un *specimen*, como dicen los ingleses, en este género.

Vea Vd. esta letra, grande y redonda como su dueño, estos floreos torpes como la mano que los trazó y esta rúbrica en que echó el resto, y que á su parecer le colocaba en la categoria de pendolista de primer orden, y por cima de todo esto y al traves de la ridícula retumbancia del lenguaje, note Vd. ese sello de sencilla bondad, esa mezcla de prosopopeya y alegre moralidad que la caracteriza.

La Marquesa alargó la carta al Conde que leyó lo que sigue: (1)

«Con ocasion de las Pascuas (que deseamos lo-
»gren Usías felices) *nos excusamos* de hacer memoria
»á Usía de las singulares obligaciones que le recono-
»cemos, para que usando del derecho que tiene á
»nuestra voluntad, dé á nuestra obediencia repetidos
»preceptos de su agrado, en cuyo empleo se acredite.

»Dios guarde á Usía muchos años, en compañía
»del Marqués mi señor.

»Su obediente criado

«GIL PEREZ.»

(1) El autor ha podido hacerse con el original de esta carta que conserva en su coleccion de curiosidades.

P. D.

«He recibido la gran pipa de Argél; esto y contentísimo con ella; y le repito á Usía las gracias infinitas. La tia Tinea cada vez mas torpe.»

—Bien hace Vd., dijo el Conde devolviendo la carta á la Marquesa, en conservar tan original autógrafa, pues cada dia escasea lo original, lo peculiar que constituye un tipo, esto es, una cosa característica, individual, marcada con un sello peculiar. El recuerdo de la tia Tinea en tan retumbante epístola, vale su peso en oro.

—Es que ese individuo ocupa un puesto grande en la existencia de D. Gil. Era aquella mujer un descarnado conjunto de ángulos agudos, una percha de la que colgaban en infinitos pliegues unas enaguas de bayeta verde y un toquillon de bayeta color de castaña. Cuando atravesaba la sala para ir al corral, precedida de sus narices que habian crecido demasiado de prisa solia decir D. Gil:

—Ahí tiene Usía á la tia Tinea que parece un abanico cerrado.

—Y Vd. uno abierto, contestaba muy picada la tia Tinea.

Don Gil se echaba entonces á reir tan alegremente, como si hubiese pasado la cosa mas graciosa del mundo.

—¡Válgame Dios, Gil, empeñado estás en sacar á la cara los colores de la tia Tinea! decia la comedida santera.

—¡Los colores á la cara! exclamaba D. Gil aumentando su risa, á ese pergamino arrugado! Como no fuese con una brochada de azarcon...

—Calla, Gil, que se va á sentir, y la tia Tinea es una buena mujer.

—No digo que no, Francisca, bajo una mala capa hay un buen bebedor ¡y esta Doña *Feana* es una cocinera que yá! Señora guisa una ollita, que se chupa uno los diez mandamientos: un potaje que dice: ¡*Comedme!*... La masa frita hecha de su mano, dá gloria, y en cuanto al ajo molinero, ni en la mesa del Rey se presenta mejor hecho.

—Calla, hombre, que en la mesa del Rey no se presenta ajo molinero, que es comida de pobres.

—¿Que no se pone? exclamaba D. Gil; ¡pues peor para el Rey!

Aun habia más encantos para mí en aquella casa que estas ocurrencias de D. Gil, que tanto me divertian. La santera tenia puesta una amiga, y cada mañana se reunian debajo del emparrado, una porcion de niñas chicas. Vd. sabe cuanto me gustan los niños, graciosos intermedios entre el hombre y el ángel, cuando de este conservan aun la inocencia en los ojos, la verdad en los labios, la fé en el alma, y la confianza en el corazon. Cuánto me interesan, sobre todo en los del pueblo, sus cuentos, sus dichos, sus versitos apropiados á las circunstancias, que tienen una sencillez y un candor tan lleno de encanto, un sentido poético tan innato, unas nociones y sentimientos

religiosos tan justas las primeras, tan tiernos los segundos y tan tempranamente inculcados!.... flores pequeñas nacidas en las praderas, sobre las que todo el mundo pasa sin detenerse á examinar su sencilla belleza ni á aspirar su suave perfume!

¿Por quién han sido compuestos estos primeros tartamudeos en el arte de la versificación? ¿Qué oído adivinó la cadencia del metro? ¿Quién les enseñó esas primeras nociones tan puras y graciosas de las cosas terrenas y divinas, que expresan esas producciones populares é infantiles? No pueden ser personas mayores, porque no hay entendimiento maduro que retroceda y se inculque la inocencia ignorante, ni el candor immaculado. Así, pues, ¿no es mas fácil suponer la precocidad de sentimiento y de imaginación, que haria á la ignorante niñez acertar por intuición algunas nociones de las cosas que aun no están á su alcance? Decida esto un filólogo amante de los niños, de la poesía, y de las cosas sencillas; á mí me basta admirar y enternecerme. ¡Ay! los niños y las flores, estrellas de la tierra que alegran y engalanan! ¡quién los hiciese diputados, legisladores, ministros, para que rigiesen el mundo á su antojo!!!

—¿Qué de fuentes y de confiterías habria en él! dijo riendo el Conde... Ese nuevo sistema puede Vd. publicarlo, puesto que hoy dia lo extravagante en punto á sistemas, tiene un gran mérito de actualidad: desde luego doy á Vd. mi voto para Presidenta de esa República.

—Lo que iba ahora á referir, prosiguió la Marquesa, eran mil cosas de niños; pero bien mirado, Conde, eso no puede interesar á Vd.

—¿Porqué no? ¿Acaso cree Vd. que no hay simpatía entre los viejos y los niños? ¡La hay y mucha! Las pasiones que agitan la vida del hombre, en los unos aun no existen, y en los otros dejaron de existir, lo que produce un estado análogo; unos y otros nos encontramos en las puertas de la vida; ellos que vienen y nosotros que nos vamos; ellos nos dicen: *¡descansad!* nosotros les decimos *¡buen viaje!*

—Pues si le complazco, alcanzo dos placeres, el propio y el ageno al recordar estas escenas de niños. Debajo del hospitalario emparrado, tenian las niñas sus graves conferencias. ¡Cuánto me complacia en ver aquellas graciosas y grotescas figuritas, con sus diminutas castañas, sus cortísimas enaguas, y sus zapatitos viejos, cuya punta se entreabria como una almeja para dejar asomar cinco deditos diminutos, como cinco cabecitas curiosas en una entreabierta ventana. Levantaba la brisa alguna vez una de las anchas hojas de la parra, como para dejar entrar un curioso rayo de sol, que iba á picar la nariz de alguna de las chiquillas como un mosquito de oro, porque el sol es amigo de los niños, como la luna es amiga de los amantes. Solíame poner en una ventana, á la que servia de espesa celosía una mosqueta, á escuchar sus coloquios. Un dia hasta llevé mi prontuario, y anoté el siguiente:

—Mi *mae* fué anoche á la iglesia y me llevó; ¡mu-
chito!

—¿Habia bautizo? ¿Hubo pelon?

—No, sermon.

—¿Sermon de noche? ¿Pues á qué hora?

—A las ánimas y media acabó.

—¿Tú lo oiste?

—No, que me dormí.

—Pero ¿quién *preicó*?

—Un Padre; ¿quién habia de ser?

—Toma... otro cualquiera; yo tambien sé *preicar*.

—¿Tú? exclamaron todas, ¡mentira!

—Que es verdad; que sé un sermon; y sino....., ahora lo vereis. Vosotras sois las mujeres; ea tocarse todas.

Las chiquillas se pusieron por la cabeza pañolillos, delantales, dechados, cuanto hallaron á mano, hasta los calzones de D. Gil, que habian quedado sobre la silla de la santera que los habia estado cosiendo. La predicadora cogió una sillita baja y la volvió de manera que, subida sobre ella, sus manitas descansaban sobre el espaldar: colgó en éste á manera de paño de púlpito, un cernadero, y se encaramó sobre el asiento, donde puesta en pié dijo gravemente:

—¡Arrodilláos, pecadoras!

Las chiquillas obedecieron unánimes á la intimacion, y la predicadora prosiguió en estos términos:

- ¡Ea! callaos la boca, pájaros, y vosotras, abispas, que parecis abejorros; acudid lagartos, vosotros

que sois buenos y humildes, á oír á este *preicaor* que os va á decir:

El sermon del peregrino
Cuando Jesucristo vino
Y se puso en el altar
Con los pies llenos de sangre
Y las manos *enclavás*.
En Jerusalem estaba
Y así se puso á decir:
Que vengan á mí los niños
Que los quiero bendecir.
Limpia, limpia, Magdalena,
Y no dejes de limpiar;
A los chicos darles teta,
Y á los grandes darles pan.

Bajóse en seguida con poca gravedad porque fué de un salto diciendo:

—Ea, id con Dios, y enmendaos.

—¿Te enseñó el obispo ese sermon? preguntó una de las mas admiradas.

—¡Qué! el obispo no hizo mas que darme un bofetón cuando me confirmó, para que me acordase de que prometia ser cristiana.

—¿Y viste al obispo?

—Lo *vide*; ¿tenia yo acaso los ojos cerrados?

—¿En dónde?

—En Sevilla cuando fui por *Copusquisti*, y ví la procesion y ví á la Infanta.

—¿Y cómo es la Infanta?

— Como una imágen; ¡mas bonita es!!!

—¿Y dónde estaba?

—¡Toma! en la procesion

—¿Y con quién iba?

—¡Con un *melitar* mas alto! y otro iba detrás recogéndole las naguas (1).

—¡Ay Jesus! ¡Ay Jesus! exclamaron todas altamente escandalizadas.

—Acabé mi dechado, exclamó una niña que sentadita en su sillita habia estado todo este tiempo acabando su faena, y se puso á cantar:

Adechado y mas adechado,
Trabajito me habeis costado,
De la mano de mi maestra
Cañacitos en la cabeza.

—Dame un *pilelé*, dijo una de las mas chicas á su hermana mayorcita.

—¿Y para qué quieres ese alfiler?

—*Pa* ponerme esa *fló* en la *caboba*.

—¡Qué tontuna! eso queda bueno para las mozas.

—Quiero la *fló* en la *caboba*, en la *caboba*, insistió la chica en tono que no admitia réplica.

—¡Caramba con el renacuajo este! dijo su hermana, que en diciendo por aquí he de meter la *caboba*, la ha de meter sin remedio.

En seguida se puso á lisar el pelo de su herma-

(1) El gentil-hombre que lleva la cola en días de gala.

(Auténtico.)

nita y colocarle segun lo exigia un copete tieso como un huso en la castaña que atravesó como una flecha un corazon, mientras canturreaba:

A la flor de la petiflor
A la verde oliva,
A los rayos del sol
Se peina mi niña.

—Mirad, mirad, gritó otra, la cigüeña! la cigüeña! A la torre de la iglesia va.

—Y se pensieron á cantar en coro:

Cigüeña , cigüeña ,
Tu casa te se quema,
Tus hijos te se van;
Por cuaresma volverán.
Sácate una pluma,
Dala al sacristan,
Que escriba una carta,
Que ellos llevarán,
Y al rey de los moros
Se la entregarán.

Mientras otras salmodiaban:

Cigüeña, cigüeña,
Dame un cuarto para leña
Y otro para jabon
Para lavarte ei camison.

—¿Cómo está la tia Muñiz? preguntó una de los mayorcitas.

—Está *intercaliente*.

—¡Qué intercaliente, si se murió! Mañana se le van á hacer las honras que se hacen á los difuntos que se mueren.

—¿Y por qué se ha *murio*? preguntó la que ostentaba el copete.

—¡¡¡Mira que pregunta!!! se murió porque *Pae Dios* quiso.

—¡Vaya con *Pae Dios*, qué quiere que se muera la gente! dijo en tono de severa desaprobacion la encofetada.

—Calla, hereje, si te oye D. Gil te aplasta; si no nos muriésemos, ¿cómo íbamos al cielo?

—Mariquilla, canta una copla, que quiero bailar. *Placia*, cuenta un cuento, que sabes de más de mil. ¿Qué mil? más de doce docenas tambien.

—Ana, dí la relacion del gato, ¡que es mas bonita!

—Cármen, dí la relacion del Calvario. Y la niña llamada Cármen dijo:

Yendo por un caminito,
Un postigo me he encontrado,
Abierto siempre al que llama,
Al que no llama cerrado.
Pasó por allí la VIRGEN
Toda vestida de blanco,
Y cuando volvió á pásar
Traía el vestido manchado
Con la sangre que su HIJO
En la cruz ha derramado.

Venid, cristianos, venid,
Caminemos al Calvario,
Que por pronto que lleguemos,
Le estarán crucificando.
Ya le hincan las espinas;
Ya le remachan los clavos;
Ya le hincan la lanzada
En su Divino Costado.
Vinaieron las tres Marías
Con los tres caliz dorados
Para recoger la sangre
Que JESUS ha derramado.
—Al pié de la Cruz estaba
Un rosal de blancas rosas:
De la sangre de JESUS
Hase caido una gota.
La rosa compadecida
Al punto la recogió,
Por eso es tan purpurina
La rosa de Jericó.
Ya vienen las golondrinas
A quitarle las espinas;
Ya vienen los gilgueritos
A quitarle los clavitos;
Ya vienen las tortoiitas
A llorar tan tristecitas!

—Plácida, ¿no sabes tú la de San Pedro y las llaves del cielo?

—Sí, sí, respondió Placidita, que era la sobrina de Don Gil; pero... tengo sueño.

—A la noche dormirás, anda, ¡dila ahora! Anda y no muelas.

La dócil niña dijo esta relacion:

Levántate, Pedro,
Enciende candela
Y mira quién anda
Por la cabecera.
Los ángeles son
Que vienen al huerto
Y llevan á Cristo
El cáliz acerbo.

San Pedro tiene dos llaves
Una con que cierra y otra con que abre:
Yo tengo otras dos, el Credo y la Salve.

Como atraído por la voz de la niña á quien tanto amaba, D. Gil se habia venido acercando á la ventana conteniendo á duras penas aquella risa de corazón que le causaba cuanto le gustaba ó hacia gracia. —¡Jesus, Señor! ¡y qué salada que es! decia, ¡vamos, que la chiquilla es un portento! ¡No es así, señora? ¡bendita sea tu alma, chula, rechula! ¡Me la comería!

Entretanto las niñas proseguian en sus entretenimientos: unas bailaban, cantándoles otras esta copla:

En el hospital del rey
Hay un raton con tercianas;
Y una gatita morisca
Le está encomendando el alma.

Aquella á quien se habia pedido recitase la famosa relacion del *gato*, complacia á su noble auditorio en estos términos:

Estaba señor don gato
En silla de oro sentado,
Calzando media de sēda
Y zapatito picado.
Llegó su compadre y dijo
Si queria ser casado
Con una gata morisca
Que andaba por los tejados.
El gato por verla pronto,
Cayó del tejado abajo:
Se ha rompido tres costillas,
Se ha descoyuntado un brazo;
Venga, venga presto el médico,
Sangrador y cirujano,
Y sobre todo que venga
El doctor señor don Cárlos.
El señor don Cárlos manda,
Despues de haberle pulsado,
Que maten á una gallina
Y que le den buenos caldos.
A otro dia de mañana
Amaneció muerto el gato:
Los ratones de alegría
Se visten de colorado;
Las gatas se ponen luto,
Los gatos capotes largos,
Y los gatitos chiquitos
Dicen *miau, miau, miau.*

Acabada la relacion, dijo la Marquesa riendo:
—Pero, es posible, Conde, que estemos, yo refi-
riendo y Vd. prestando atencion á semejantes niñe-
rias? ¿Puedo acaso persuadirme que otra persona que

yo se interese y sienta simpatía por estas producciones, tipos de la mas candorosa sencillez?

—Pues confieso que las he oido con sumo placer, contestó el Conde: esa relacion del gato con el cuento de la hormiguita, y otras de ese género son para mí recuerdos de la niñez, de esos que sonrien por toda la vida, por larga que sea. Contábamelos mi anciana ama, que en los primeros años los oyó á su Madre que á su vez los supo por la suya; vea Vd. aquí que á lo menos pueden jactarse de una incontestable antigüedad. Estos cuentos y relaciones son amigos y compañeros de la infancia, á la que alegran sin envejecer con ella.

—Además, Conde, en los paises de más alta cultura literaria estos cuentos y cantos, tanto los populares como los infantiles que llegan á obtener la patente de popularidad y la ventaja de perpetuidad (ventaja que muchas obras de indisputable mérito no obtienen), son recogidos, impresos y conservados con el mayor empeño. Los indagadores estudian en estos cuentos y cantos el desarrollo, las primeras elaboraciones del pensamiento en su libre albedrío, la expresion innata de los sentimientos del corazon, la agudeza espontánea del entendimiento, como los botánicos estudian las plantas que crian, en su gérmen, y las plantas silvestres en sus hojas y flores. En cuanto á los poetas, recogen estas incultas, pero balsámicas obras de la naturaleza, como las perlas que forma la ostra sin conocer su valor. Pero aquí no es ese

el caso. Si algun presuntuoso ilustrado, ó algun inflexible clásico nos estuviesen oyendo, ¿qué pensaria de este tejido de nimiedades, niñerías, y de reflexiones de alto vuelo que entretejemos?

—Señora, pensarian que tiene nuestra discusion el giro natural y libre de una conversacion íntima y familiar. Además ¿qué nos importa lo que ellos pudiesen pensar? ¿Habla Vd. acaso á ellos? en ese caso le diria con Luis de Góngora:

¡Triste del que á una roca pide orejas!

—Proseguid, Marquesa; ¿á qué evocar la imágen de la crítica como un fantasma, ante el cual se replegue la expansion de vuestros gratos recuerdos, y se hiele su pintura en vuestros lábios? Estoy seguro de que no hay un poeta, á quien estas cosas si bien no le entusiasmasen como á Vd., al menos no le hiciesen gracia. Prosiga Vd. esa pintura en sus menores detalles, basta venir á las circunstancias que han motivado esa segunda carta, que espero ha de ser tan notable como la primera.

—Ya no sé, respondió la Marquesa con distraccion, lo que decia: ¡ya se ve! como que esta excursion por mis recuerdos no es una relacion, no tiene lo que hablo ni hilacion, ni una marcha marcada.

—Yo me acuerdo, dijo el Conde; las niñas estaban debajo del emparrado, D. Gil oia con delicia á su sobrinita decir su relacion.

— Sí, sí, recuerdo,—repuso la Marquesa volviendo á animarse,—la relacion en que decia tenia dos llaves del cielo. ¡Angelito! no necesitaba ninguna; su inocencia le abria las puertas del cielo de par en par. —Mientras así se entretenian, uno de esos nubarrones ligeros y de formas caprichosas y esbeltas que llaman *gigantones*, como atraído él tambien por las niñas, llegó de prisa y se paró sobre el emparrado como otro emparrado mas alto y mas ligero, y empezó á deshacerse en lluvia de diamantes, que brillaban al través de los rayos del sol al caer sobre las niñas; pero estas nuevas Dánaes mas recatadas que la madre de Perseo, echaron á correr con mas ó menos gracia, con mas ó menos ligereza, con mas ó menos tropezones cantando:

Agua Dios mio,
Que se seca el rio!
El trigo barato,
Y el pan á dos cuartos!

—Plácida, corazon, dijo D. Gil al verla entrar, quiéreme parecer que estás hoy descolorida!

—¡Válgame Dios, hombre; repuso su mujer, cuál estás con la niña! No parece sino que te se va á derretir entre las manos como copo de nieve; nada tiene el angelito, y le vas á meter en aprension.

Habia pasado el aguacero, y las niñas se fueron á sus casas. Placidita se sentó en una sillita baja junto á D. Gil, y echó la cabeza sobre sus rodillas.

—¿Qué tienes, hija mia del alma? le preguntó su tío, ¿te duele la cabeza?

—Sí, respondió la niña, cuyas mejillas se iban enrojeciendo como el cielo cuando se pone el sol.

Jamás he visto consternacion mas marcada y dolorosamente expresada que la que en aquel instante se selló en el abierto y candoroso semblante de Don Gil. Agachóse y tomó á la niña en sus brazos, y mientras que con trémula mano la pulsaba, decia á su mujer:

—¡Franciscal !Francisca! ¡La niña tiene calentura!

—Vamos, hombre, no te asustes, respondió la santera, acudiendo de prisa y poniendo su mano en la frente de la niña; será un resfriado; voy á hacerle una taza de cocimiento de flor de violeta.

Marchóse apresurada; pero por pronto que volvió ya la niña dormia en los brazos de su tío con aquel sueño pesado que es en los niños el precursor de sus enfermedades. D. Gil estaba inmóvil como una estatua, y aun hacia esfuerzos para contener su respiracion.

—¡Francisca! dijo en voz que apenas se oía; la niña está muy mala.

—¡Tales cosas! contestó ésta. Hombre, por Dios, no te apures; todos hemos estado malos de chicos, y todos vivimos.

—¡Menos los que se han muerto! respondió con voz acongojada el marido. ¡Francisca! ¡Francisca! si

Dios se la lleva, yo me voy detrás; desde ahora te lo predigo!

—Toma este cocimiento, hija mía: tiene azúcar, dijo la santera levantando la cabeza á la dormida niña. Esta entreabrió los ojos y bebió con ánsia.

—Placita, mi vida, mi corazón, ¿me quieres? preguntó D. Gil, por tal de oír el dulce querido sonido de voz de la niña.

—Sí, murmuró ésta. Fué la última palabra que habló. A los tres días había muerto de garrotillo, ese implacable verdugo de los niños!

Me apresuré á ir allá con el alma oprimida, y angustiado el corazón; pero al entrar en la casa se serenó mi congoja.

La niña estaba en su cajita azul y blanca, blanca como la caja, rodeada de flores que parecían haber acudido allí como alrededor de una azucena para recibir su último perfume; nada había allí lóbrego, negro, ni místico, pues ¿á quién puede parecer triste la vista de un niño muerto? ¿A quién tétrica aquella tumba que se riega con flores, dulce privilegio de que las tumbas de los niños solo deben gozar? ¿A quién puede parecer fúnebre aquel féretro, al lado del cual, en lugar de la solemne deprecación *¡Dios le haya perdonado!* solo se oye pronunciar por cada cual esta sentida congratulación: *¡Dichoso tú! ¡dichoso tú!* ¿A quién puede afligir una muerte por la que nuestra madre la Iglesia repica como para una festividad? No, no es triste aquel féretro blanco y florido junto al

cual en lugar de entonar los ministros del culto el imponente *De profundis*, no se oye sino la dulce voz de los niños que cantan:

Las flores son para el suelo,
Y los niños para el cielo,
A donde á Dios van á ver,
Y ya no quieren volver.
Que echen las campanas á vuelo
Que hoy hay un ángel mas en el cielo.

¡Qué profundo buen sentido es el que hace que entre el pueblo, en un *entierro de ángel*, se tenga una demostracion de dolor por una profanacion, como lo es una de regocijo en el entierro de los mayores! ¡Cómo comprende con ese profundo sentido religioso que unos le niegan y otros quieren borrar en él, que es la muerte en la infancia uu particular beneficio de Dios! que el alma de un niño que muere, es un alma privilegiada que Dios releva de las miserias humanas, y á la que da la corona sin el combate, la palma sin el martirio! (1) ¡Cómo conoce que la senda de la vida

(1) No queremos omitir aquí, por lo que confirma estas ideas, un epitafio á una niña compuesto por uu jóven poeta andaluz amigo del autor.

Blancas rosas mi frente coronaron
Menos puras y bellas que mi alma;
Porque no combatí no tengo palma,
Pero tengo de flores uua cruz.
Un sueño de inocencia fué mi muerte;

que para los niños aun es llana y está cubierta de flores, se hará áspera y erizada de espinas cuando dejen de serlo! ¡qué entrarán ellos tambien en la gran lucha del bien y del mal, de que aun les aparta su inocencia, sin saber si saldrán vencidos ó vencedores!!!

Don Gil estaba sereno, como lo hubiese estado si hubiese visto al ángel de su guarda subir al cielo; pero tambien, como si éste le hubiese faltado, desapareció la alegría y contento de su existencia; ¡tal era la intensidad de cariño que encerraba aquel sencillo corazón! ya no cazaba; en vano sus reclamos *piñoneaban*, en vano le repetían su *con el pié* (1) como para intimarle que con moverlos la llevaría al campo; su escopeta enmoheció; ya no iba á sus sembrados; desapareció aquel envidiable y nunca desmentido apetito. Hasta su voz se resintió del estado de postración en que cayó su espíritu: ya no llenaba la iglesia aquella admirable y poderosa voz que como hermana se unía á los magnos sonidos del órgano! Su gran corpulencia necesitaba todos estos estímulos físicos y mo-

Ángel de luz al despertar me ría;
Una cosa me falta, Madre mía,
Una sola en el cielo... y eres tú!

(N. del E.)

(1) Voces de que se valen los cazadores de reclamo para clasificar los varios cantos de la perdiz.

rales, para conservarle su actividad, y para combatir la postracion que debia producir el exceso de la parte material en aquella mole humana. Así fué que la parte vital debilitó, sus órganos se entorpecieron y no pudieron combatir una espantosa hidropesia que estalló espada en mano. En breve se postró. Sentado en su lecho y respaldado en almohadas, porque no podia estar acostado, clavaba la vista sin cesar en la sillita que habia sido de la niña, y que habia mandado colgar en la pared; y á poco tiempo dejó de existir, sin que los esmeros y cuidados de su amante mujer hubiesen conseguido alargar su existencia.

La Marquesa calló un momento y despues prosiguió:

¡Oh! ¡mi buen, mi excelente D. Gil! tú que llevaste á la tierra la inocencia de corazon con que por primera vez sonreiste á tu Madre; tú que tanto ruido y pápel hiciste en tu iglesia y tan poco en el mundo... ¡ya no existes! ¡ya tú tambien me dijiste un *adios* de aquellos que son citas para la otra vida! ¡Tú estás allá arriba gozando de Dios como acá abajo lo estuviste! ¡Tu espiritu no volverá por este mundo, pues solo vuelven los de aquellos que atraen é inquietan razones poderosas ó grandes remordimientos, y tú no tuviste nada grande sino tu persona, y nada poderoso sino tu voz! Así, pues, como nadie te recordará ni aun tú mismo, he querido hacerlo yo, pintándote tal cual fuiste; y para pinceles he cogido una rama de los tristes cipreses y otra del alegre pa-

raiso de tu casa, y con ellos te he retratado para que otros te quieran y sientan no haberte conocido. ¡Duerme en paz en tu tranquilo cementerio, rodeado de tus vecinos y amigos que á él te precedieron, y te han recibido agradecido al hermoso *Requiem* que les cantaste! Descansa de tu vida, que te cansó cuando llegó á faltarte la hermosa voz que interpretaba los cánticos y el objeto de tu amor tan puro como el de las flores al sol. ¡Oh! tú que amastes y ejercitaste el canto y el latin sin comprenderlos, pliego blanco de papel en que estampó la fé sus adoraciones para ponerlas en manos del Señor, no me olvides allá arriba, donde estás con otros muchos POBRES DE ESPIRITU Y RICOS DE CORAZON, y ruega por la que supo apreciar la suave almendra baja su tosca corteza!

La Marquesa bajó la cabeza escondiendo una lágrima en una sonrisa, como esconde la aurora una gota de rocío en una rosa..

—¿Va Vd. á llorar por el sochantre de Valdepaz, Marquesa? preguntó el Conde.

—¿Y por qué no? ¿qué ley de razon, de decoro ó de sociedad me lo impediría? De ninguna de sus propiedades es el hombre más arbitrariamente dueño que de sus lágrimas: dejad brotar esas fuentes del corazon que prueban al correr que no está seco ni exhausto; dejad por Dios que se humedezcan los ojos, sino se han de asemejar á los de cristal de las figuras de cera.

—Marquesa, tened presente que hay lágrimas de cocodrilo.

—Jamás las he visto. Hay más; tengo la tal creencia por una vulgaridad, y he de hacer un viaje al Nilo para averiguar el hecho.

—Pero supongo que no pretenderá Vd. con ese panegírico de las lágrimas, que tengan los hombres la debilidad de llorar.

—Ni lo quiero ni lo dejo de querer: lo que niego es que el llorar sea, como lo llama Vd., una *debilidad*. Dos veces he visto lágrimas de hombres en situaciones á las que dieron tal sello de solemnidad, que en mi recuerdo viven como dos monumentos imponentes ó imperecederos: una vez vi llorar á mi marido á gritos, á sollozos: fué cuando murio su Madre, y la profunda impresion que me dejó ese desgarrador y sublime dolor, fué tal, que solo su recuerdo me parte el corazon como un cuchillo. Otra vez vi caer por las mejillas de una persona querida lágrimas más terribles que gotas de sangre, en una de esas circunstancias que doblan al hombre de bronce, como un junco, ponen esposas de hierro á sus manos y soplan sobre su voluntad que apagan, como se sopla y se apaga una luz. Vi esas lágrimas corrosivas como un ácido, caer sobre su cano bigote, miéntras partia en dos y tiraba su espada; y solo el recordarlo ¡me aterra! y ambos eran nobles hombres, bizarros y enteros. Las lágrimas siempre que no sean afectadas ó mezquinas, son bellas, Conde; bellas como lo es la ri-

queza que se expende. No obstante, haré concesiones al estoicismo masculino, admiraré, si quereis la fuerza de voluntad que pára la corriente del agua viva, siempre que esta fuerza, este poder, no sea la paralización del hielo.—Lo que si quiero es que los hombres no escarnezan, no desprecien, no condenen las lágrimas, pobres hijas del dolor, calladas, sin forma, sin color, sin acogida, que á nadie ofenden, y de que muchos se burlan.

—Pues yo no quiero que llore Vd., Marquesa, porque las lágrimas que verteis, yo las recojo, y al recojerlas, sufro mas que Vd. al derramarlas. Por no verla llorar—;tanto es lo que me aflige! — me haria acérrimo enemigo de las lágrimas.

—No hagais tal, Conde, que las lágrimas no siempre son amargas y siempre son buenas: son, como dice un autor francés, el mas seguro indicio del amor; y el amor ha sido el salvador del mundo. Dios hace del amor los dos grandes preceptos en que todos los demás se encierran; pero este falta, y esto es la perdicion del mundo: su falta es causa de esa terrible guerra que aterra al orbe desde que el primer hombre sacudió el santo freno de la obediencia; guerra espantosa y universal que se hace con todas banderas, hasta con la de la humanidad y con la de la paz, y de que son víctimas desde el mas inofensivo animalito de Dios, hasta los Reyes y Pontífices! No necesita el enemigo del género humano los vicios para perder al hombre; bástale arrancar de su

corazon el amor, ese divino sentimiento que dió Dios al hombre así como á los ángeles.

— ¡Así todos los predicadores tuviesen el privilegio de infundir la práctica de sus doctrinas como lo tiene usted cuando recomienda el amor, Marquesa! dijo el Conde. Pero vamos á ver esa carta que aun no hemos visto, qué referencia tiene con el buen sochantre que ya no ríe, que ya no canta, cuya melancólica muerte viene á probar á Vd. mi conviccion, que es; que ni aun á la santa sombra de una iglesia, entre niños y entre flores, con el corazon sano, pura el alma y tranquila la conciencia hay en este valle de lágrimas quien no las vierta.

— Esta carta, contestó la Marquesa, es la respuesta de su pobre mujer á quien escribí el pésame. No la ha escrito, pero se la ha dictado al nuevo sacristan.

La Marquesa alargó la carta á su amigo que leyó:

«Señora:

» ¡No sé ni cómo me han quedado ojos para llorar! He visto apagarse al que era su luz y la alegría de mi casa. ¡Cómo le sorprendió la muerte, señora! pero no por eso la recibió mal; sino como cristiano que sabe que la vida es un préstamo. Muchas veces se acordó de su señoría; y el dia antes de morir me dijo: Dile á la señora, que ya no cantaré el *Miserere* en la tierra; pero que mediante la misericordia infinita y

méritos de nuestro Redentor, cantaré allá arriba el *Gloria*! Y al verme llorar, añadió: Francisca, no llores; las lágrimas siempre me han hecho contradicción; no se deben llorar mas que las culpas. Te deajo con qué comer: así no te aflijas ni vayas contra la voluntad de Dios que dispone las cosas; confórmate y acuérdate de que *cosa cumplida, solo en la otra vida...*!—Señora, me lo he tenido por dicho; no llo-ro... y aguardo.

»Dios le envíe á V. S. todos los consuelos que expende y la colme de venturas como los pobres de bendiciones.»

»Su obediente criada,

»FRANCISCA MARTINEZ.»

—Señora, dijo el Conde devolviéndole conmovido la carta, esta vida del sochantre, así como los anteriores hechos de que nos hemos ocupado, que lejos de ser cosas extraordinarias y novelescas, son sucesos comunes y cotidianos que se suceden á nuestra vista siempre como el dia y la noche, solo probarán que la vida se compone de esta constante alternativa, siendo todas y cada una de estas catástrofes, lecciones y avisos con que Dios nos recuerda, como dice un piadoso poeta francés que

¡La terre est un éxil, la patrie est aux cieux!

Un destierro es el suelo;
La pátria está en el cielo!



DIALOGO CUARTO.

EL GENERAL.

L'honneur est un rocher
escarpé et sans bords;
on n'y peut plus rentrer
dés qu'on en est dehors

Doy á Vd. la mas sincera enhorabuena, dijo con alegría la Marquesa de Alora al Conde de Viana: ciertamente aturde la prodigalidad con que expende la fortuna sus dones á la familia de la hermana de usted la Generala Pelaez. En poco tiempo la mujer de su hijo Adrian, que está en la Habana, hereda una

(1) ¡La honra es isla que descuella
Escarpada en ancho mar;
El que la llega á dejar,
Ya nunca mas entra en ella!

(N. del E.)

inmensa fortuna; su yerno el Conde de Povar gana un reñido pleito, y ahora honra la REINA á su hijo mayor con la Gran Cruz de Cárlos III. Sabido es que la fortuna toda es extremos; ¡gracias cuando acierta á escoger por favoritas personas que tanto merecen serlo! lo que por desgracia no siempre sucede. Otro motivo, además de mi buena amistad, me lleva á celebrar esta constante série de venturas, y es ver que los hechos se han puesto de mi parte, para probar á Vd. en sus propios allegados, que por mas que diga, por mas que repita su triste cantinela, hay personas para quienes la vida es bella, dulce y cumplida.

El conde no respondió; pero por sus lábios vagó una sonrisa tan amarga y tan triste, que expresó mas de lo que hubiesen podido hacerlo muchas razones negativas.

— Dificil seria, prosiguió la Marquesa, que se hallase un pero que poner á la felicidad de esa familia. Vuestra hermana es una de aquellas mujeres que han pasado por todos los estados de la existencia femenina, siendo en cada cual su modelo. Bella y jóven unió su existencia á un hombre á quien antes de amarle, graduó digno de serlo, y que por lo tanto obtuvo el beneplácito de sus padres. Cuando fué Madre, hizo, como dice Balzac, su cielo del amor materno. Cuando sintió irse su juventud, se impregnó, digámoslo así, de dignidad, la que es en la edad madura un brillo de oro que reemplaza el sonrosado de

la juventud. Cúpole la mayor felicidad de la mujer, la de poder vanagloriarse de su marido; siempre tranquila, sosegada siempre, nadie cual ella acertó con el secreto de la vida, que es como el agua, todo lo que la agita la enturbia. ¿Es verdad esto, Conde?

—Es cierto, señora.

—El General era el cumplido tipo de los marinos españoles del pasado siglo, á los que perteneció: caballero, culto, científico, bizarro y consagrado á su deber, llevaba en su hoja de servicios el gran nombre de Trafalgar, magnífico canto del cisne de la marina española. Su presencia era hermosa, su alcurnia esclarecida, su caudal pingüe, su modo de sentir y de conducirse el que correspondia al cumplido caballero, de que mereció y obtuvo el lauro. ¿Es verdad esto, Conde?

—Es cierto, señora.

—Crecieron sus hijos sin que la muerte le arrebatase ninguno; la escogida educacion que les dieron sus Padres, cayó en buen terreno, é hizo de ellos personas de mérito; y al mérito siguió la suerte. El mayor ha hecho toda esta última guerra con indisputable distincion, y ajeno de toda pasion mezquina, como compete á todo noble militar, ocupa en el Senado un asiento que honra. Su hijo segundo, si bien he oido decir que fué en sus primeros años un poco disipado, sentó muy luego, y hoy dia vive en una posicion elevada y ventajosa en la Habana; y su linda hija, casada con un Grande que es el tipo de cuan-

to bueno y amante encierra el corazón del hombre, rodeada de sus hijitas, como una rosa de mariposas, es la más feliz de las mujeres. Sería esta privilegiada familia ciertamente el blanco de la envidia, si no fuese porque es tan bella la virtud, que se hace perdonar las ventajas en los que la practican, aun de la misma envidia ¿Es cierto, Conde?

—Todo es cierto, señora.

—Tan solo una desgracia ha tenido que llorar en su vida vuestra hermana, y fué la muerte de su marido. ¡La muerte! ¡esa es, sí, la gran catástrofe del mundo! esto es, perder á los que se aman; pues en cuanto á nosotros mismos, la muerte no me inspira tedio ni horror, si es santa y buena. Siempre he preferido mirar ese trance, no como el triste fin de la vida, sino como el glorioso principio de la eternidad; así como prefiero pensar en la clemencia de nuestro juez á pensar en su justicia; esperar á desconfiar; amar á temblar; agradecer á temer. Pero la Generala es tan virtuosa que sobrellevó este golpe terrible con mucha fuerza y vigor.

—Diga Vd. RESIGNACION, Marquesa. La virtud, que es un combate contra nuestras malas propensiones y nuestras debilidades, cuando está aislada es presuntuosa; no cuenta sino con sus propias fuerzas, y tiene por auxiliares al orgullo y la vanagloria, que dan el *valor*. La virtud cristiana desconfía de sí y acude á la gracia, y son sus auxiliares la sumisión y la oración, que dan la *resignacion*.

—¡Bien definido, Conde! RESIGNARSE es dulcificar el dolor, respetandolo como companero; *llevarlo con valor* es combatir al dolor y vencerlo como á enemigo. Puede, pues, que ese dolor *dulcificado* y no *ven-cido*, haya engendrado en vuestra hermana aquella afable gravedad, aquella seriedad tan dulce, aquella dignidad tan indulgente que forma la elevada atmósfera que la circunda y es para sus amigos tan deliciosa de respirar: así es que siempre se ve rodeada como una Reina, porque su trato eleva y su contacto purifica. ¡Oh! ¡cuánto envidia esa vejez, que haria amar la temida acción de los años, cuando sobre la sien de la mujer repone una corona de flores con una diadema de perlas! Ahora bien, Conde, decidme, ¿puede la fantasía mas creadora imaginar una existencia mas cumplidamente feliz, así interna como externa?

—No es posible; esta es la opinion general.

—Y la vuestra particular, señor mio, ¿no es acaso la misma?

— Podria no serlo.

—Eso dice Vd. por negarme un triunfo, uno siquiera! cuando tantos contra mí ha alcanzado. Esto es poco generoso, Conde. Mire Vd. que á pesar de sus bellas canas, que tanto me gustan y que tanto honro, voy á calificar á Vd. de obstinado.

—¡Ojalá, ojalá fuese esa la causa de mis restricciones!

—Conde, ahora añado que sois como el reloj de Pamplona. del que se dice que apunta pero no dá.

— Dejemos indeciso este nuevo caso, amiga mia, y conservemos ambos el juicio que cada cual haya formado.

— Es que una vez siquiera quiero vencer, ya que la victoria se me viene á las manos.

— Bien, me doy por vencido.

— Nada de eso: quiero conquistar la palma, como trofeo; no recibirla como tributo; quiero convictos y no rendidos. ¿Porqué huir del combate Vd. que es tan intrépido guerreador? Es claro, es claro, es porque no tiene Vd. armas, esto es, razones que oponerme.

— Cuando empezó Vd. esta contienda conmigo, bella paladina de la felicidad, me dijo Vd. con harta razon: en nuestra á la vez perfumada y pestifera esfera, no se ensanchan las ideas, no se exaltan los sentimientos, no se multiplican las sensaciones sino á expensas de la felicidad pasiva, negativa si quereis, pero dulce, alegre, tranquila y suave, que es y debe ser el patrimonio de seres caidos, condenados á una vida mortal y de trabajo, pero esta felicidad existe: yo se la enseñaré en su sencillez y pureza, sin traspasar sus limites como el manso rio. Ahora bien, si hemos recorrido esas tranquilas esferas, á las que no llegan ni altas exigencias ni refinados vicios, ni envenenadora ambicion, ni la susceptibilidad melindrosa, y no hemos hallado lo que buscaba Vd., esto es, un sol perenne, una suave y constante brisa, flores sin ajarse, voz que cante siempre y no suspire, ¿có-

mo podeis pensar que halleemos esta en estas regiones en que hemos pulido el cristal á punto que lo empaña un soplo?

—¡Pues lo hallé, lo hallé! dijo alegremente la Marquesa. Confundo á Vd... le hago ahora mismo abjurar sus errores, aunque bien sé que como Galileo ha de persistir en que *no se halla, no se halla!*

—Y como Galileo tendria razon; la tierra se mueve; ¡igualmente movible es la felicidad!

—¿Con que será Vd. capaz de sostenerme que la familia de su hermana no es feliz? ¿Qué el General que vió todos sus deseos cumplidos, que no lloró sobre la tumba de ninguno de los suyos, no murió feliz?

—¿Quién puede saber, señora, el secreto que cada corazon lleva consigo á la tierra?

—¿Qué secreto amargo puede llevar consigo el que muere en el seno de la Religion, en los brazos de los suyos, bendecido y bendiciendo, sonriendo á la vida que fué bella, y á la muerte que lo es tambien porque lo fué la vida? ¡Oh! ¡morir así es una buena y dulce muerte! se la envidia.

—¿Con que envidia Vd. la muerte del General?

—Como el mayor bien de la vida.

—Pues, señora, dijo el Conde con acento amargo é incisivo, sepa Vd. que el General murió de dolor y de vergüenza.

Al oir estas palabras la Marquesa, miró asombrada al Conde, y viendo la solemnidad de su mirada

que sentia hondamente lo que decia, creyó estar soñando.

—¡Qué dice Vd., señor!... exclamó consternada.

—Una verdad, señora, que con la felicidad de mis hermanos que hizo naufragar, yace en el oculto seno de un mar amargo de dolor.

—¡Dios mio! Conde... ¿Sabe Vd. que me he quedado fria como el mármol, trémula como las hojas de los alisos? ¡Jesus! ni yo ni nadie sospechaba...

—¡Oh Marquesa! este es un terrible secreto; secreto que, cual el tigre ávido de sangre se introdujo de noche y á paso lento en un hogar, para destrozarse el corazon de una familia.

—¡Me estremece Vd., Conde!

—Y con razon, señora, repuso el Conde apoyando su frente sobre su abierta mano.

—¡Pobre amigo! ¡pobre amigo! dijo la Marquesa, perdone Vd. si con imprudente mano he tocado una cuerda que vibra tan cruelmente en su corazon; pero estaba tan ajena...

—Lo creo, lo creo; si sus suaves y blancos dedos solo querian coger la rosa, no es culpa suya si os punzásteis con la espina que ocultaba.

—¡Ay de mí! ¡ay de mí, imprudente! exclamó la Marquesa. Perdone Vd., amigo, nada quiero saber. Doblemos la hoja; oculte Vd. mi tierno interés con el secreto en el silencio; el respeto á la desgracia es el mas sagrado, despues del respeto á Dios.

—No, Marquesa, es Vd. de la familia, y es más, es

una amiga verdadera; y los amigos son la familia del corazon. Sabrá Vd. la desgracia que cual un cáncer ha destruido la felicidad de mis hermanos; y cuando sepa que es de las que no tienen consuelo, comprenderá que no es la muerte la grande y mayor catástrofe del mundo.

—Conde, dejadme ignorar una desgracia, si no puedo remediarla.

—¿Me niega Vd. su interés?

—¡Hable Vd., Conde, y así os sea un bálsamo!

—Acertada anduvo Vd. al delinear la vida de mi sobrina mayor, la que cual un terso y transparente cristal no tiene una mancha; mas no fué tan acertado su juicio sobre su hermano menor Adrian. Este dió á sus Padres muchas penas. Empezó por ser expulsado del colegio de artillería. Hay muchos casos en que esto no supone falta de alcances, ni incapacidad, ni maldad, y que es solo debido á naturalezas tímidas ó débiles, al tédio, al cansancio, á veces á la desesperacion, por verse el indefenso blanco de esa horrible crueldad que ejercen lo muchachos unos sobre otros, tanto mas repugnante, cuanto es puesta en juego por los mayores sobre los menores, por una asociacion sobre un individuo aislado. Aturde que á semejante vejámen no se ponga coto en un cuerpo, que con razon se jacta de producir, no solámente hombres científicos y brillantes militares, pero tambien caballeros cumplidos, siendo una de las primeras cualidades de los tales la generosidad, y lo más

contrario á esta cualidad el abuso de la fuerza con el débil; la opresion en quienes se jactan de equitativos, el despotismo en quienes se jactan de liberales! Triste es decirlo; pero hay una edad en que el hombre es cruel, fria y ferozmente cruel.

—¡Cierto, cierto! exclamó la Marquesa al oír tocar al Conde las cuerdas más vibrantes de su corazón. ¡Cuántas veces lo he dicho! ¿porqué no se enseña á los niños, antes de todo, los buenos sentimientos, y entre estos el primero de todos, el mas bello, el mas santo, el más simpático, la compasion? ¡La compasion es un bálsamo divino que Dios puso en los corazones para ungir con él los males ajenos, sean cuales sean ellos y quien los padezca! La propiedad de sufrir, es lejitima acreedora de la de compadecer. Cada dolor físico ó moral que hayamos visto sin compadecerlo, á mi entender, clamará acaso más en contra nuestra, ante el divino tribunal, que todos nuestros vicios. Cada vicio trae consigo su detestable atractivo, su perniciosa propension; pero la crueldad, es un horroroso mónstruo enjendrado de sí mismo, al que ni el mismo génio del mal se atrevió á dar corriente ni seducciones.

—Marquesa, dijo el Conde, deberíais poner una cátedra de buen corazón.

—De bonísima gana la dotaré, amigo mio; búsqueme Vd. un profesor celoso, y todos lo aplaudiremos. Pero... ¿decia Vd. que Adrian fué expulsado del colegio?

—Sí, y este fué el primer dolor para aquellos Padres exageradamente pundonorosos; porque sea merecido ó no merecido, el desaire que lleva un hijo, es para sus Padres un punzante dolor. A varias cosas quiso su Padre aplicar á Adrian; pero éste á ninguna quiso dedicarse con constancia. Entretanto fuese haciendo calavera, porque la ociosidad en cierta edad, es un precipicio que se abre á nuestros piés, y por su borde son pocos los que caminan sin tropezar ó marearse.

Ultimamente su Padre determinó escasearle el dinero, de que tan mal uso hacia; y no siendo mi hermana de aquellas madres débiles, que por un mal entendido amor contrarestan las medidas de prudente rigor de sus maridos, consintió en la determinacion que tomó su Padre de enviar á su hijo á la Habana, al lado de un tio suyo gobernador de un castillo, para que allí lo sujetase con la disciplina militar. Con este objeto marchó Adrian á Cádiz, para esperar la ocasion de embarcarse. Fué recomendado á una prima de su Padre, viuda de un brigadier de marina, señora digna y respetable, que tenia algunos bienes de fortuna. Vivía sola con una criada en un cuerpo ó partido de casa, en un barrio poco frecuentado.

Recibió esta señora á su sobrino con sumo agrado; le dió no solo las cantidades que su Padre le asignó, sino algunas otras que por vía de préstamo supo Adrian sacarle. ¡Léjos estaba la excelente señora, de pensar que esas sumas se empleaban en vicios! pero

al fin lo averiguó, porque en la misma casa, en el cuerpo que estaba sobre el que ella habitaba, se había establecido una casa de juego, y la criada de la señora, que era curiosa y entrometida, notó que Adrian al salir de ver á su tía, subía á la casa de juego, y se apresuró á participarlo á la señora. Esta, como era de presumir, reconvino á su sobrino, que en adelante no pudo contar con la generosidad que tantas veces había venido en su auxilio. Adrian, entónces, escaseó sus visitas, y acabó por no ir nunca á casa de su tía, que le perdió de vista. Mala señal es cuando los jóvenes se retiran del trato.

—Ya lo creo, Conde. Bien sabido es, y á honra nuestra se ha dicho, que á medida que el hombre se engolfa en vicios, se aleja del trato de las señoras. Siempre he visto que es un instinto elevado y aristocrático, el que lleva á los jóvenes á frecuentar la sociedad nuestra; y siempre he augurado bien de aquellos que han preferido la buena sociedad á los casinos y á los cafes. Pero... prosiga Vd., Conde, se lo suplico.

—Era una negra y silenciosa noche de invierno. Habíanse ya marchado algunos amigos que solían acompañar á la Brigadiera hasta las diez; la criada, que estaba indispuesta, se había acostado, y la señora sentada al brasero, rezaba sus oraciones á la desmayada luz de un reverbero económico, que barrumbataba seria en breve pasada la hora de su servicio.

La lluvia sonaba monótona contra los cristales, como la péndola de un reloj; el viento se desplomaba

por el ojo del patio, matando ó haciendo vacilar las asustadas llamas de los quinqués de la escalera, y esparciendo el fétido tufo de sus pávilos.

La mar reventaba sus monstruosas olas contra la muralla de la ciudad, denominada de Capuchinos, salpicando aquella parte de la poblacion con sus ásperas aguas y sus amargas espumas.

Un temporal en todas partes es triste, ¡en Cádiz..... es lúgubre! Recordaba la señora varios sucesos horribles, acaecidos en Cádiz: Cádiz, que es tan bello y risueño de día y con sol; pero en el que, como en todo pueblo en que afluye mucha gente y mucho dinero, tantos horrores de noche, y en secreto se habian cometido! Vínosele á la memoria que poco ántes en una casa de su propiedad, no lejos del Hospital del Rey, habiendo tenido que desenlosar un oscuro y retirado patinillo para componer una cañería, se habian hallado dos esqueletos profundamente enterrados: que se habia dado parte á la justicia, y que todas las averiguaciones que ésta hizo, solo alcanzaron á verificar, que en algun tiempo aquella casa habia sido uno de esos perniciosos antros del vicio llamados casas de juego; de lo que se vino á colegir, que algun forastero habria pagado cara su buena suerte en ese indigno pasatiempo en el que,— ¡oh ignominia!—Se confunde el hombre bien nacido, con ladrones, truhanes, perdidos, ¡ hasta con asesinos! ¡arrastrado por un vicio que, sin más incentivo que la codicia, conduce á la deshonra, á la desesper-

racion, y hasta el crimen! Arrepentíase de seguir habitando aquella casa en que se habia establecido un garito, hallándose así expuesta á rozarse en su escalera con tahures y gentes de mal vivir, y proponiéndose cuanto ántes el alejarse de tan despreciable vecindad.

De repente tocaron á la campanilla. La Brigadiera se sobrecogió como si la hubiese tocado la pila de Volta; mas sobreponiéndose á su estremecimiento físico la señora, que era animosa y serena, sabiendo que su criada estaba recogida, se levantó y fué á abrir. Apenas levantó el picaporte, cuando fué atropellada por la puerta, empujada con violencia por un hombre embozado y enmascarado, que se arrojó dentro y cerró tras sí, y sacando un puñal, la amenazó en queda y honda voz de asesinarla, si no le entregaba el dinero que poseía. La señora, que ya dije á usted era serena, no perdió la cabeza; conoció que el lance era perdido, y que sería muerta si resistía ó gritaba, y así le contestó que estaba pronta á darle cuanto tenia, con tal de que no la maltratase. Entraron ambos en la sala, cogió la señora con trémula mano las llaves que estaban sobre la mesa, y pasó á la alcoba en donde se hallaban sus cómodas. Pero apenas estuvo en ella, cuando con una sorprendente presencia de ánimo, cerró la puerta, corrió el cerrojo, se arrojó á la ventana que abrió, y se puso á gritar ¡Ladrones! Mas ¡cuál sería su asombro al oír una voz harto conocida que desde la sala le dijo con imponderable angustia:

—Señora; ¡per Cristo crucificado! ¡no me pierda usted! ¡soy yo! yo, miserable, desesperado, loco!

Se acerca, y abre, Adrian, tirando el antifaz, se echa á sus pies y abraza sus rodillas.

Las gentes de la casa se habian agolpado al porton y llamaban amenazando hundir la pueria: la guardia de la vecina casilla habia acudido; los serenos tocaban sus pitos: Adrian se arrancaba el cabello; el asombro habia convertido á la señora en la inmóvil y pálida estátua del espanto.

Marquesa, ¡cuántas veces se ha dicho y cuántas veces se tiene que repetir, que la mujer es una heroína cuando á serlo la mueve la generosidad! Sobreponiéndose á todos los sentimientos de pavor, de indignacion, de ira, de desprecio, que le agitaban y turbaban sus facultades, la señora levanta á Adrian, lo esconde en una alhacena, serena su rostro, y abre la puerta recibiendo con la sonrisa en los lábios á todo el gentío reunido á la puerta.

—Entren Vds., señores, dice con risueño y tranquilo semblante; entren Vds. á recibir las excusas de una mujer medrosa y pusilánime, que asustada porque el viento movió una cortina, creyó ver un hombre en una sombra, y aturdidamente ha alborotado el barrio; pero, no ha sido nada, ¡nada, sino mi visionaria imaginacion!

Sacando en seguida vino y bizcochos, regaló á todos, con todos se chancedó, repartió algún dinero en-

tre los serenos, dió á todos las gracias, y los despidió como habria despedido á su tertulia.

Cuando todo volvió á quedar tranquilo, abrió la alhacena; Adrian salió pálido como el criminal que llevan al cadalso; quiso decir algo sobre su deuda de honor, sobre sus ulteriores intenciones; pero la señora poniendo uno de sus dedos sobre sus lábios, y señalándole con la otra mano la puerta:

—¡Sal! le dijo, y ojalá te sea dado olvidar lo pasado, como procuraré hacerlo yo.

El Conde calló: estaba pálido como un enfermo; la Marquesa estaba encendida como el metal que ha estado sobre ascuas.

—Conde, dijo al fin con tímida voz, de esto hay tanto tiempo!... Adrian aprovechó la terrible lección, y es hoy dia un hombre honrado, un hombre de valer; aquello fué un dislate debido á la irreflexion. Adrian fué un loco, un aturdido.

—Fué un *ladron*, señora; esas disculpas que se dan á las maldades, son las peores adulaciones.

—Pero, amigo mio, aun supuesto el mal, ¿señor, por Dios! ¿y el santo perdon? ¿y el generoso olvido?

—Señora, solo Dios perdona y olvida; el mundo no conoce semejantes mercedes; el honor que es su conciencia, la opinion que es el tribunal de sus fallos, estigmatiza sus sentencias con tinta indeleble. Señora, deshonorada quedó aquella pura sangre asturiana, y harto mas manchada que lo hubiese estado con sangre mora. Podeis ver aquella tumba de

un hombre honrado abierta por el dolor y la vergüenza que cubre una lápida negra, sobre la cual prohibió el que bajó á ella que se esculpiese su noble blason que mentia, pues era su lema SIN MENGUA. Levantad sobre la frente serena de mi hermana la venda de plata que cubre su sien, y vereis en sus hondas arrugas la marca de un incesante dolor, de un baldon indeleble, y el culpable, señora, es el hombre mas desgraciado. Se considera con razon, parricida, Júdas de su ilustre estirpe, y excluido de la noble esfera de los hombres honrados. Sus remordimientos, si bien ocultos á los ojos de los hombres, lo roen el corazon como el buitre á Prometeo.

—Conde, no sea Vd. tan inexorable en sus juicios: el arrepentimiento purifica, la enmienda rehabilita.

—El arrepentimiento no quita, al contrario, aguza el remordimiento y lo hace principio y parte de la expiacion; y manchas hay que, cual las del hierro, gastan la trama que muere con ellas!

Ambos amigos quedaron por mucho tiempo sumidos en un penoso silencio.

—Por cierto, dijo al cabo de algun tiempo la Marquesa, que no es fácil comprender cómo la Brigadiera, esa señora tan discreta y dotada de tan delicada presencia de ánimo, que tan bien se condujo con el hijo no lo hiciese igualmente con los padres, dejándoles ignorar lo que nunca deberian haber sabido.

—No, señora, no fué aquella digna matrona quien

cometió ese acto de crueldad. Fué el caso que la criada, al oír los gritos de su ama, se habia arrojado de la cama, y corriendo para ponerse en salvo pasó ante la abierta puerta de la sala, en el momento que Adrian abrazaba las rodillas de su tia, y oyó lo que le decia. Retiróse en seguida á su cuarto, ya tranquila, y no se volvió á presentar sino cuando la sala estaba llena de gentes. Nunca llegó á sospechar la señora que tan temible testigo hubiese tenido la terrible escena que he descrito. Poco despues la criada buscó un pretexto y se despidió. Por aquel entonces llegó á casa de mi hermana una mujer que exigió hablar en particular á mi cuñado, que la llevó á su despacho en que se cerró con ella. Nadie supo lo que entre ellos medió; pero cuando salieron, el uno llevaba en su corazon el golpe de muerte que en breve lo habia de llevar al sepulcro, la otra una buena fortuna con la que se estableció en Medina, pueblo de su nacimiento, dando por fuente de su riqueza, la herencia que le dejara un imaginario pariente fallecido en América; pero su origen real era el precio en que habia vendido su silencio. Ya ha muerto. ¡Dios la haya perdonado!

—Al menos, Conde, hay el descanso de que esta desgracia está por siempre sepultada en el misterio.

—Señora... ¡qué triste consuelo! El misterio, es una mentira, es una máscara, es una luz artificial. ¡Pobre hermana!

— ¡Válgame Dios, Conde! Y el General, ¿tuvo valor para decirle el fatal secreto?

— ¡Qué quiere Vd., Marquesa! En todas cosas se apoya la mujer en el hombre, ménos en el dolor, que entonces se apoya en Dios. El hombre en todas cosas se apoya en sí mismo, ménos en el dolor, en que se apoya en la mujer, por que consolar es uno de sus mas bellos dones, de sus más dulces prerogativas. ¡Pobre del que en sus aflicciones no tiene una madre, una mujer, una hermana, una hija ó una amiga!

— Además de esto, añadió la Marquesa, siempre he notado que el hombre, con una inexplicable crueldad, echa sobre su mujer parte de las faltas de los hijos, y esta se resigna gustosa á soportarla, si cree que al hijo se le descuenta. Si aquella mala mujer se hubiese abierto á la Madre, es bien cierto que nunca habria sabido tan infausto secreto el Padre. Las Madres tienen un manto de amor con que cubrir las faltas de los hijos, tan tupido y tan extendido, que á veces se tapan con él hasta sus propios ojos.—¿Y dice Vd. que el General no pudo resignarse?

— No, señora; aquella cabeza tan erguida hasta entonces, se dobló; aquel esforzado veterano se postró como la robusta encina que derribó el rayo! Taciturno y misántropo huyó del trato de las gentes: una espantosa ictericia, una incombustible consunción le llevaron en breve al sepulcro. Antes de morir hizo tres partes de su caudal, de que envió una á su hijo Adrian, á la Habana; en ella descontaba diez mil du-

ros, precio del silencio de aquella miserable. La carta que acompañaba esta remesa, solo contenia estas palabras: *No volvais á España mientras vivan vuestros Padres*. Ahora bien, Marquesa, ¿qué dice Vd.? ¿Envidia aun la vejez de mi hermana? ¿Es feliz el que lo parece? ¿Es oro lo que brilla?

— ¡Conde, por Dios!... tales deli... extravíos; son tan poco comunes; como lo es el delicado y excesivo pundonor de vuestros hermanos. Hoy dia la indulgencia es tan grande, tan lato el círculo que abre la sociedad!...

— De esto me quejo, exclamó con violencia el Conde: me indigno de ver esta sociedad cual una Mesalina, recibir á todos igualmente en su seno! El mismo caso hace, las mismas atenciones tiene con la mujer depravada y de mala índole, que para la mujer virtuosa y delicada. Mas graciosa es su sonrisa para la niña vana y disipada, que para la niña modesta y recogida; y cada cual alarga lo mismo su mano al hombre de bien, que al que no lo es. Lo mismo se acata al mérito, que á la atrevida presuncion. ¿Hay acaso lauro para el hombre de virtudes? ¿Hay acaso repulsa para aquel que ninguna conoce, aprecia, ni practica? Mientras el tribunal de la opinion no haga justicia, seguirá este espantoso caos en que vivimos.

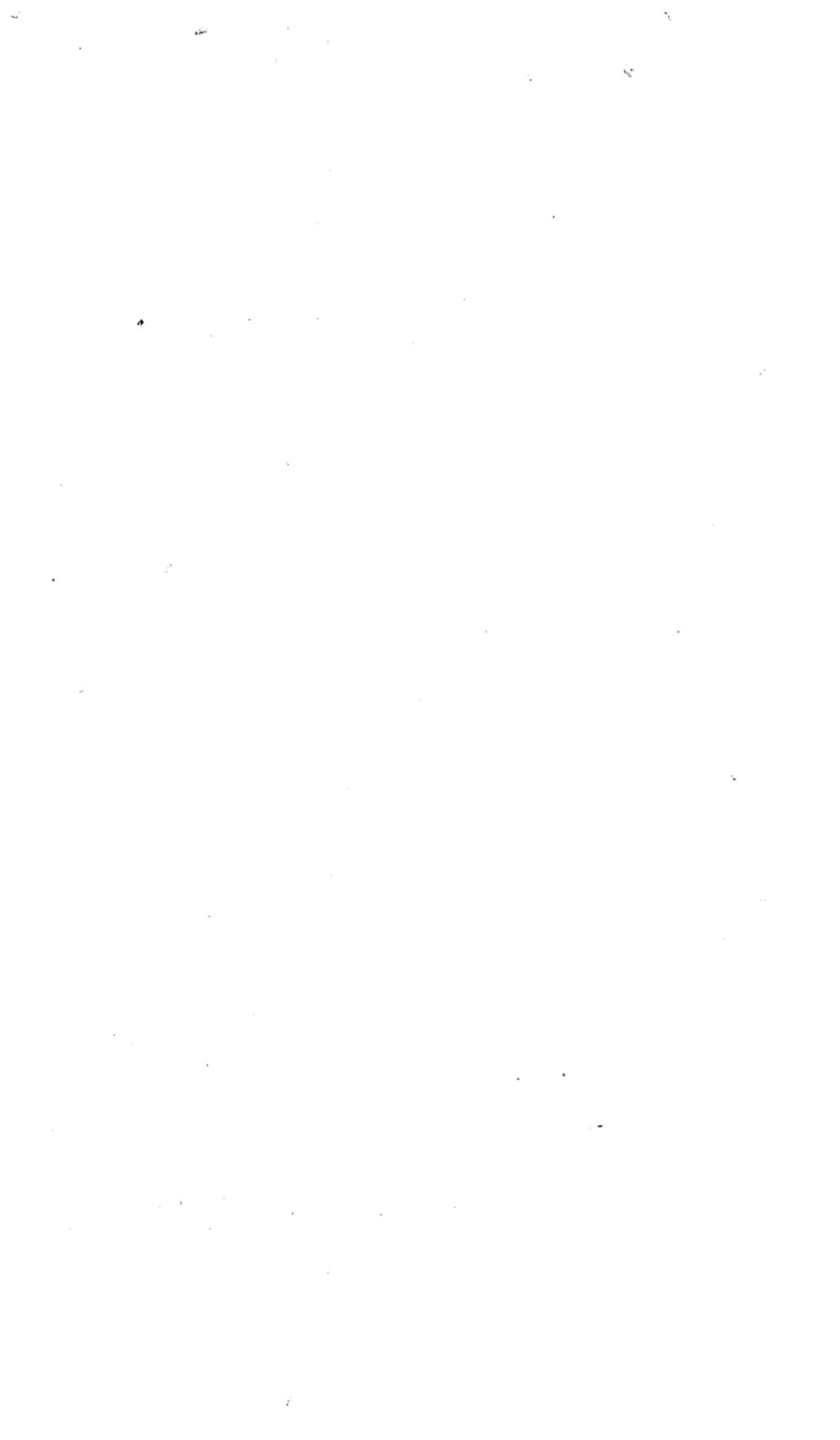
— Pero á algunos hombres se hace justicia, señor: podria citar á Vd.

Las escepciones prueban las reglas, señora. Pero lo general es ver á la opinion cual indolente sulta-

na, sin nervio y sin energía para alzarse en su tribunal á separar, como es su deber, el trigo de la zizana; muy al contrario, se la ve acatar á las fortunas sin tomar en cuenta su origen; y no por benevolencia, porque si con una mano inciensa, con la otra levanta denodada y malévolamente el velo que cubre sus misterios, y se rie, al ver el fraudaloso, el falsario, el venal, la impunidad que seduce, el ejemplo que arrastra, la indiferencia que incita para lo malo, y desmaya para lo bueno! El *indiferentismo*, señora, que es la parálisis de la virtud, ese es su estado.

—Conde, ¿dónde ve Vd. eso? ¡Qué fallos tan injustos y acerbos! ¿En qué paleta ha hallado Vd. los colores para ese cuadro inverosímil que lastima la vista?

—Perdone Vd., amiga, pues es cierto que hago mal en constituirme en Heródes de sus ilusiones. Usted no conoce nada de eso, pues como la blanca nube de verano, vaga Vd. en una pura atmósfera cual ella, no recibiendo más matices que las rosadas tintas del sol, ni mas impresiones que de las suaves auras del cielo que nos elevan; pero creed, amiga mia, que entre las COSAS CUMPLIDAS QUE SOLO SE HALLAN EN LA OTRA VIDA, ES LA PRIMEEA LA JUSTICIA.



DIALOGO QUINTO.

EL QUINTO.

Et mon fils est-il mort! Ah mon Dieu! quel sacrifice! Et la dessus elle tombe sur son lit. Tout ce que la plus vive douleur peut faire, et par des convulsions, et par des évanouissements, et par un silence mortel, et par des cris étouffés, et par des larmes amères, et par des élans vers le Ciel, et par des plaintes tendres et pitoyables, elle a tout éprouvé

¡Mi hijo!... ¡mi hijo es muerto! ¡Oh Dios mío! ¡qué sacrificio!! Y diciendo esto, cae desplomada sobre su lecho. Todo lo que el mas vivo dolor puede hacer, por convulsiones, por delirios, por un silencio mortal, por ahogados gritos, por lágrimas amargas, por alzar las manos, los ojos y el corazón al cielo; por quejas ternísimas que desgarraban el alma; por todo ha pasado, todo lo ha sentido, todo lo ha agotado hasta las heces!

MADAME DE SEVIGNE.

—¡Otra quinta decretada! Exclamó el conde de Viana, tirando sobre la mesa un periódico que leía. He aquí, Marquesa, un gran mal que hace preciso la

necesidad de precaver otros mayores. ¡Pobres campesinos! como si no os bastasen vuestra miseria y afa-nes! ¡Oh, triste mundo, amiga mia, triste mundo!

—Pero, Conde, contestó la Marquesa de Alora, si algun argumento fuerte existe contra aquellos que se empeñan en demostrar lo infeliz y miserable de la suerte del campesino, es éste cabalmente: el terror y desesperacion que infunde en los pueblos el anuncio de una quinta. En efecto, nada es comparable á la agonía con lo que los Padres dicen de un hijo suyo: *¡ya le toca meter mano en cántaro!* Todo el mundo sabe los sacrificios que hacen los mozos para libertarse de ser soldados; se han herido y han emponzoñado sus heridas para hacerlas aparecer como úlceras; se han arrancado dientes y ha habido mozo que se ha cortado un dedo para lograr su objeto. Toda esta repugnancia se equivocaria el que creyera que fuese contra el estado militar; tampoco prueba miedo; porque el valor es innato en el hombre, es una virtud primitiva, y se encuentra en toda su consistencia en el campo, á donde no ha llegado la molicie y enervamiento de las cultas ciudades. No originan tampoco esta repulsion los trabajos, porque más pasan en su afanosa existencia; no la causa su manutencion, porque el soldado se nutre mejor que el campesino, que en verano solo gusta y apetece gazpacho; no el vestir, porque el soldado está bien vestido; no la tristeza de la vida militar, pues es conocido que no hay nada mas alegre que el soldado, nada hay mas gozoso que esas banda-

das de gente jóven y sin cuidados, que llevan la vida harto mas ligeramente que su mochila, y que cuando fuera del servicio se entregan libremente á sí mismas, hacen rebosar estrepitosamente su alegría en cantos, bailes, juegos, cuentos y chanzas. Nada de esto, pues, produce ese inmenso dolor y angustia que se esparce por los pueblos al anunciarse el sorteo; solo se funda en la pena de la ausencia y en verse arrancados de su tierra y de la vida que aman, de su hogar y de sus cariños. Para no cambiar su situacion, les parecen pocos todos los sacrificios. De lo demostrado resulta bien claro que miran su situacion como feliz.

—Diga Vd. que la aman, pero no deduzca de esto que la crean feliz.

—Conde, mala es la causa para cuya defensa se acude al sofisma, y lo es lo que acaba Vd. de decir. ¿Qué otra cosa puede hacer amar una situacion sino la felicidad que brinda? Para probar á Vd. todo este apego al hogar, á la familia, á sus amores, referiré á usted un suceso acaecido poco há, y que me ha referido mi doncella con todos sus mas mínimos pormenores, por haber acontecido en su familia; lo contaré con la escrupulosa exactitud que pongo en cuanto le refiero, porque la mas pequeña *fioritura*, el más mínimo adorno poético, le privaría quizá de su sello de verdad, de su pureza genuina popular, lo que quitaría á mis cuadros su autenticidad, y daría lugar á que me dijese Vd. con su sonrisa incrédula:—«Compone Vd. novelas, amiga mia, las compone Vd. sin

querer, engañándose á sí misma; es Vd. como el escultor que con un poco de barro hace un santo.» — Nada de eso, soy un vulgar daguerreotipo; el que no quiera ver las cosas segun yo las presento, es, ó bien porque tiene la ligera y desdeñosa mirada del disipado mundano que nada profundiza, ó la fria y amarga mirada del misántropo que aja las flores sobre que se posa.

—Tiene Vd., dijo el Conde sonriendo, por corazon una rosa sin espinas.

—Y Vd. quiere ajarla.

—¡Oh! no. Quisiera regarla con las aguas de la fuente de Juvencia. Pero cuénteme Vd. lo que me ha anunciado.

—Tacha el mundo, principió la Marquesa, de *extremos* á las angustias y dolores del amor de Madre.

—Y lleva razon, opinó el Conde. Todo lo que es apasionado en el hombre, aunque sea el santo amor de Madre, necesita un freno. MARIA al pié de la Cruz, ni se arrancaba el cabello ni se despedazaba el pecho. Señora, señora, todos los dias rezamos HAGASE TU VOLUNTAD, ¿es sincero este acatamiento si en seguida nos rebelamos violentamente contra esa mismo voluntad? Esos dolores descompuestos no son cristianos, señora.

—Por descabellado que sea ese amor, es bello y simpático, Conde.

—Ese dolor denominado *extremos* es insensato como un suicidio, amiga mia; y esas Madres, energú-

menas de amor, merecerian que se les muriesen sus hijos para enseñarlas así lo que es un dolor real.

—Conde, ¿ha olvidado Vd. que tuvo Madre?

—¡No lo permita Dios! Venero la tierra porque ella la pisó; la respeto porque en ella yace su cuerpo, y ansío por el cielo, porque en él me aguarda su alma pura; pero eso no quita...

—Que lo que en ella admiró á Vd., le encantó y llenó de gratitud, en otras lo quiera motejar. AMOR NO DICE BASTA, Conde!

—Marquesa, esa bella expresion es solo aplicable al amor divino.

—Siempre me contradice Vd. Conde; ¡si viera usted cuanto lo siento!

—No lo sienta Vd., amiga: una pausada nube que mitiga algo los brillantes rayos del sol y refresca algo la tierra con una templada lluvia, hace provecho.

—¿Y porqué hace Vd. una nube en mi cielo?

—Para que su demasiada pureza y brillo no le hagan creer imposibles las borrascas y tempestades. Mas..., prosiga Vd., no volveré á interrumpirla.

La Marquesa volvió á anudar su relato en estos terminos:

No hay corazon que no hubiese partido la vista del cuadro que se ofrecia en una de las casas del lugar de V., en que se habia verificado el sorteo áquel dia. Echada sobre un colchon que habian puesto en el suelo, yacia una infeliz mujer á quien sostenian en sus brazos dos hijas suyas deshechas en lá-

grimas; de rodillas á su lado, y apretando contra las suyas sus convulsas manos, estaba un hermoso jóven, su hijo, que habia sacado del cántaro el número fatal que lo hacia soldado. Su padre, sentado sobre una silla baja en el rincon más oscuro del cuarto, torcia entre sus trémulas manos su sombrero; y no llegaba á hacer retroceder las lágrimas, que cual gotas de acibar destilaba su corazon, y surcaban sus atezadas mejillas. Dos muchachos pequeños lloraban á gritos repitiendo:

— ¡Benito es soldado, y Madre se va á morir!

Esta escena de dolor acerbo se hizo aun más desgarradora al entrar desatentada una jóven que se echó sollozando sobre el lecho de la infeliz Madre, exclamando:

— ¡Tia, tia, tia de mi alma! ¡ya se acabó mi boda! ¡ya se va á ir! ¡y ya no quiero yo sino morirme! ¡Benito! ¡Benito! ¿quién puso esa cédula, esa sentencia de muerte en tu mano?

La pobre Madre habia perdido el sentido. Esta desolacion era la misma en otras seis casas del lugar.

Pero admire Vd. conmigo una cosa, Conde, y es la bella resignacion del pueblo. En medio de este violento estado de afliccion no se le oia ni una queja contra el Gobierno, ni un anatema contra la institucion; ni una maldicion al estado militar; sus quejas eran contra su mala suerte; el acriminado era el número!

Partió Benito, y no es posible pintar la pena de aquella Madre. ni el dolor de su novia Rosa, aquella jóven que, como todas las de los pueblos, tenia en su corazon aquel profundo amor, que es el primero y último de su vida; aquel amor que resume sobre el mismo objeto el amor, al amante, al marido, al Padre de sus hijos y al compañero de su vejez; amor exclusivo, que hace improfanado, puro é inmaculado el corazon de la mujer perfecta.

—¡Oh! inculque Vd. esas ideas á las jóvenes, exclamó el Conde, para que miren con hastío las noveleñas que han viciado el ideal de la mujer y torcido las nociones sobre su destino! La jóven, cual una suave planta, no se debe criar sino á la sombra de su Madre, no debe florecer sino para su marido, no debe perfumar sino el hogar doméstico, é invertir toda su savia en criar bellos los frutos que Dios le asigne.

—Este tipo que tan bien bosqueja Vd., repuso la Marquesa, no se halla por lo regular en las novelas, pero sí en el pueblo que miramos como incivilizado y prosáico.

—¿Sabe Vd., dijo el Conde sonriendo, que el pueblo tiene en Vd. un amigo mucho mejor que Proudhon?

—¡Pues ya lo creo! contestó la Marquesa: hay en mi favor todo lo que va de un verdadero á un falso amigo! Pero proseguiré mi relato; se acerca la hora de la tertulia, hora en que será interrumpida mi Re-

lacion, si no la he concluido; Benito llegó con el corazón muerto á la capital de provincia en que debia reunirse al Regimiento. Pronto se disipó su tristeza entre aquellos festivos y alegres compañeros; pero no el ánsia por su pueblo, el profundo apego á su amor y á su familia. Desde la primera noche, tuvo Benito una muestra de la poesía y música de sus camaradas, pues habiéndose proporcionado una guitarra, á la que faltaba mucho para poder ser tenida por de Pagés, empezaron á cantar, ya á una voz, ya en coro, un sinnúmero de coplas de este género:

Soldado soy de á caballo:
Lo que quieras te daré;
Pero en tocando á *casaca*,
No quiere mi Coronel.

Cuatro cuartos me dá el Rey,
Y con ellos como y bebo,
Le pago á la lavandera;
Y siempre tengo dinero.

Pensamiento tuve, niña,
De servir al Rey Fernando;
Desde que ví tu hermosura,
Dije: que le sirva el diablo.

Con un pié en el estribo
Y otro en el aire,
Se despide un soldado
De su comadre.

Mano á la rienda,
Se despide un soldado
De su morena.

Algun tiempo despues llegó la órden para el embarque de las tropas destinadas á la Habana, rebajando dos años de servicio á los que quisiesen ir allá. Con ánsia aprovecharon los quintos la ocasion que se les brindaba de acercar la época deseada de volver á sus hogares. Todos estos voluntarios fueron conducidos á un puerto de mar á aguardar el dia de su embarque. Allí fueron alojados en un cuartel: á poco, fuese el calor de la estacion que lo originase, ó fuese un mal estacional, estalló entre la tropa una oftalmía de mala especie. Siendo el mal contagioso, fueron los soldados extraídos del cuartel y repartidos en alojamientos, prudente medida que concretó el mal en los primeros atacados: estos fueron conducidos al hospital. Entre ellos iba Benito, que era uno de los que con mas intensidad habia acometido el mal. Estaban los pobres pacientes al cuidado de un cirujano jóven, que además de ser hábil, tenia y demostraba un profundo y tierno interés por sus enfermos. Entre ellos, Benito era el que mas le movia el corazon: su buena índole, su hermosa figura, todo en él atraia la simpatía.

El facultativo vió con profundo dolor que la of-

talmía del pobre quinto era casi incurable, y que mientras los demás se iban restableciendo y uno despues de otro saliendo del hospital; el mal de Benito se hacia mas intenso é incurable. En la angustia que le produjo el estado del enfermo, pasaron algunos dias, sin que el humano facultativo participase sus temores al desgraciado jóven, amenazado en la primavera de su vida de no ver más la luz del dia, de no ver más los objetos de su cariño, de hallarse, en todo su vigor, inútil, en toda su lozánia marchito, en todo su vigor inútil, en toda su hermosura desfigurado, y que destinado á ser el amparo de sus Padres, de su mujer y de sus hijos, estaba expuesto, á no hallar para sí mismo otro que el de la caridad pública.

No obstante, el mal, ese enemigo encarnizado, algun tiempo despues se aferró en un ojo, experimentando el otro algun alivio.

—Señor, dijo un dia Benito al facultativo, todos los demás mozos han curado y han salido del hospital: ¿es mi mal peor que ninguno, que alivio no hallo?

—Si, hijo, respondió tristemente el cirujano: es peor tu mal. ¡Dios sabe cuánto me he afanado por curarte!... alivio tienes; pero...

El facultativo compadecido se detuvo.

—¿Pero... qué?... preguntó el quinto.

—Hijo, contestó pesaroso el cirujano, me temo que... que pierdas un ojo.

—¿Que me quede tuerto?... exclamó el quinto.

—¡Cuánto he podido he hecho inútilmente para precaverlo! contestó el facultativo.

Pero ¡cuál no seria su asombro cuando al pronunciar estas palabras vió estallar en Benito la mas apasionada, la mas expansiva explosion de alegría!

El cirujano creyó por un instante que el paciente se habia vuelto loco.

—¡Señor! ¡Señor! exclamaba, bendito sea Dios! ¡bendito sea Vd. mil veces, que no me ha curado! Señor, soy un infeliz; pero ¡así tuviese los tesoros del mundo para remunerar á Vd. el beneficio!

—Pero, hombre, ¿has perdido el juicio? exclamó el cirujano. ¿Con que te alegras de perder un ojo? ¿Te estás burlando de mí?

—No señor, no señor, contestó el quinto; pero ¿no está Vd. viendo que me iré á mi casa?

El Conde y su amiga permanecieron callados algunos instantes bajo la emocion que sentian, admirando tan patente prueba del santo amor á la familia y al hogar, y compadecidos de la amargura de una situacion de la que salen con júbilo, aun á costa de tan terrible desgracia!

—Ha probado Vd. plenamente su aserto, Marquesa, dijo al fin el Conde; y puesto que el soldado español es alegre, dócil, honra el estado militar, respeta el derecho del pais al llamar á sus hijos bajo su bandera, y á pesar de esto, todo sacrificio le parece poco para eximirse de mudar de estado, es porque

efectivamente son en su corazón profundos y apasionados el amor á la familia y al lugar de su nacimiento. El lance que ha referido Vd., ya lo sabia. Benito es sobrino de mi capatáz en V... y dió la casualidad de estar yo allí este otoño á fines de vendimia, cuando regresó Benito á su casa.

—¿Y fué inesperadamente? preguntó con ansiosa curiosidad la Marquesa. ¿Sorprendió mucho á su familia?

—Supe todos los pormenores de su vuelta por mi capataza, que es tan sumamente amiga de hablar, que cuando ha agotado toda materia, y exprimido todo asunto, vuelve á decir lo que ha dicho ya, como sucede en las Córtes.

—Cuenta Vd., pues, esos detalles, Conde; no puede usted creer lo que me complacerá en ello.

—Un año habia transcurrido desde la salida de los quintos; pero la pena de la Madre y de la novia de Benito estaba viva como el dia en que partió. Las penas que no tienen remedio, levantan la palabra IMPOSIBLE como una barrera á toda esperanza, y la ponen sobre el corazón como una losa sobre su sepulcro, que halla entónces en su misma inmovilidad la quietud del hielo. Pero la pena que muestra una lejana esperanza al través del temor de otras penas mayores, suscita y acrecienta inquietas y amargas olas en el mar de angustia que inunda el corazón.

Así era que la familia del quinto, que creía que se habia embarcado para la Habana, estaba reunida en

la mayor congoja en una de las tormentosas y lúgubres noches con que tan anticipadamente se anunció el otoño de este año. La lluvia caía en tan gruesas gotas que no parecía sino que las hubiesen cebado las nubes para arrojarlas cual proyectiles á la tierra. El viento hacia alarde de su fuerza invisible y de su inconsistente poderío, lanzaba su lúgubre grito de guerra, y arrancaba las tejas que cubren las casas, así como el soberbio insolente derriba el sombrero del humilde que no se lo quita; en el silencio de la noche nada respondía á sus bramidos, sino algun lejano trueno. De cuando en cuando dibujaba un relámpago su marcha con agudos rasgos de fuego en las negras nubes, y toda esa tormentosa agitacion de la naturaleza hallaba un eco fiel en los corazones de aquella angustiada familia. La Madre...

—¡Ya me hago el cargo! interrumpió al Conde la Marquesa. ¡Ay! que al dolor no halló lecho mas blando que el corazon de una Madre, y así lo hizo su preferente morada;

—La pobre María, prosiguió el narrador, postrada ante el CRUCIFIJO y una Imágen de la VIRGEN DEL CARMEN, rezaba el Trisagio en voz ahogada y temblorosa.—¡Ay Dios! exclamó cuando hubo concluido el cántico; mi pobre hijo que ahora está en la mar, en la mar que dicen se traga mas navíos que el año dias! ¡MARIA SANTISIMA DEL CARMEN! ¡Tú que has salvado tantas vidas de navegantes que á tu amparo se acogieron como almas de pecadores que tu intercesion busca-

ron, SANTA ¡MADRE DE DIOS, oye los clamores de otra Madre! ¡JESUS! ¡SEÑOR! cuantos años me quedan de vida daría por tener á mi hijo á mi lado! No puedo pedir os tamaño milagro; pero sí os pido que le salvéis de esta borrasca, que desamparado del mundo entero, estará pasando! Salvadlo, SEÑOR, por las lágrimas de vuestra Madre, salvadlo!— ¡Salvadlo! repitió toda la familia sollozando.—¿Para qué pedir el ir á América? gimió su prima Rosa; ¿para qué exponerse sobre esa mar que no es amiga de nadie?—Ese hijo me va á matar! exclamó María, pues lo que estoy pasando es peor que mil muertes!—Pues ya se ve que te quitará la vida, no él, sino tú misma, dijo el Padre. Desde que las Indias son Indias, ¿no han ido y venido allá los españoles como voy y vengo al cortijo? ¡Pero de juro que se ha de ahogar Benito! te se metió en la cabeza, y lo que á tí te se mete en la cabeza, ni con un barreno de pólvora sale.— Calla, Martín, contestó su mujer, que estás haciendo de tripas corazón, y tan muerto estás como yo. ¡Jesus! añadió tapándose el rostro con ambas manos, herida su vista por el repentino fulgor de un rayo, al que siguieron los cortados y repetidos estallidos con que reventaba el trueno cuando está la tormenta sobre nuestras cabezas. Las muchachas se pusieron á rezar el SANTO, SANTO, SANTO; y María dejó caer abismada su cabeza sobre una silla en que ocultó su rostro gritando: —¡Hijo mio, hijo mio!—En este instante llamaron á la puerta; uno de los niños fué á abrir.—¡Jesus! gritó

cuando hubo abierto. ¡Padre, Padre, un forastero! Y antes que su Padre contestase se precipitó un hombre en el cuarto, tendió rápidamente la vista, vió á María, voló hácia ella y la cogió en sus brazos diciendo:—¿No me llamaba Vd., Madre? Aquí estoy. — Hay escenas que no pintan pinceles ni describen plumas. Todo en aquella casa lo habia anonadado la alegría; en vano lanzaban las nubes sus rayos, rugia el viento sus amenazas, é inundaban los aguaceros la casa; el sol de mayo brillaba en ella. Ya no eran súplicas sino acciones de gracias las que se dirigian á las divinas Imágenes. ¡Milagro! exclamaba fuera de sí la Madre. ¡Milagro! repetia enagenada la familia.

Habiase acercado á la mesa sobre que estaba el velon, y solo entónces notó María la lesion de su hijo.

—¡Benito! gritó estremecida ¿qué es eso?

—Eso, contestó Benito alegremente, es que me cuesta la licencia un ojo de la cara.

—*Y no es cara*, dijo Rosa con alegría y con la exquisita delicadeza del verdadero amor.

—¡Hijo de mi vida! ¿Has estado en campaña? preguntó con acongojada voz María.

—Sí, en el hospital, luchando con un enemigo mio y no de Su Majestad.

—¡Ay Dios mio! ¡Dios mio! exclamó la pobre Madre llorando amargamente, que mi hijo ha perdido un ojo!!!

—¿Y qué le hace si le queda otro? repuso Rosa echándose á reir.

—¡Ay! qué desfigurado está el hijo de mis entrañas! gemía María, retorciéndose las manos.

—No tal, señora, respondió Rosa con la misma alegría. A bien que no tiene que parecer bien sino á mí, y á mí me parece hermosísimo, ahora como ántes.

—¡Lisiado mi hijo! ¡Lisiado mi sol! repetía llorando María. Mas quisiera que se me hubiesen secado mis ojos de llorar, que no ver á mi Benito tuerto!

—Pero, señora si Vd. no se va á casar con él, sino yo, y á mí no se me importa que lo esté, replicaba Rosa.

—¡Ay! quién pudiera quitarse los suyos y ponértelos, proseguía diciendo entre sollozos María. ¡Yo que te parí con dos ojos mas bellos que dos estrellas! ¡Ay! ¡qué dolor! ¡qué dolor!!!

—No llores, mujer, dijo Martin á María; antes dá gracias á Dios por la merced que nos ha hecho, trayéndonosle. Ha poco no te atrevas á pedir á Su Majestad tamaña gracia; y ahora que cuando esperarla no podias, te la concede, en lugar de agradecerla lloras por lo que queda! ¡Tú quieres las cosas sin pero, y á medida de tu deseo? Pues, hija mia, eso no puede ser, porque siempre se ha dicho que:

COSA CUMPLIDA...
SOLO EN LA OTRA VIDA.

El Conde calló, y tambien la Marquesa permaneció silenciosa y con la cabeza inclinada.

— ¿En qué piensa Vd., mi amiga? preguntó al cabo de esta pausa el narrador. ¿He persuadido á Vd. al fin con la ayuda de los hechos, de que COSA CUMPLIDA SOLO EN LA OTRA VIDA?

— Me preguntaba á mí misma, contestó la Marquesa, que cuál de las dos queria mas á Benito, si su Madre, á quien tanto afligia su deformidad, ó si su novia á la que no se le importaba nada.

— Cada cual fué en su género el tipo mas cumplido de sus respetivos amores, respondió el Conde.

— Pues, á su vez deduzca Vd. de esto, amigo mio, prosiguió la Marquesa, que algo hay CUMPLIDO en este mundo, y es todo NOBLE AMOR EN EL CORAZON DE LA MUJER.

DIALOGO SEXTO.

UN TIO EN AMÉRICA.

Etre d'un jour, épuisé de souffrances,
J'ose rêver un ciel consolateur:
Fils du néant, pourquoi tant d'espérance,
Fils d'un Dieu roi; pourquoi tant de douleur?
A ma raison cette énigme résiste;
Mon cœur gémit et mon esprit se tait;
C'est que la vie est un mystère triste
Dont la Foi seule a trouvé le secret.

Ser de un día, abrumado de padecimientos, me atrevo á soñar en un cielo consolador; hijo de la nada ¿cómo tanta esperanza? hijo de un Dios Rey ¿por qué tanto dolor?

Resístese este enigma á la razón mía; gime mi corazón, calla mi entendimiento; pues es la vida un misterio triste, que solo comprende y explica la Fé.

EL PRESBITERO GERBERT.

—Señor, señor, dijo la Marquesa de Alora al ver entrar á su anciano amigo el Conde de Viana, tengo una historia que contar á Vd. fresca, fresca como una rosa de abril.

—Mucho siento que no sean dos, contestó el Conde.

—Es que vale por ciento, exclamó con gozo la jóven señora.

—Es claro que eso vale solo por contarla Vd.

—No, no por contarla yo, sino porque es cierta, y me va á valer un triunfo sobre esa triste opinion de usted que no hay felicidad cumplida en este mundo, y que solo podemos esperarla en el otro.

—Ansío ya por oirla, dijo el Conde arrellanándose cómodamente en un sillón frente á su amiga.

—Y yo mas por contarla. Si no hubiese Vd. venido, Conde, creo que se la hubiese contado á mi canario, que despertó cuando entraron el reverbero, al que cantó la bienvenida, tomándolo quizá por el sol de Dios. Pero vea cuán poco ha durado su ilusion, pues desengañado, ha vuelto á ocultar su linda cabecita bajo su ala y á dormirse.

—No hay ilusion que dure, Marquesa, y acabará usted por hacer lo que su canario; bajareis vuestra cabecita, y cerrareis vuestros ojos, hasta abrirlos al SOL ETERNO.

—Despues de contada mi historia, discutiremos este punto y disputaremos como siempre.

—Por de contado; ¡oh! amiga mia, si siempre estuviésemos de acuerdo, no seriais vos la linda jóven llena de vida, de sonrisas é ilusiones, ni yo el anciano cargado de canas, experiencias y desengaños! Pero empiece Vd. su relato, que si pasa la hora de

nuestra conferencia particular y entran los tertulianos, no me la contareis; y prevengo á Vd. que no me conformaré tan resignadamente como su canario á dormirme despues de una esperanza fallida..

--Cuidado, Conde, que cual él no cante Vd. creyendo astro lo que solo será una lucecita.

—Nunca me engano, cuando espero que lo que me cuente Vd. me interese y me encante.

—Para contar á Vd. á mi sabor la prometida historia, dijo la Marquesa, tengo, como siempre sucede, que tomarla un poco de atrás, y andarme como dice la bonita frase vulgar, por las ramas.

—Como los pájaros... como las mariposas, repuso el Conde: bien; tanto mejor; eso es lo que yo deseo. Vuestros vuelos, que son las variaciones de su hermoso tema, que todo es bello y bueno en este mundo, me son gratos al corazon, como son al oido de los filarmónicos las variaciones que con tanta melodía ejecutan los grandes artistas sobre temas escogidos.

—Sabe Vd., así empezó la Marquesa su relato, que hace dos años padeció Alberto de resultas de una pulmonía una afeccion de pecho que nos llenó de cuidado; yo no podia vivir, sentia, como dice madama de Sevigné, el dolor que le causaba su tós en mi pecho, y tenia toda la aprension de que él carecia. Los facultativos le aconsejaron que hiciese un viaje de mar y pasase el rigor del estío en un clima menos ardiente y seco que el de nuestra Andalucia, castigada por sus levantes y solanos, como si tambien qui-

siese la naturaleza dar á Vd. razon en su sempiterno tema de que no hay bajo las estrellas cosa cumplida. Unos aconsejaron ir á Inglaterra, otros á Suiza, otros á Bélgica; pero Alberto, que como sabe Vd., no es amigo de buscar lejos lo que cerca puede hallar, determinó pasar dicha temporada en Galicia, cuyo delicioso temperamento de verano no goza de la fama que merece, ni atrae á los forasteros que deberia, no solo por nuestra apatia, sino tambien á causa de nuestra desgraciada falta de caminos, de posadas y de buenos medios de viajar. Me ofreci á acompañarle, lo que no rehusó; en esto como en todo eran unos nuestros deseos. Conde, Alberto no apreció en todo su valor el heroismo de que di prueba para no desunir lo que Dios unió; me embarqué en un vapor, ¡en un vapor de mar! ¿lo concibe Vd.?

—Concebiria que se hubiese Vd. embarcado en un globo aereostático para no separase de Alberto.

—Paso por alto la navegacion, Conde, prosiguió la Marquesa; y solo recordaré estremeciéndome, la tormenta que sobre el cabo de San Vicente nos atronó, el viento que nos sacudia, las olas que nos azotaron, el erguido cabo que nos amenazaba, las ballenas que nos rodeaban lanzando al aire sus saltadores de agua como burlándose de la torpeza del barco, ese competidor que labra y les presenta el hombre en sus dominios, con vida artificial de fuego, con cuero postizo de brea, y aletas fingidas de lona. Vimos cerca de Lisboa á la desembocadura del Tajo, la torre que se

levanta aislada rodeada de mar, y que sirve á la vez de faro y de prision, representando un fantástico Saturno, que á la vez diese la vida y se tragase á sus hijos.

Por fin, presuroso, ruidoso, impetuoso, azorado y bufando, exácta personificación del espíritu de la época, entró nuestro negro dragon en la hermosa bahía de Vigo: no la miró, se detuvo un momento para desembarcar la balija y los pasajeros, y se fué sin despedirse.

Vigo, que se ha agazapado sin gracia ni comodidad en la ladera de un cerro como si temiese mojarse los pies, en lugar de estenderse airosamente en el llano precioso que sigue al escueto monte, no tiene nada de bonito, sino su campo y sus vistas, y así no nos detuvimos allí sino el tiempo preciso para disponer la manera de proseguir nuestro viaje, y aguardar la hora conveniente para emprenderlo.

A la mañana siguiente, pues, al tiempo que se deslizaba callada y pálida el alba entre la noche y el día, surcábamos en una lancha llevada por cuatro remeros la magnífica bahía de Vigo. No movía su superficie en aquella hora, que es la que mas respeta el viento, ni el mas leve soplo de esta invisible y poderosa fuerza; aquellas aguas, á las que la tierra abría paso como para hacerles con ellas en sus faldas un abrigo á los barcos que llevan á sus hijos, tomaban entre sus verdes orillas el continente de un manso río, y parecían esforzarse en conservar en su seno la

imágen de las deliciosas vistas que en ella se reflejaban. Forma, la ría, estrechándose, un recodo á la izquierda, y sigue su angosto cauce por mas de una legua. No es posible imaginarse un paseo marítimo mas encantador que el que al alba de un hermoso día proporciona aquella ría sorprendente. Tapiza los montes que la encierran un césped que tiene toda la frescura y vivo color del tan celebrado que es el vestido de gala del campo de Inglaterra. De cuando en cuando descueñan en las lomas de estas alturas el campanario de la sencilla iglesia de un lugar escondido entre la enramada como un nido de sencillos pájaros. La completa calma de la atmósfera hacia que llegase á nuestros oídos la llamada de la campana á misa de alba. Difícil me sería espresar la conmovedora sensación, las inspiraciones poéticas que producía aquella voz de la Iglesia, que es como todo lo suyo á la vez tan grave y gozoso, tan solemne y pacífico, tan elevado y tan sencillo; aquella voz que os llama en el mismo tono á tí, Príncipe y á tí por-diosero; á tí anciano y á tí niño; á tí sábio y á tí simple. Nada puede impresionar mas religiosa y poéticamente nuestra alma, que aquel toque con que hemos sido criados, cuando lo oímos en un sitio encantador, en una mañana deliciosa, suavizado por la distancia, esparciéndose á un tiempo por la atmósfera con los brillantes rayos del sol.

Angóstase tanto la ría, que tiene en ambas orillas dos castillos cuyas tristas ruinas quedan unas en fren-

te de otras, como dos manos mutiladas por el tiempo, que en otros mas felices se unian por una enorme cadena para guardar las magnas escuadras que llevaban y hacian respetar por el orbe el pabellon de España. Míranse unas á otras las dos ruinas al oír la campana de la aldea, que nunca enmudece, y se preguntan ¿cómo pudo enmudecer la poderosa voz de sus cañones? No las consuela la jóven y rica vegetacion que las rodea, y rechazan con sus duros y compactos cimientos la amiga de las ruinas, la yedra, prefiriendo su estóica pobreza y desnudez á galas que desdenan.

A poco se ensancha la ria y forma un magnifico lago circular. En medio se levanta una isleta, como si la naturaleza yendo al encuentro de las necesidades del hombre, le hubiese preparado el terreno adecuado para el hermoso lazareto que allí se ve. Al lado izquierdo, recordando la ria que es mar, arroja de su seno unos peñascos duros y desnudos, que forman islas de rocas, que son tambien un lugar de refugio para las aves marítimas, maltraidas por los temporales de la costa de Cantabria.

Estas fuertes y desnudas rocas acaban de hacer de aquel paraje, por el contraste que forman, el sitio mas pintoresco y extraordinario que puede hallarse. Aquel lago trasparente, rodeado de verdes montes que están adornados de grupos é hileras de frondosos árboles; aquel grandioso edificio, cárcel, hospital, hospicio y salvaguardia; los barcos aventureros, au-

dadores, emprendedores, ahora tranquilamente anclados allí, y tan inmóviles como descansa un viajero en su lecho; aquellas áridas rocas en que los pájaros del mar vienen, semejantes á los barcos, á buscar su refugio, componen un conjunto magnífico de contrastes que despierta las ideas mas encontradas, como lo hacen aisladamente lo reconcentrado y lo infinito, lo ameno y lo grave, lo cercano y lo lejano, lo estéril y lo frondoso, la tierra con sus suaves encantos, la mar con su severa solemnidad.

Entre las islas de roca y el lazareto, se prolonga la ria, volviendo á entrar en su angosto cauce, verde y frondoso, hasta llegar al pueblo de San Payo, en el que en tiempos modernos se ha labrado un hermoso puente. Desembarcamos en aquel punto, en donde hicimos un almuerzo bastante bueno, sobre todo por sus ricas ostras.

Mientras preparaban las caballerías para proseguir nuestro viaje á Pontevedra, dimos una vuelta por aquel precioso pueblecito, que tiene, como los de Alemania, sus casas salpicadas entre árboles, huertas y praderas, y llegamos siguiendo un callejon engarzado en vallados, á la iglesia que es chica y pobre, y se asienta en el paraje mas elevado, como un buen pastor para vigilar su rebaño.

Es imposible imaginarse una vista mas bella que la que se abraza desde los porches de aquella iglesia; al frente bajando la vista entre las ramas de los árboles, se divisa el lago que forma la ria y los peñas-

cos cubiertos de las ariscas y salvajes aves del mar, que graznan sus poemas épicos en concierto con los idilios que cantan el ruisenor y el gilguero en la frondosa enramada. Créese uno al ver las rocas, sus alados hijos, y sus atrevidos huéspedes los barcos, á orillas del potente elemento, inmensa palestra del orbe, incomensurable baldío del universo, para cuya amplitud no hay vacío, y para cuya grandeza no hay límites en lo creado, pues peina sus canas en un polo, asienta sus pies de hielo en el otro, levanta en una mano al Africa y en la otra á la América; lleva en su seno, como dijés, islas que soló el sol abarca de una mirada y guarnece con la misma franja de espumas á Europa y Asia; mientras que á nuestro alrededor la pobre iglesia, la abundosa y espontánea vejetacion, la dulce y tranquila soledad campestre, el suave y pacífico silencio de una naturaleza rural le trasponen al valle más céntrico y escondido de la tierra.

Si mi suerte me llevase á Galicia, desearía que fuese á San Payo, aquel tranquilo pueblo tan campestre y marítimo á la vez, y al que soló fué dado unir lo hermoso de ambos contrastes; y no lo sentiria siempre que conmigo llevase mis amigos, y los hallase allá.

—¿En dónde no hallaria Vd. amigos, Marquesa? dijo el Conde mirándola con cariño.

--Allí donde no sintiesen todos como Vd. y no me mirasen con sus parciales ojos, contestó la Marquesa. Pero, veo, añadió riendo, que mi narracion se va

extendiendo á una especie de relacion de viaje; los recuerdos son laberintos en los que uno se pierde, Conde.

—Me interesa mucho lo que de Galicia me está usted refiriendo, repuso éste, porque conozco poco esa provincia tan distante de la nuestra, bajo el punto de vista gráfico y pintoresco que me la describe usted.

— Siento no haber estado bastante tiempo allí, prosiguió la Marquesa, ni haber visto las muchas bellezas que contiene, para poder hacerlo con propiedad y mas ámpliamente. Cada vez que leo las eruditas é interesantes descripciones que de esta provincia y de sus monumentos da á luz el SEMANARIO, me desespero de haber estado en la fuente y haber bebido tan poco; en viajes, cada dia que se pierde, prepara para lo sucesivo un remordimiento. Pero el ejercicio y movimiento le habian sido prohibidos por los facultativos á Alberto, y solo el preciso para trasladarnos á la Coruña pudimos hacer. Montamos en las caballerías que debian conducirnos á Pontevedra, creo que esta distancia es de dos leguas, las que presentaron á nuestra vista los mismos contrastes que la ria: baja el camino en varias revueltas áun terreno que habrá servido de cama al mar que ha aniquilado aquella vejétation, sobrepujando al fuego en su accion esterelizadora. Véase aquel yermo sin mas accidente que interrumpa su monotonía, que peñas y piedras en un desorden mústia y enérgicamente pintoresco, pudiendo representar con

propiedad á la imaginacion el lugar donde existió Sodomá, y poco despues, como por un golpe de mágia, resucita el paisaje, tan rico de espléndida vejetacion que á su vez podria representar con propiedad el paraíso terrenal. Toda clase de árboles, esos reyes de la vejetacion, esos engalanadores del paisaje, esos hijos robustos que con predileccion cria la tierra, se alinean por el camino, se ostentan cerca, se agrupan en lontananza con encantadora armonía, y como los buenos hijos de Noé, cubren con sus ramas los case- ríos que son pobres, ruines, feos y tan antepintorescos que parecen haber tenido por arquitecto un carcelero pobre, y por padrino al mas acérrimo enemigo de las uces, pues nemos visto muchas de estas casas sin ventanas. No seria chocante esta falta en una humilde choza, pero si lo es en las cuatro paredes que se levantan erguidas y sin gracia para formar una vivienda con categoría de casa. Descuellan entre estos árboles los corpulentos castaños y los erguidos chopos, que visten ropa talar, cubriéndose desde los pies de ramas, formando pirámides que se balancean en el viento como meciendo los pajaritos que entre sus ramas anidan.

Poco podré decirle de Pontevedra, donde no nos detuvimos apenas. Es un pueblo grande, no lejos de una ria, puesto que la mar aparece en aquellas costas como una enorme araña que clavase en la tierra sus largas patas, por ver de arrancarle á España su hermosa provincia. El campo es precioso; la posada

un hermoso edificio en que se sirve bien al viajero.

Los gallegos, que tienen en gran estima á esta ciudad, cuentan que perteneció á Portugal, cuyo Rey la cambió á propuesta del Rey de España, por Chaves. Despues de verificado el cambio, vino el Rey de Portugal á ver ambas ciudades, y cuando vió á esta exclamó arrepentido: ¡Pontevedra, Pontevedra, quien te viera... no te diera!

Noté, por estar cerca de la posada, el convento de San Francisco, cuya magnitud es asombrosa; muchas casas con escudos de armas, probablemente ligados á la historia de Galicia, como rayos de sol á su disco; pero, sobre todo, me admiró y entusiasmó el aspecto que presentan las ruinas de un edificio que nos dijeron era el palacio episcopal (1). Conserva este edificio su forma, y la imaginacion puede fácilmente reedificarlo.

En aquel clima fértil y húmedo que le es propio, se ha desarrollado ricamente la buena yedra, la que cumpliendo con su mision, que es una de las obras de misericordia, se ha puesto á vestir aquel encumbrado, pero hoy desnudo edificio, que los hombres despues de labrarlo con tanto celo, abandonan con tanta desidia. Consuela á sus amigas las piedras, las acaricia y refresca con sus suaves hojas, estrecha

(1) En los *Recuerdos de un viage*, publicados en 1849 en el establecimiento tipográfico de Mellado, se dice que estas ruinas son del antiguo palacio de los Turrichaos, incendiado por los ingleses en 1719.

entre sus débiles brazos los torreones, como la buena mujer al fuerte compañero si lo ve desatendido y vencido; vése esta siempre viva hija de la tierra, subir afanosa las escaleras, asomarse airosa por las ventanas, formar festones en los arcos, y alzándose sin descanso á medida que se abajan las murallas, sacar por cima de ellas sus verdes ramas, cual el pendon de la esperanza que señalando al cielo, intentase consolar al que sobre las ruinas de las cosas de este mundo llora. Pontevedra es alegre, y ha dejado una impresion análoga en mis recuerdos.

A las dos de la noche, despues de tomar un *pocillo* (1) del excelente chocolate que se sirve en Galicia, entramos en la diligencia-omnibus que debia trasladarnos á Santiago.

Como soy exacta, aunque pertenezco al sexo que tiene fama de no serlo, fuimos los primeros que la ocupamos. En seguida, y armando mucho estruendo, entró una señora cuyas facciones no pudimos distinguir, pero cuyo enorme bulto se atajó en la portezuela; sentóse frente de nosotros, y á su lado una muchacha cuya juventud noté en su voz, puesto que no se veia.

Es el caso de observar que en general las voces de las gallegas y hasta su modo de pregonar, es sumamente melodioso y gusta sobre todo á nosotros los andaluces, que carecemos de esa ventaja, pues aquí

(1) Una jícara.

se habla récio, en tono sostenido y precipitado, como si temiesen no tener bastante tiempo para decir, y el oyente bastante oído para oír. Allá al contrario, prolongan las sílabas en diversas modulaciones, que agradan mucho. Seguía á estas un pasajero que no debía ser jóven por lo pesado de sus movimientos, envuelto en una levita de pelo largo, y asido al paraguas, caro al corazón de los habitantes de la húmeda Galicia; era aquel un vulgar paraguas de los de tela de algodón, que allí gozan de gran popularidad, y prodigan su económica protección á sus adeptos. La señora gorda se apresuró á hacer sentar á Don Longino, tal era su gracia, al lado de su hija. Siguió á este caballero otro que tropezó al subir, se golpeó la frente al entrar, pisó un pié á la señora gorda que dió un grunido, y al pedirle cortesmente excusas, se sentó tan en extremo cerca de Alberto, que tuvo que reiterarlas. En seguida se ató un pañuelo alrededor de la rodilla, por haberse rajado en semejante sitio su pantalón al poner el pié en el estribo. Por último, entró ligeramente un jóven que ocupó el cuarto asiento en nuestra banqueta. No quisiera recordar el camino ni los sustos que me ocasionó. El suelo de la parte de Galicia que recorrimos, es generalmente pedregoso; pero no de piedra menuda y guijarro, sino de enormes trozos ó balumbas que alternan con la tierra, y que sería difícil de nivelar, y más de arrancar de su sitio; es, pues, preciso pasar por cima. Créa Vd., Conde, que como se dice que hay un Dios

para los borrachos, se puede decir que hay en España un Dios para las Diligencias.

Salió el sol,—lo que no tiene por indefectible costumbre en este país,—y pudimos hacernos cargo de quiénes éramos los que venidos de tan encontrados puntos, reunia por algun tiempo tan cercanamente el accesible omnibus.

Desde luego vimos que nuestros compañeros no solo no eran gentes de clase, sino que pertenecian á lo mas vulgar, á excepcion del vecino de Alberto, ese tipo de la desmaña, que era un empleado que se nos dió á conocer mas adelante como sobrino de nuestro amigo D. Galo Pando, el que llevaba el mismo apellido con el nombre patronímico de Arcadio. Este nombre no le venia mal, porque era fino, obsequioso, modesto, galante y complaciente, lo que nos probó haciéndose nuestro amable y bondadoso *cicerone* en Santiago, para donde no llevábamos cartas de recomendacion, no habiendo pensado detenernos allí. La señora gorda ostentaba las mas pronunciadas pretensiones á la elegancia. Llevaba un vestido en el que se veian tantas y varias flores y extraña hojarasca, que parecia un invernáculo de flores exóticas; una manteleta hecha de género servido, un camisolin con encajes bastos, lavados y furiosamente almidonados, y una confia adornada con dos ramos de menudas rosas, las que, confeccionadas en un convento, pero sin vocacion para la clausura, clamaban por emanciparse, dirigiéndose cada cua

por su lado, como los cobetes de un castillo de fuego.

A su lado estaba su hija; pocas veces he visto una belleza mas acabada; tenia como suelen tener las de su país, las mas perfectas formas femeninas, guardando un justo medio entre las bellezas obesas de Rubens, y los largos y descarnados tipos de los *heepsaks* ingleses. Su delgada cintura era de niña, mientras que la anchuras de sus hombros y de sus caderas mostraba el perfecto modelo de la que destinó el cielo para propagar la hermosa estirpe del que es rey de la creacion. Su cara era perfectamente bella; su tez blanca, sus ojos y pelo negro; tenia lo que no es allá frecuente, una inalterable palidez que denotaba, ó algun perenne mal estar fisico, ó algun constante padecer moral; vestía en extremo sencilla, con un gran pañolon sobre los hombros, y un pañolito de la India azul turquí sobre la cabeza, atado debajo de la barba. El señor que estaba sentado á su lado vistiendo la levita de bayeton, era un bacalao vestido, con ojos á la vez ariscos y escudriñadores, y uno de esos tipos comunes de repugnante grosería, porque siendo proporcionalmente ricos, ingertan sobre su grotesca gansería, la insolencia del dinero.

Esforzábase en hacerse agradable á la jóven, que le volvía cuanto era dable sobre la banqueta la espalda, y dejaba todas sus preguntas sin respuestas. Esta jóven, desde luego ejerció sobre mí cierto irresistible atractivo; y reflexionando en la causa que la producía, vine á inferir que era la absoluta indiferencia

que tenía á parecer bien y á agradar, que pica el amor propio como lo empalagan los esfuerzos hechos por inspirar admiracion; esa dejadez ó indolencia, que cuando no son desdenosas, dan un no sé qué de solidez, un aire de superioridad á mezquinas vanidades, una honesta y recatada independendencia ó emancipacion, harto más llena de atractivo que la decantada, frívola, nécia y chocante coquetería puesta en boga por los hombres que escriben con el fin afrancesado de inocularla en las mujeres españolas. ¡Dios perdone á tanto introductor de malas tendencias, y peor gusto, en nuestro noble país, tan superior á mezquinidades frívolas, y afectaciones ridículas!

Observé que Doña Simona, así se llamaba la señora gorda, de cuando en cuando daba á su hija, que tenía por nombre Andrea, un codazo, y de cuando en cuando le tiraba por debajo de su manteleta—que nació vieja—un pellizco; el codazo lo recibía la impasible víctima cuando no contestaba á las preguntas del señor del bayeton, y los pellizcos cuando volvía la cara hácia el último rincón de nuestra banquetta, en que estaba sentado el jóven que fué el último que entró en el omnibus-diligencia.

Debo, antes de proseguir dar á Vd. más ámplios detalles de nuestros compañeros de viaje, pues van á ser los personajes de la historia prometida, y decirle el cómo los adquirí.

Habiendo sabido D. Arcadio que Alberto deseaba tomar un criado del país, le recomendó á un mucha-

cho que, con el fin de colocarse, venia á la Coruña, y habia tomado un asiento exterior. Era éste, pariente cercano de la señora gorda; por este muchacho, — que es Domingo, — que nos ha seguido aquí, supe todos los pormenores que voy á referirle á Vd.

Es seguro que no extrañará Vd. verme tan impuesta, conociendo mi propension á identificarme con cuanto me rodea, hasta con los animales, con la naturaleza y aun con las cosas inanimadas.

—Conozco esta propension, amiga mia, que hace digamos así, del corazon de Vd. un santo hospicio; y sé los malos ratos que le hace pasar, dijo el Conde.

—¿Y porqué no hace Vd. igualmente mencion de los buenos, de lo que he gozado, vivido, reido y sentido? repuso la Marquesa.

—Si no se acuerda Vd. de sus ánsias y de sus lágrimas, vertidas en el altar de la compasion, yo las tengo bien presentes, y... ¡Dios no las olvida! Más recuerde Vd. un refran turco, que dice que el que llora con todos, acaba por quedarse sin ojos.

—Bien dice Vd., que es *turco* el refran; ¡qué magnífica y bendita ceguera, la que fuese debida á la caridad!!!

—Empiece Vd. su historia, Marquesa, que además de interés, me inspira ya curiosidad.

—Era Doña Simona, esto es, la señora gorda que gruñía por el desacato cometido por D. Arcadio contra sus respetables sostenes, y que tanto agasjaba á su amigo D. Longino, hija de unos pobre campesi-

nos de Santa María de Meira, pueblecito cercano de Pontevedra. Su hermano, con ese instintivo amor al trabajo, que hace á los gallegos tan hombres de bien, se embarcó para América; su hermana mayor casó con un pobre, que á poco murió dejándola con cinco hijos en la miseria.

Simona, que era buena moza, y por lo tanto algo arrogante y desenvuelta, se casó con un dómine fiaco, místico y poco letrado, gracias á ciertos escrúpulos de conciencia que supo despertar en su asombradizo ánimo, el que por ser hijo de un criado de campo de una casa pudiente, obtuvo no sé qué clase de empleo, cargo ó cobranza, que le trajo á Pontevedra. Dando ensanche ó pábulo este ascenso á la arrogancia de Doña Simona, aumentóse ésta á increíbles proporciones. Su pobre hermana imploró, sin obtenerlos, socorros de la encumbrada Simona; lo solo que hizo esta por ella, fué traerse á uno de sus hijos, llamado Benito, gracias á la intervencion del triste dómine su marido, que necesitaba un muchacho de toda confianza para sus cobranzas.

Benito tenia el bello tipo gallego, no tan fino como el fino tipo andaluz, pero quizás mas correcto; y que si bien no tiene el alma y chispa de nuestros paisanos, tiene una frescura y una lozania de las que el nuestro carece.

Andrea, que tenia bastante buen sentido para que le chocasen las fachendas y jactancias, con las que su Madre se ponía en ridiculo, por la fuerza de la reac-

cion, se apegó á lo sencillo y á lo rústico, no porque fuese humilde, sino porque tenia bastante orgullo razonado para no dejarse cegar por la torpe vanidad. Así fué que, lejos de desdeñarla, se apegó á su familia pobre, y correspondió al amor de su primo, el que, á una hermosa presencia, unia un honrado carácter, un corazon sano y un recto juicio. Poco antes de nuestro viaje habia llegado á Pontevedra un rico mercader de la Coruña, que habia tenido asuntos que tratar con el triste dómnic, marido humilde de Doña Simona.

Era éste, como Vd. quizás habrá colegido, el feísimo señor del leviton, al que Andrea volvia la espalda y al que su Madre colmaba de atenciones de grueso calibre. Habíase éste enamorado de Andrea, y ofrecido á sus Padres de encumbrarla hasta constituirle en su cara mitad. De gozo la Madre, se habia puesto á bailar la gallegada, y el Padre habia sacado, entre las cosas arrumbadas y fuéra de uso, una sonrisa mómia, seca y encogida, que apenas salió á luz se desvaneció para siempre, como sucede á otras cosas al desenterrarlas.

Andrea, que no era interesada, aunque no hubiese amado á Benito, no habria consentido, á imitacion de la luz, en ser la bella mitad de aquella mústia noche; así fué que, desde que comprendió de lo que se trataba, sin agitarse ni apurarse, con cierta sangre fria y flema, que habia heredado de su padre, demostró el menos disimulado desden al rico D. Lon-

gino, y el mas ostensible apego á su primo Benito. El mercader, que no podia detenerse, propuso á su futura suegra que le acompañase con su hija á la Coruña, confiado en que el trato engendraría cariño, y que este y las galas de su tienda triunfarian de la marcada repulsa de la hermosa Andrea. Doña Simona consintió tanto mas gustosa, cuanto que no se hallaba de gozo al pensar en este viaje de placer, en el que vería á Santiago y sus famosas fiestas patronales, y á la Coruña, ese inapreciable camafeo antiguo engarzado á lo moderno. Pero ante todo, y á prevención, despidió la buena parienta á su sobrino como á un lacayo, sin que fuesen parte á impedírselo las observaciones del triste dómíne, su marido, que no quería desprenderse de él, como tampoco la afliccion de su sobrino, ni las lágrimas vertidas por su infeliz hermana. Benito, que como gallego era económico y arreglado, á pesar de haber socorrido siempre á su Madre, habia ahorrado una pequeña cantidad, y en su desamparo se resolvió á invertirla en trasladarse á Méjico para buscar á su tio, hacerle presente su situacion y la de su Madre, y ver si queria ampararlos, lo que á poca costa podia hacer, sabiendo ellos que habia hecho una fortuna inmensa. Aunque nunca habia contestado á las cartas que le habian escrito ni jamás se habia acordado de su pobre familia, Benito esperaba que su presencia haria mas que un papel, que despues de leído se tira.

—La esperanza florece siempre y en todos los co-

razones, porque es una flor del cielo; pero en la juventud está en toda su lozanía, dijo el Conde: ir á buscar á un pariente rico sin que éste lo llame! No es preciso ser lince para prever el ultimatum de esta relacion, que vos misma creéis, quizá con Benito muy satisfactoria, contando, como los romanceros, con una herencia ó un pariente rico en las Indias, para concluir sus novelas ó comedias con el casamiento de los amantes á satisfaccion del auditorio.

—Usted prefiere, como siempre, concluir la en drama, dijo la narradora, interrumpiendo con viveza á su amigo: puede, puede, pues á la hora esta no están casados Andrea y Benito; pero si su misántropo apagador no mata la luz ántes de tiempo, me dejará concluir mi relacion

—Señora, no apago, atizo, que es lo que me tiene cuenta, para que prosiga Vd. y disipe todas mis tinieblas.

—Estais, pues, enterado de quiénes eran y en qué disposiciones venian nuestros compañeros de viaje. Atravesando aquel delicioso país tan frondoso y mas grandioso que el paisaje inglés, aunque no tan ameno y apacible, atravesamos por Caldas y llegamos á Padron, pueblo lindisimo metido entre árboles y agua como una ninfa que se baña, y en el que los sauces llorones, de firme y robusto tronco, débil y lánguido ramaje, pomposos é indolentes, demuestran la altura sin arrogancia, y la fuerza unida á la gracia. Despues de una malísima comida—la peor que hemos hecho en

Galicia, en donde son excelentes los comestibles si bien las cocineras de las posadas no alcanzan á merecer el mismo epíteto, seguimos nuestro viaje, penoso por lo malo del camino, delicioso, por las vistas que presenta hasta llegar á Santiago, en donde el paisaje se hace en general mas austero, como si quisiera adaptarse al carácter de aquella grave y antigua capital, que aislada, sin casi vias de comunicacion, desdenando el comercio y su mezquino é interesado movimiento, prohija su universidad y colegios como cunas del saber y de las ciencias, y honra sus magníficos y antiguos edificios de piedra que el tiempo ha ennegrecido dándoles con eso la dignidad que dá al hombre blanqueando su cabeza. He pasado en Santiago sus animadas fiestas patronales; he oido la música aérea de sus campanas, y la militar de su guarnicion; he visto sus fuegos, sus gigantes, restos memorables de cándidas épocas pasadas; he visto moverse cual hormigas millares de vivientes alegres y animados; he visto el sol sonreír á esta gran reunion devota, pacífica y alegre; pero nada de esto, Conde, ha sido suficiente para distraer mi ánimo de la grave contemplacion que inspiran aquellos edificios que temo profanar con la voz de burgraves de la arquitectura; nada en lo presente podria compartir la meditacion en que sumen la mente que busca y halla en ellos los vestigios de los siglos, la marca de la historia y el panteon de hombres que, si aquí yacen silenciosos y ocultos, brillan en la

oscuridad de lo pasado como estrellas en la noche. No creo, Conde, que en ninguna parte del mundo se presenten tan grandiosa, tan propia y tan vivamente las huellas de grandes cosas y grandes hombres de la historia como en Santiago; es el archivo del tiempo mejor conservado y menos profanado que creo puede existir en el mundo. Aquisgran, conserva la palpable memoria de su Carlo-Magno, la que llena allá lo presente como lo pasado, la historia y la poesía, la realidad y la fantasía, el corazón y la cabeza; pero aquí no es una historia parcial ó aislada; aquí es un centro al que desde el Santo Apóstol á quien debe el nombre, ha venido atraído por la gloria y fama del santuario, cuanto grande ha existido sin exceptuar al mismo Carlo-Magno. La gran plaza, que componen solo cuatro magníficos edificios, infunde tal respeto, Conde, que no se quisiera sino pisar de rodillas. ¡Cómo no sentir ese respeto nacido de las reflexiones que inspiran!

Si miraba á la soberbia catedral, consideraba que mas de mil años han pasado desde que se fundó.

Si al seminario conciliar, obra perfecta del siglo pasado que le hace frente con sus grandiosos soportales, que lo fundó un obispo en bien de la religion; si á la derecha, al hospital no menos grande y digno, consideraba que lo fundaron los Reyes Católicos. Si á la izquierda, al Colegio que en 1544 labró el arzobispo Fonseca, recordaba que fué para los pobres,

y que por eso le apellidó el vulgo *Colegio de pan y sardina*.

Si, Conde, de rodillas se quisiera pisar aquel recinto aunque no fuese mas que para pedir perdon á ese gran tiempo pasado de la osadía con que la ingrata época moderna lo desprecia, lo zahiere, lo vilipendia. Allí, Conde, se labraron esos suntuosos é imprecaderos edificios y santuarios á la RELIGION, á la CARIDAD, al SABER DIVINO, y al SABER HUMANO! ¿Y quereis que no pida perdon á ese pasado que insulta este presente, que labra teatros, plazas de toros y paseos!!!

—¿Se lo censura Vd., Marquesa?

—No, á no ser las plazas de toros, ¡esas sí! lo demás no se lo censuro, no, al contrario, pero le niego el derecho de condenar tan amargamente en nombre de las luces y de la filantropía las épocas pasadas, me parece un parricida, y lloro la ingratitud de la presuntuosa mocedad hácia la respetable vejez que le dejó la herencia que disfruta.

—No se exalte Vd., Marquesa; la exaltacion aun en los mejores y mas elevados sentimientos, nos hace injustos y exacerba el dolor.

—Si la exaltacion es santa y buena, dejarla alzarse aunque sea en alas de suspiros.

—Es que todas se creen santas y buenas; mire usted que las exajeraciones dañan á su objeto, Marquesa. Cuando Monsieur Emile de Girardin, director del periódico francés la *Presse*, no se habia aun subido en los zancos vistosos de la excentricidad, no se ha-

bia aun desbocado en los extravíos del republicanismo, y no habia demostrado el cómo puede la aberracion del génio elaborar veneno con las flores del talento, de la imaginacion y del saber; en aquella época en que se servia de estos hermosos dones unidos á la razon, dijo:

«Toda libertad tiene sus límites naturales que no puede salvar impunemente.

«La libertad de reunion, tiene por límite y castigo el tumulto.»

«La libertad de exámen, tiene por límite y castigo la duda.

«La libertad de imprenta, tiene por límite y castigo el descrédito en que cae la reaccion que provoca.»

—Y yo añadiré que la facultad de sentir tiene por límite y castigo el torturarse el corazon y el amargarse la vida sin provecho de nadie.

—Sin provecho, no, Conde; ¡Dios nos libre de asemejar las cosas del corazon á las de la tierra! Y ahora diré á Vd. á mi vez:

El afan de atemperar los sentimientos, tiene por límites y castigo el enfriarlos.

—Vamos, ambos tenemos razon, repuso el Conde sonriendo; en un buen medio está la virtud.

—Si, como lo está el talento entre la ignorancia y el génio, segun un autor francés.

—Pero... Marquesa, vuelva Vd. á Santiago y describámelo en llana y exacta prosa.

—Eso no podré, Conde, no sé hacer llana y exacta prosa, dijo la Marquesa, no soy bastante positiva, ni bastante instruida.

—No desee Vd. mal, repuso el Conde, hace usted poesía.

—¡Poesía! Pero sino sé hacer uu verso.

—No importa; dice otro autor que los versos son demasiado á menudo enemigos de la poesía, porque la poesía es la inspiracion del alma, y la versificacion es una convencion del entendimiento; y añade en otro lugar: la inspiracion del corazon no es nunca ridícula, como lo es á veces la de la imaginacion; por eso las mujeres suelen estar mejor inspiradas que muchos hombres. Hábleme Vd., pues, de Santiago, si no quiere en llana y exacta prosa ni en poesía, que sea en vuestro lenguaje propio, que no tiene, segun Vd. dice, nomenclatura.

—Solo lo entreví, Conde; además, no tengo los conocimientos artísticos, históricos y arqueológicos necesarios para hablar debidamente de pueblo tan importante en estos ramos; solo le diré someramente que es magnífica la universidad, y que lo solo que me chocó en tan grandioso edificio de bóvedas, mármoles y piedras con su oscuro color de anciana, fué ver en un hermoso y noble frontispicio una diminuta losa de mármol blanco como alabastro, con esta interesante inscripcion:

«Asegurado de incendio.»

Paréceme que más propio hubiese sido el poner en ese grave, incombustible y poderoso edificio: «Asegurado de las malas doctrinas anti-religiosas; anti-sociales y anti-nacionales, que infestan nuestra pura atmósfera.» De cierto habria inspirado más confianza á los Padres, y atraído más alumnos, que no la interesante noticia que da ese parche moderno! Me hizo su vista el efecto que me habria hecho un guerrero que sobre su yelmo de hierro se hubiese puesto una chichonera de niño.

Tampoco quiero omitir el hablar de las magnificas hortensias que allí ví, que se elevaban á grande altura, y cuyos tallos tenian, si no la consistencia, la circunferencia del tronco de un árbol frutal; igualmente quiero honrar á un cardo de los que llamamos aquí borriqueros, que ví en el jardin del colegio de medicina, que habia crecido á tan extraordinaria altura, que en Escocia hubiese sido el Walter Scott de sus cardos (1); puesta yo en pié, alzando el brazo y levantando con este mi sombrilla, no alcanzaba á su flor.

Quisiera hablar á Vd. del portentoso convento de San Martin Pinario, pero como abandonado ya, camina lentamente de cadáver á esqueleto, esto es que decae del abandono á las ruinas: callaré por no llorar!

Santiago no diré que no sea bonito, pero sí que

(1) El cardo es la planta simbólica de Escocia.

no me lo pareció; la estructura de sus calles, la arquitectura de sus casas, su aspecto general, no es bello ni elegante; hay algo heterogéneo en su conjunto, un contraste sin gradacion de lo soberbio y grandioso á lo pobre y mezquino: no creo poderla ofender en esto que digo, ¿cómo se sentiria la Minerva cristiana de que no se le concedan las gracias de una Venus presúmida? ¿Quién repara si es *bonito* como ciudad ó vivienda de hombres Santiago? ¿Quién al ver una iglesia á la luz de sus lámparas de plata, echa de menos el gas? ¿Quién al ver un castillo histórico, echa de menos pulidos cristales y verdes celosías? ¿Quién al entrar en un noble archivo, se acuerda de los albums perfumados? Se está en otra esfera, Conde, que si no impregnada de ámbar y de pólvora de barricadas, lo está del polvo de los siglos y del incienso de su augusto templo.

¡Santiago! mausoleo del santo apóstol de Cristo, ansiado fin de régios peregrinos; mansion augusta y venerable del catolicismo y del saber! Agenda de granito de la historia, blason de las glorias de Galicia; ¡puedan siempre, como hasta ahora, pasar por tí el Tiempo y las generaciones sin profanarte y sin hacer más que solemnizar y enaltecer el interés que inspiras, la emocion que causas, el respeto que infundes, y la profunda impresion que dejan tus recuerdos!

La Marquesa bajó la cabeza instintivamente, y cual si la inclinase el respeto que le causaban sus solemnes recuerdos, y al cabo de un momento, levanta-

tándola con viveza, dijo con una dulce sonrisa á su anciano amigo:

—Pero, aburreo á Vd., Conde, con esta intempestiva incursion por mis recuerdos, que nos han llevado muy lejos del primitivo asunto de nuestro tema, que es la historia de mis amigos de diligencia: ¿quién diría que os estoy refiriendo un suceso? Prosigo, pues, y esta vez sin interrupcion.

Perdimos, aquellos dias, de vista á nuestros amigos del omnibus, solo una vez ví á Doña Simona, que iba hecha un brazo de mar al lado de D. Longino, que sin el levito ni de bayeton, parecia un desollinador cascado. Llevaba la señora las flores de monja de la cofia colocadas en su absurdo peinado; cuando estuvo cerca de mí, se entreabrió ostensiblemente la mantilla para deslumbrarme con un collar, y zarcillos de filigrana, y desaparejadas perlas de mostacilla, y poniendo en movimiento rápido su abanico con todas sus fuerzas gallegas, pasó haciéndome un pequeño saludo protector; Andrea seguia á esta ridicula pareja, como sigue la fragancia al tosco levante que la arrebató; al pasar se sonrió con dulzura, como si un instinto del corazón la anunciase que hallarian simpatías en mí su carácter, su amor, sus padecimientos y su conducta. ¡Pobre Andrea!

A los tres dias salimos de madrugada en la diligencia, y á medio dia, despues de haber atravesado por una buena carretera un país hermoso, llegamos á la Coruña.

Han comparado la Coruña á Cádiz. Pero, Conde, por muy apasionada que yo sea á la verde y pintoresca Galicia, tan vieja y venerable en sus monumentos, tan jóven y fresca en su naturaleza, no puedo menos de decir, que si lo dijo un gallego, fué amor propio, y si un andaluz, fué un cumplido; hay la diferencia entre ambas ciudades, del marfil al hueso. Cádiz es una ciudad excepcional, no solo en España sino en Europa; hija de la plata de América, no han gastado los andaluces la jactancia que les echan en cara al denominarla *una taza de plata*; han sido verídicos y justos. Bien conocidos son los autorizados encomios que de ella hace Byron; últimamente ha escrito el afamado autor norte-americano Longfellow, una obra que se titula *Ultramar*, en la que declara á Cádiz la mas bonita ciudad de la tierra; por consiguiente, no será rebajar á la perla de Galicia, ni una jactancia el decir que la Coruña no puede rivalizar con Cádiz.

Si quiere Vd. que le dé una idea de la posicion de la linda ciudad de la Coruña, será comparándola á la de Cádiz si formase un arco desde Torre Gorda, viniendo á encontrarse su iglesia del Cármen frente á Puerto Real; en escala menor, el rio Guadalete y el Puerto de Santa María ocuparían el lugar del Ferrol y su ria, con la diferencia que en lugar de salinas rodea aquella bahia un campo verde y ameno, y en lugar del portentoso y sublime cielo que cobija á Andalucía empañan á aquel sus neblinas. No me gustan

sus casas, porque no hay casas que puedan agradar á quien está hecha á nuestros patios, nuestras galerías, nuestras columnas de mármol, nuestros jardines y nuestras fuentes.

—Ya se vé, repuso riendo el Conde; así es que se cuenta, que cuando un sevillano mandaba labrar una casa decia al arquitecto: hágame Vd. en este solar un gran patio y buenos corredores; si terreno queda, haga Vd. habitaciones.

—No es nuevo, repuso la Marquesa, que los andaluces nos burlemos de nosotros mismos, como lo prueba ese gracioso epigrama, no aplicable ya á las mezquinas construcciones modernas, con sus ahogados patios, venciendo en la competencia del día lo útil á lo agradable, lo confortable á lo bello, la estética economía al noble rumbo. Estoy por lo agradable, lo bello; y el rumbo, Conde, y hablo en mi sentido; soy sevillana, quiero luz, espacio, aire, elegancia, belleza, flores y fuentes; y confieso á Vd. humildemente, que siento tan á la antigua, que entre dos amargas alternativas, la de mostrarme mezquina é interesada, y la de empeñarme, preferiria esta última, si no tuviese la posibilidad de valerme del noble sacrificio para evitar ambos extremos.

De las ventajas referidas, aire, luz y espacio, carecen aquellas casas; y es claro, las echarán sus habitantes de menos, cuando se fabrican en sus fachadas apéndices de cristal; hay casas que se visten, si me puedo explicar así, de cristales, y que miradas

desde la bahía cuando las alumbró el sol, parecen estar ardiendo en vivas llamas. Divídese la ciudad en dos partes; la antigua, encerrada en sus fortificaciones en el último extremo de la lengua de tierra, que se prolonga como un arco en el mar, y la moderna, que se arrellana al lado de su bahía para mirar sus navíos; la vieja contiene en un cerco de murallas los edificios y monumentos notables; la nueva, las tiendas, los paseos, el teatro y sus brillantes fachadas de cristal. Con ese afán de demoler, que es una especie de frenesí en esta época, fuerón demolidas á gran costa estas hermosas fortificaciones, labradas á imitación del gran arquitecto que labra las rocas, dejando separadas ambas mitades por escombros, como lo está lo pasado y lo presente. Ni un árbol, ni un paseo, ni ninguna nueva construcción ha venido á cubrir la desnudez y fealdad de aquel erial, cubierto de escombros. Se ha dicho á lo pasado, con esa hiel, y con ese encono incalificable con que se le hostiliza y persigue; *¡te destruyo!* y no han cubierto sus restos siquiera por respeto á la muerte. Allí yace aquel triste cadáver entre ambas ciudades, como muestra de la impotencia de una época que sabe destruir y no labrar; como un funesto recuerdo de discordia, como un monumento de la ciega arbitrariedad popular; como una necia caricatura de la Bastilla; como una autorización plausible al extranjero, que al pasar dice con desdeñosa sonrisa: *¡cosas de España!* ¡Qué impotencia, destruir y no reedificar! no plantar siquiera

unos árboles, esa cultura que brinda la naturaleza si medios faltaban para atender á obras dispendiosas. ¡Qué encanto tiene lo pasado para las almas poéticas, y que bien demuestra la época presente su prosaismo por el desdeñoso encono que le tiene!

Pero charlo mas que una cotorra, prosiguió la Marquesa, y dejó abandonada mi historia como los coruñeses el espacio que separa su antigua y su nueva ciudad. Solo le diré que el trato de los gallegos que conocí es sumamente agradable, y si no es tan picante, divertido y franco como en general el de Andalucía, es ciertamente mas comedido y bondadoso.

—¿Y nada me dice Vd. de la famosa torre de Hércules? preguntó el Conde.

—Verdad es que no debo pasarla en silencio, yo que tanto admiro y venero los faros; pero ¿y mi historia?

—Tiempo hay para todo, nadie nos corre; repuso el Conde.

—Pues empezaré por contarle una pequeña anécdota que, aunque de poquísimo interés, me hizo tanta gracia que puede le haga á Vd. alguna. Cuando llego á un pueblo, hallo gran placer en subir á una altura, y dominándolo con la vista, hacerme cargo de su localidad; hícelo así, subiendo con mi patrona al balcon mas elevado de su casa, desde donde se divisaba una vista hermosísima por estar situada en la ciudad antigua, que es el punto culminante

de la pequeña península.—¿Dónde está el faro, le pregunté.—Mi patrona me miró sin contestarme.—¡Ah! exclamé, viendo sobre una altura del terreno quebrado que se extiende detrás de la ciudad nueva hasta el mar de afuera, una ancha, cuadrada y venerable torre; aquel será: en Cádiz también, proseguí, tenemos un soberbio faro.—¿Si? contestó mi patrona; pues si aquella se llama de Faraon, la de aquí se llama de Hércules.

La torre de Hércules, que en su nombre patentiza su edad, como los siglos, es y con razón la joya que ostenta Galicia en su gran museo de antigüedades. Dícese que la labró Hércules sobre el lugar en que enterró la cabeza de Gerion cuando en singular combate lo venció; dicen que la labraron los fenicios; dicen que la construyó Trajano; pero sea de ello lo que fuese, la vieja torre, harta de servir por siglos de candelero, picada de que ese hormigüeo de generaciones efímeras que han pasado como polvo que lleva el viento, le atribuya varios padres, ha querido rendirse, y la Coruña, que la aprecia y ostenta como su penacho, la ha sostenido con su cuidadosa mano, y últimamente le ha labrado un vestido de piedra, en el que la conserva como en un estuche. Sigue adornando su frente con un brillante de fuego, que derrama sus reflejos muchas leguas en el mar, para consuelo del navegante, á quien amonesta en su lenguaje cosmopolita.

Desde su altura se divisa la ría del Ferrol y la de

Betanzos, y entre ambas la extraña Peña calva y roma llamada Marola, que allí se levanta importunamente como para contrariar aun mas las aguas movidas por las mareas, las corrientes y el empuje de aquel mar, bravo é inquieto. Fuí al Ferrol, Conde, en un vapor lilliputiense, labrado para surcar un arroyo, y no olvidaré mi mortal angustia cuando nos vimos el juguete de aquellas olas en revolucion, de aquellas corrientes encontradas, de aquellos empujes del mar, de aquellas aguas convulsas: y me parecia que la Marola se burlaba de nuestros brincos y con-toneos en su impasible inmovilidad; ¡cuánto la enviaba! tanto que la hice voto de al regreso á mis lares imitar su inmovilidad.

Pero en mi vapor miniatura me he ido al Ferrol, dejando plantados á mis héroes en la Coruña.

—Y ¿ha de volver Vd. de nuestro afamado arsenal sin decirme lo que le pareció, Señora mia?

—Conde, es un portento, y por lo tanto tan conocido y descrito, que nada de nuevo os podria decir. La ria, aunque mas corta que la de Vigo, tiene, cual aquella, orillas encantadoras, y en su parte mas angosta, dos castillos, el uno de ellos se dice tenia tantos cañones como dias tiene el año; extiéndese el mar á los pies de la bonita y alegre ciudad, manso é hipócrita, y le cuenta en susurros los estragos que publica bramando en ancho espacio. Recuerdo con dolor que los gigantes árboles de su magnífico paseo estaban bárbaramente talados; ¿qué Robespierre ordenó

la decapitacion de aquellos nobles ancianos? Es imposible que vuelva á tener tranquila su conciencia; se le aparecerán negros y sin hojas como fantasmas aquellos árboles decapitados, alargando sus largos brazos para asirlo y llevarlo á ser aserrado, que es el suplicio de ellos. El Ferrol resucita; pero me parece que para dar toda su vida á aquel coloso, se necesitan los millones de que podia disponer Cárlos III; mas no me haga Vd. hablar de lo que no entiendo, Conde. Aunque estamos solos y seais indulgente, me oigo á mí misma, y me choco.

Habiamos tomado alojamiento en el café de Puga, donde nos recibieron tal cantidad de animalitos saltadores, muy predilectos de los microscopios, que Alberto añadió una L al nombre del café para calificarlo con mas propiedad. Estas horribles invasiones son consecuencias inevitables de un piso de tablas que no se aljofifa; ¿comprende Vd. lo horripilante que es esto para una andaluza que no pisa sino piedra y mármol lavados todos los dias? Pronto nos trasladamos á una casa de pupilaje que nos propuso un primo mio, comandante de artillería que vivía en el entresuelo. Habitaba en el cuerpo alto la patrona, que era conocida de D. Longino, el que llevó é instaló allá á Doña Simona y su hija, por lo cual la casualidad volvió á reunirnos.

Como puede Vd. suponer en el carácter de Doña Simona, apenas supo por la patrona quiénes éramos, cuando trocó sus aires desdeñosos en una cortesía

servil y empalagosa. Nunca pudo pensar quiénes fuésemos, decia, al ver la sencillez de nuestro traje; siempre había presumido que una persona de mi categoría no debería viajar sino con vestido de terciopelo, sombreros con plumas y alhajas.

Llegó el día de la marcha de Benito, que partió para Méjico.

—¿Y no le disuadía Vd. de ir? preguntó el Conde.

—¿Yo? no por cierto; ¿qué tenía yo que darle en compensacion de sus esperanzas? ¿qué derecho á entrabar la direccion que Dios daba á su suerte? ¿qué motivos, ni que razon para disuadirle de su proyecto?

—Señora, la seguridad de que el infeliz iba á hacer ese gran viaje en valde y que lo que iba á recoger de ese tio poderoso y duro, —como lo son todos esos hombres bastos enriquecidos, á quienes en su orgulloso egoismo, un pariente que se cree con derecho á su proteccion horripila,—serian solo durezas, desvíos y negativas.

—Así lo pensaba yo, pero hubiera sido una crueldad el decírselo; además, esa América tiene para los españoles entrañas de madre, aunque no así sus hijos; no parece sino que les agradece aun su bautismo, su civilizacion, su prosperidad. ¿Cuántos, y cuántos hacen allí de un modo ú otro fortuna? Así fué que lejos de aumentar su abatimiento y su desesperanza, le animé, levanté su espíritu y le pronostiqué buena suerte. Si hice mal, Conde, mi intencion fué buena;

era jóven y el mundo es ancho; ¡pobrecillos! Su madre en su miseria confiaba en ese viaje; su querida lo aguardaba con constancia y esperanza, y sus hermanitos decian: «¿vendrá mañana? ¿traerá mucho dinero? ¡Pobrecillo!»

-- ¿Y ha vuelto Vd. á saber de él?

—Sí, respondió la Marquesa; Domingo, que como sabe Vd. ha hecho un viaje á su tierra, siguiendo la inveterada costumbre que tiene hasta los honores de copla:

Los gallegos de Galicia
por mayo y por San Miguel
se despiden de sus amos
y se van con su mujer.

Despues de un largo y penoso viaje de vuelta en que arribaron á Lisboa, ha llegado, y me ha dado noticias de nuestro viajero, á quien vió en Santa María de Meira, ya de regreso.

—¿Qué? ¿ya habia vuelto? exclamó el Conde; esos ricos, Marquesa, no quieren pobres á su lado, así como los alegres no quieren tristes; lo pensé.

- Conde, hay una expresion vulgar, la cual como todas nuestras expresiones vulgares tiene mas sentido, mas chiste y mas concision que nuestras expresiones cultas y pulidas, y se la quiero aplicar á usted diciendo que *come corazones*. ¿Sabe Vd., señor mio, que hace mal en eso? Pues si acierta, chasquea usted al narrador, y si no acierta, se chasquea Vd. á si mismo.

—Merezco la reconvencion y la acato, respondió riendo el Conde.

—Sí, lo mandó de vuelta, prosiguió la Marquesa, pero su entrevista fué singular. Cuando su pobre sobrino desembarcó, se presentó en casa de su Tio.

—¿Quién eres? preguntó el Nabab al ver su pobre pelaje.

—Señor, contestó el sobrino cortado, soy hijo de vuestra hermana.

—¡Hola! me alegro; ¿y cómo va por allá?

—De salud, bien, señor; me encargaron tantas expresiones.

—¡Ya, ya, vamos! me hago cargo; ¿y tú á qué vienes?

Esta pregunta fué hecha con tal secatura y despego, que intimidó al pobre muchacho, el cual contestó cortado:

—Señor, Tio, á trabajar; á ver si puede ó quiere usted colocarme, y puedo así aliviar la suerte de mi pobre familia.

—¡Bien, me parece bien! vete á acostar, que mañana te daré trabajo.

El sobrino se retiró, y á la mañana siguiente montó con su Tio á caballo y se pusieron en marcha. Todo el dia caminaron por aquellos desiertos campos, y al anochecer llegaron al sitio en que estaba situada la mina del Nabab. A la mañana siguiente bajaron á ella, y despues de andar muchas y sombrías galerías, llegaron al lugar en que se trabajaba un rico filon.—

Capatáz, dijo el amo á su encargado, aquí le traigo un trabajador; ponga Vd. á este muchacho á trabajar en el filon, y lleve Vd. cuenta de lo que saca, para pagarle su jornal segun trabaje.

El pobre Benito se quedó dolorosamente sorprendido al ver el duro y triste trabajo á que lo destinaba aquel Tio que nadaba en la opulencia; pero con su buen carácter y obligado además por la necesidad, no hizo objecion y se puso con el corazon partido al trabajo.

El Conde se echó á reir, y la Marquesa prosiguió sin hacer alto de ello:

—Benito trabajó sin descanso y sin dar pábulo á que el mal humorado capatáz pudiese reconvenirle en nada. Al cabo de un mes volvió su Tio á la mina.

—Con que... ¿qué tal ha trabajado el muchacho? preguntó al capatáz.

Este no pudo hacer otra cosa que elogiar á Benito.

—¿Se ha apartado el mineral que ha extraido como encargué? tornó á preguntar el dueño.

—Si, señor, respondió el preguntado enseñando una gran porcion de mineral reunido en un monton.

—¡Vaya, no lo ha hecho mal! dijo el Tio, despues de examinarlo; ya veo, añadió dirigiéndose á Benito, que eres un buen trabajador, y no te dueles de tí; ahora alístate para volver conmigo á la ciudad.

Benito obedeció alborozado, conociendo que su Tio habia hecho una prueba con él, de la que sin sospechar que lo fuese, habia salido bien.

En los dos dias que siguieron á su vuelta, su Tio apenas le habló; al tercero lo llamó, le pagó bien los jornales que habia ganado en la mina, y le dijo que se preparase á marchar al dia siguiente á Vera Cruz, en donde se embarcaria en un buque inglés, cuyo capitan era conocido suyo, el que ya tenia cobrado su pasage hasta Lóndres, y cuidaria de buscarle embarcacion y pagarle el viaje de allí á la Coruña.

Diciendo esto, le volvió la espalda, y como tenia aquel señor la cara seria, y Benito era tímido, no se atrevió á contestarle una palabra, ni á hacerle una objecion, sino que resignado y abatido, á la semana siguiente emprendió su viaje de vuelta.

—¡Pobre Benito y pobre Marquesa! dijo con triste sonrisa el Conde.

La Marquesa prosiguió sin dejarse perturbar.

—Llegado que hubieron á Lóndres, le dijo el capitan, que era un buen hombre y que habia tomado afecto á Benito:

— Con que... ¿qué dispone Vd. que se haga con sus cajas?

—¿Qué cajas? preguntó Benito sorprendido.

—¡Toma! las cajas de mineral de plata: ¡un caudal, amigo!

—¿Y esas cajas son mias? tornó á preguntar atónito Benito.

—Asi me lo dijo su Tio de Vd., asi lo prueba el letrado que con vuestro nombre las señala, y lo con-

firma el registro de mi barco, en que vienen designadas como vuestras. ¿No lo sabia Vd.?

—No, ni aun la mas remota sospecha tenia, contestó con las lágrimas en los ojos el enagēnado propietario.

—¡Oh! exclamó riendo el capitan, ¡cosas de nuestro Tio! que es todo un original; por eso me encargó que le aconsejase á Vd. de vender ese mineral aqui; de guiarlo para los pasos que con este objeto tenga que dar, de cambiar el dinero en buenas letras de cambio; hecho lo cual, cuidase de buscar á Vd. su pasaje para la Coruña.

Y todo sucedió así, Benito se embarcó en el vapor inglés, no para la Coruña, donde no hace escala, pero sí para Vigo, trayendo en letras por valor de diez mil duros. Y ahora, prosiguió la Marquesa meneando a cabeza y mirando con radiante aire de un noble triunfo á su anciano amigo; ahora, ¿qué dice Vd., profeta de males, verdadero buho, que creéis ser pájaro de la sabiduría, compañero de Minerva, y no lo sois sino de la noche y compañero de la desilusion? ¿qué dice Vd.? ¿qué dice?

—Digo que la rosada aurora me deslumbra, y que me vuelvo á mis ruinas, pero no sin dar gracias á Dios que la cria, el parabien á las flores que se abren á su paso, y envidiar á los pájaros sencillos que le cantan un himno simpático.

— ¡Quisiera, prosiguió la Marquesa, que oyese usted referir á Domingo la entrevista de Benito con su

Madre y sus hermanos! ¡En mi vida he gozado como al oír esta relacion! ¡Cómo se unieron mis bendiciones á las de toda la familia para colmar con ellas á ese Tio; que, áspero en apariencia, habia hecho la felicidad de esa buena gente! ¡Oh! ¡que no hubiese él mismo estado presente para gozar de la inefable delicia que proporciona el hacer bien! ¡qué virtud tan querida de Dios es la caridad, Conde, cuando le ha dado dos recompensas, una en la tierra y otra en el cielo, cuando le ha otorgado una ventaja que no se ha otorgado á sí mismo, y es la de no hallar un contrario, un hostilizador, ni un escéptico! Desde luego se puso en marcha con su caudal metálico en su cartera y su caudal de felicidad en el corazon para la Coruña, en donde habian permanecido Andrea y su Madre, á causa de haber muerto su Padre al propio tiempo de estar ella allí.

Domingo, á su llegada aquí, pensó hallar carta de Benito con la noticia de su boda, mas no ha sido así, pues bien dice el refran, que con las glorias se olvidan las memorias; pero yo, impaciente por tenerlas, he escrito á mi primo, que con motivo de vivir en la misma casa conocia á Andrea (la que hallaba por cierto muy de su gusto:) y debo, por el cálculo que he hecho, recibir su respuesta de hoy á mañana.

En este momento entró un criado trayendo algunas cartas y los periódicos del correo. La Marquesa se levantó presurosa; miró varias, cartas murmurando

do: para Alberto: y al tomar la última exclamó observando el sello:

—¡Para mí, y de Galicia! Ya está aquí, Conde, ya está aquí la última pincelada de mi cuadro.

Sentóse en seguida en el borde de una silla, rompió el lacre, y se puso prósurosa á leer. La luz del réverbero se derramaba sobre ella como el esplendor de una brillante aureola de regocijo; su acento al empezar la lectura era vivo, alegre como la luz que la alumbraba. Leyó así:

«He recibido tu carta, mi querida prima, y no he extrañado el interés que demuestras por aquellos jóvenes, con los que la casualidad te puso en contacto. Hay buzos que no temen hundirse en las ásperas aguas del mar para sacar una perla, y así te sucede á tí, que no temes mezclarte entre las ásperas olas de un círculo vulgar é inculto, para desentrañar una perla de las muchas que hallas, porque las buscas; y ciertamente distes con esa perla al dar con Andrea, incrustada en la tosca concha de su Madre. Creo que habrás sabido la vuelta de Benito y su cumplida fortuna, y ahora desearás que te participe las felicidades del regreso, los gozos de las esperanzas cumplidas y las alegrías de la boda, quieres tu parte en todas ellas, á lo que te dá derecho el vivo y afectuoso interés que te has tomado por estos amantes. ¡Ojalá pudiesen mis noticias dar mas brillo y vida á tu sonrisa, como lo dan los rayos del sol á una flor! pero no puedo, si he de ser verídico. Rodéannos incesantes

desgracias; ¿qué día, acaso, no doblan las campanas, no se trastorna una existencia y no se aja una esperanza? Y no obstante, tantos avisos para que no nos apeguemos á un estado transitorio, á una vida incompleta, á un mundo amargo é ingrato, no nos hacen mella y nos empeñamos en buscar una dicha cumplida, sin elegir siquiera la que puede brindar esta tierra, en donde solo puede hallarse; esto es, en la ausencia de ambicion y de pasiones, en los santos goces de la virtud!!! El hombre ha hecho de la felicidad un ideal, y se desespera de no hallarlo en un mundo que él mismo hace malo, denigra y desprestigia.

»Pero me aparto del objeto de mi carta. Desde que partistes, la pobre Andrea fué decayendo en su cuerpo y en su alma, porque la ausencia la marchitaba, sobre todo desde que, llegada la época en que debió recibir noticias de Benito, faltaron estas un día y otro. He sabido despues que las cartas llegaron, pero que fueron quemadas sin leerlas por su Madre. Aun hubiera podido vivir Andrea tranquila en su retiro con su tristeza, como el sáuce en su soledad, conservando en su corazon un resto de esperanza como conserva el cielo el crepúsculo cuando pierde al sol, si su cruel y egoista Madre y su protegido, no la hubiesen perseguido de continuo, él con sus repugnantes, ella con sus despóticas exigencias. Andrea, cuyo carácter firme conoces, resistia; pero los verdugos no veian que esta lucha mata-

ba á la pobre víctima. Para colmo de desgracia, murió su Padre, y la situación desvalida en que quedaron dió nuevas armas á su tosca Madre para insistir en un enlace que llamaba la suerte de ambas; pero Andrea no cedió. Las lágrimas, las reconvenciones y hasta malos tratamientos de su exasperada Madre, unidos al olvido del hombre que tanto amaba, acabaron con sus fuerzas; pero no con su constancia. Todos la veíamos morir menos su Madre, que solo la veía casada. — Ya se pondrá buena, contestaba á nuestras observaciones, cuando olvide al *rapaciño* de su primo y se encuentre rica y disfrutando en su casa. Tarde se llamó á un facultativo; éste no pudo curarla, ni ella quiso curarse. Habíase encerrado en un silencio que pocas veces rompía; una de ellas fué para decirme, minutos antes de morir, que la despidiera de tí, y te dijese que el mundo era una cárcel, y la muerte la libertad.

»A los dos dias murió; ¡qué hermosa estaba en su féretro! Parecía que aquellas facciones, correctas y graves, eran las propias para la augusta inmovilidad de la muerte; traslucíanse sus venas por su terso cutis, de manera que parecía una estatua de blanco mármol con vetas azules.

»La miraba profundamente conmovido al considerar que pronto iba á desaparecer para siempre en las entrañas de la tierra tanta hermosura y juventud, cuando la puerta se abrió con violencia: un hombre apareció en el quicio; era Benito! No podré pintarte

la escena de desesperacion que siguió á esta entrada, y el contraste que formaba la violencia y agitacion del uno y la inmovilidad de la otra. Mirábala el infeliz como si quisiese con el ardor y fuego de sus miradas, reanimar los apagados ojos de la que amaba; sollozaba á gritos y la llamaba, cual si quisiese que sus acentos de dolor penetrasen en sus yertos oidos y trajesen un suspiro entre aquellos blancos é inmóviles lábios.

»Fué preciso que algunos parientes y amigos se lo llevasen en un estado que hizo temer por el trastorno de su cerebro; á fuerza de sangrías y otros medicamentos se logró serenarlo; y cuando despues de unas calenturas, en las que alternaron el letargo y el delirio volvió en sí, halló á su lado á su Madre, á sus hermanos y á su Tio el de Méjico, que todos le rodeaban con las mayores muestras de cariño.— Vive, hijo de mi alma, si quieres que yo viva. le decia deshecha en lágrimas y con las manos cruzadas su Madre.—¡Hermano, no nos desampares, le decian estos besando sus manos.—Sobrino, dijo su Tio, he vuelto de América solo por ti, para que no nos separemos más; ¿no me agradecerás esta prueba de cariño, y no tienes sentimientos en tu corazon sino para un solo amor?

»Benito ha convalecido; aun está débil y profundamente afligido; pero el tiempo que es la panacea de los males del corazon, le irá cicatrizando esta profunda llaga. El dolor violento que los poetas y no-

velistas hacen eterno, no lo es ni puede serlo; tór-nase la desesperacion en dolor; el dolor en senti-miento y el sentimiento en tristeza; como en la ho-guera la llama enhiesta decae, se amortigua, se tor-na en brasa y despues en ceniza; y así. tú que eres todo sentimiento, y lo tienes por único motor en la existencia, no culpes á Benito por seguir la senda usual y trillada, porque Benito no es un héroe de no-vela, sino un hombre de la vida real que resiste á las penas como es y debe ser, pues si cada pena costara una vida, el mundo no existiria. Tampoco llores so-bre Andrea; ¿por qué llorar, si dice nuestra hermosa frase, que nada pierde por ser tan repetida, que *pasó á mejor vida?*»

La Marquesa dejó caer sobre la falda sus manos con la carta que en ellas tenia, é inclinó la cabeza so-bre su pecho. La viva luz del reverbero hizo brillar como estrellas las lágrimas que precipitadas surcaron su rostro.

—¿No digo, exclamó el Conde levantándose y to-mando entre las suyas las frias manos de su amiga, no digo que la mata su corazon? Amiga querida, considere Vd. que debe enfrenar sus excesos. Los filósofos pitagóricos creian que el alma era una armonía compuesta de dos partes; una racional y otra irracio-nal; colocaban la primera en la cabeza, la segunda en el corazon.

—Esos filósofos no eran cristianos, Conde.

—Es cierto; pero esta definicion hecha por hom-

bres sagaces y pensadores, debe demostrar á Vd. que el corazon necesita un freno, si es que llega, como sucede en Vd., á ser nuestro verdugo.

—Muchas veces, me ha dicho Vd., Conde, repuso con suave exaltacion la Marquesa, que es el corazon el verdugo del hombre, y yo hallo que es su áncora de salvacion. El es el santo lazo que nos une todos unos á otros, sin distincion de clase, de edad ni de patria; él ampara todo lo desvalido y compadece todo sufrimiento, sea el delincuente amigo ó enemigo, racional ó irracional, mientras el egoismo cree haber hecho lo suficiente lavándose las manos como Pilato; es el incansable antagonista de toda crueldad sin temer burlas ni desdenes, mientras el hombre que no lo escucha, la tolera, la inventa, la ejerce y constituye hasta en diversion, á pesar de la religion, de la humanidad, de la razon y de la cultura. El lleva á la limosna, mientras la prudencia precavida crea las leyes de la propiedad; lleva al perdon, mientras la justicia crea el castigo; crea la poesia, mientras la cabeza crea las reglas y el arte; crea la buena fé, mientras el racionio crea el sofisma; él hace el amor desprendido, consagrado, dulce, eterno y celestial, mientras la pasion lo hace egoista, vano, violento, perecedero y terrestre; él vence la altanería del pensar con la dulzura del sentir; ablanda la dureza de carácter con el santo manantial de lágrimas; nos alza á altas regiones con las ansias, que son sus alas, mientras la naturaleza humana nos rebaja con los

sentidos; goza en todo sacrificio, grande ó chico, mientras que contra ellos se rebelan el interés y los apetitos; muestra la buena senda á la imaginacion cuando el terror la extravía; siente á Dios mientras el entendimiento no lo comprende; hace conversiones, mientras el espíritu de análisis hace defecciones. De él brota la clemencia como un bálsamo divino sobre el universo, y por última excelencia recompensa él mismo con inefables goces al que sigue sus inspiraciones. La materia nos embrutece, la cabeza nos extravía, las pasiones nos pierden; solo él nos salva. ¡Dichoso mil veces el mortal que atiende á su voz y es sordo á las que la ahogan y combaten! Y así, Conde, no es el corazon nuestro verdugo: no, no, ¡es el áncora que nos salva!

—Y añada Vd., dijo conmovido el Conde, que viéndose el corazon personificado en Vd., no hay quien le resista, y no le proclame la parte de ángel que conserva la humanidad! Pero llorareis como las nubes todas vuestras lágrimas sobre la tierra, pues NO HALLARÁ ese corazon que solo quereis escuchar, amiga é hija mia... COSA CUMPLIDA SINO EN LA OTRA VIDA!

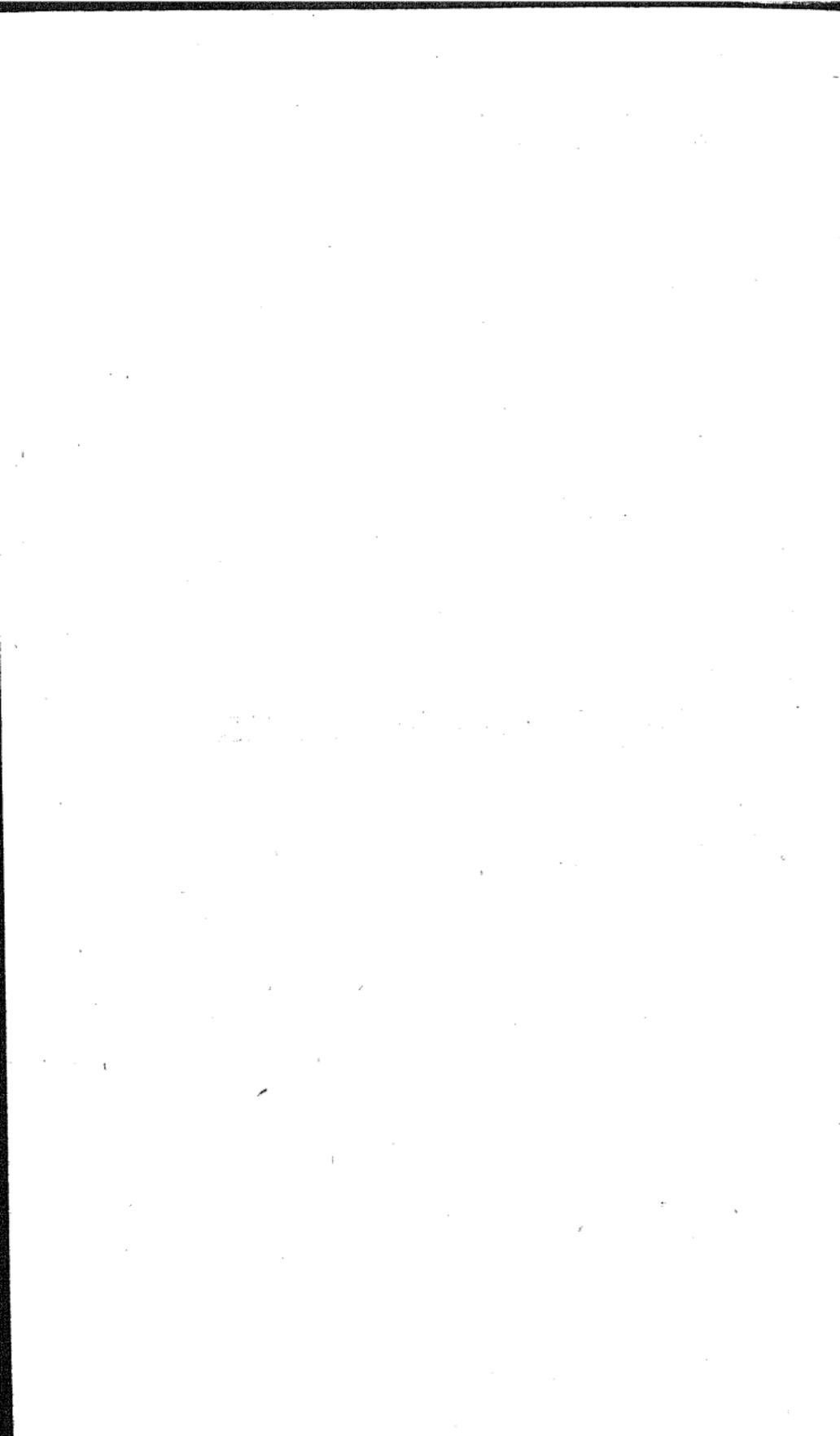
FIN.



LA NOCHE DE NAVIDAD:

CUADRO DE COSTUMBRES POPULARES

POR FERNAN CABALLERO.



LA NOCHE DE NAVIDAD.

Esta noche es Noche-Buena,
Y no es noche de dormir;
Que está la Virgen de parto,
Y á las doce ha de parir.

Era una nublada y fria noche de diciembre, tranquila en su crudeza, silenciosa en su oscuridad. El firmamento parecia cerrar los ojos, y la naturaleza doblar la cerviz, vencidos por el rigor del frio. Una partida de soldados habia llegado tarde á cierto pueblo en que solo debia descansar algunas horas, y despues proseguir su marcha hácia un puerto de mar en el cual debian embarcarse para América.

El oficial que la mandaba, al retirarse á su alojamiento, notó una animacion extraña en un pueblo tan quieto, y mas á esa hora. Aunque no distinguia bien los objetos, por la oscuridad completa en que estaban las calles, notó que se arremolinaba un grupo

numeroso en la esquina de la plaza; el oficial se dirigió hácia allá sin ser notado. ¿Qué podría ser? ¿Qué se intentaba?—Lo raro era que los conspiradores, caso que lo fuesen, eran, como notó el oficial al acercarse, sumamente pequeños, y hablaban sumamente récio.

—En *cá* de tia Belen hay zambomba, dijo uno en voz perentoria.

—Y en *cá* de tia Beatriz hay zambomba, pandere-ta y palillos, dijo una vocecita de tiple, clara como un pito.

—En *cá* de tia Belen hay tortas, repuso con energía la voz anterior.

—Y en *cá* de tia Beatriz buñuelos y mistela, contestó el tiple con brio.

— ¡Pues vamos allá! gritaron todos en coro; y el grupo voló como una bandada de gorriones.

La tia Beatriz era una viuda sin hijos, de buena edad y mejores proporciones, muy buena, muy primorosa, muy caritativa y muy dada á las cosas devotas. Vivía solo con una *vieja* que le servía de *moza*; esta *vieja* que tenía un genio de vinagre no aguado, se llamaba la tia Pavona, porque su marido había tenido por nombre el tío Pavon; como la lengua española marca clara y perentoriamente los géneros femeninos y masculinos con la *a* y la *o*, habíanla colocado una *a* al fin del apellido para significar con este distintivo que la persona así nombrada pertenecía al bello sexo, terriblemente degenerado en esta oca-

sion, porque la tia Pavona, que era chica, delgada, apergaminada, hisoja y negra como un cisco, podia darle un susto al miedo.

La bandada de gorriones habia llegado en casa de la tia Beatriz, que estaba llena de bote en bote.

Ea, largáos, que no se cabe; fuera la polilla.— Este fué el cumplido con que fueron recibidos por la amable tia Pavona, que á la sazón se hallaba en el zaguan, añadiendo aceite al farol, al que soñoliento se le iban cerrando los ojos. Los recién llegados no hicieron caso ninguno, ni se dejaron intimidar.

—Cuela tú, Juanillo, dijo al oído del mayorcito la voz del tiple que bajó al suave susurro de un céfiro, mientras se empinaba mirando con curiosos y alegres ojos hácia lo interior de la sala, de donde salia un balsámico olor de yerbas aromáticas, un brillante resplandor de luces y un alegre son de zambomba, pandereta y cantos. Juanillo se escurrió de entre las manos de la tia Pavona, que le queria retener, se deslizó por entre las piernas de los hombres como una águila, y los demás lo siguieron fácilmente, como si hubiesen estado untados de jabon.

—Mal haya vuestro pelo, sabandijas del demonio, gurrapatos del mismísimo Lucifer! gruñia la tia Pavona; por el ojo de una aguja son capaces de colar! Donde pueden estorbar, ahí están ellos, es decir, en todas partes. ¡Qué plaga de gito! ¡Qué no se que-

dasen para descanso del mundo en las mientes del Señor!!!

—Válgate Dios, tia Pavona, dijo la viuda que acertó á pasar por allí; déjelos Vd. ¿No sabe usted que hoy es la fiesta de ellos, hoy la santa Noche-Buena?

—Su fiesta es la de todos los dias del año, contestó la tia Pavona; ¿en dónde por ventura no meten esos gusarapos sus pestiños? ¡Dios los bendiga! ¡Comején! ¡Langosta! ¡Jesus, y que bien vendria otro Herodes!

—Tia Pavona, que entren todos; que el niño Dios los quiere alrededor de sí.

Cuando entraron los niños en la sala tan embalsamada, tan iluminada, y vieron el hermoso Nacimiento colocado en ella, una inmensa alegría inundó sus corazones.—Pero ¿quién es el que ha visto un Nacimiento y no la ha sentido?—Quién no se ha hallado como en su casa, en su propiedad, en aquella naturaleza fantástica de corcho y papel engomado, con sus oscuras cuevas, en que ora ante un crucifijo un san-ermitaño, gracioso y sencillo anacronismo, como lo son el cazador que en una selva de matitas de romero dispara un tiro á una perdiz posada en la torre de una ermita como una cigüeña y aquel contrabandista con su manta y su sombrero gacho, que con una carga de tabaco se esconde tras de una roca de papel, para dejar libre paso á los tres Reyes que por las altas cumbres de esos Alpes de

córcho caminan en toda su gloria?... ¿Quién no siente un placer inexplicable al ver pasar aquel borriquito cargado de leña por un soberbio puente de cantería de papel?... ¿Y aquel pradito de bayeta verde desmenuzada en que pacen tan tranquilos y tan blancos aquellos corderitos? ¿No os dá frio aquella escarcha tan bien imitada con arenilla de acero? ¿No os dá gana de calentaros aquella hoguera tan coloradita que encienden los pastores para calentar al niño? ¿Quién no se afana por descubrir debajo de los cristales que figuran tan bien un rio helado, los peces, las tortugas, los cangrejos que están con toda comodidad sobre el cáuce de dorada arena, trastornando en sus tamaños respectivos los que les atribuyen los naturalistas? Vése aquí un cangrejo, por cuyas tenazas puede pasar una anguila su vecina como por el ojo de un puente; aquí un raton colosal mira con aire de Matamoros á un diminuto y pacífico gatito; mas allá un borrico disputa con una liebre sobre el grandor de sus orejas, que son del mismota maño; un toro se vé en igual contienda en punto á cuernos con un caracol, y un fornido pato no quiere ceder la primacia un cisne raquíto. Y estos pájaros de todos colores,

alegran los intrincados bosques de ramas de lentisco, que forman el fondo de este cuadro encantador, ¿no os parecen acaso acudir de las cuatro partes de mundo? ¿No os álega ver bailar á los pastores? Y sobre todo, ¿no adorais enternecidos el divino misterio contenido en aquel portalito con su techo de paja, y

en el fondo su aureola ó gloria de luz? Nosotros lo decimos francamente, en aquella santa y alegre noche todo nos parece vivir y sentir; aquellas figuritas de barro hechas por torpes manos, puestas allí con tanta buena fé y tanta devocion, nos parecen animarse y recibir alma, de la alegría y entusiasmo que reinan. La estrella que guia á los magos, ese oropel y cristal, se nos figura flamígera, y arrojar resplandores. La aureola que circunda el pesebre en que yace el Dios hecho hombre, nos parece brillar, no por las luces que trasparenta, sino con un brillo del cielo, con los rayos del sol; las zambombas, panderetas y cantos nos son tan simpáticos y tan gratos, como si fuesen los ecos de los que en aquella dichosa noche hicieron resonar los pastores.

¿Puede acaso darse una fiesta mas alegre, mas sencilla, mas tierna y al mismo tiempo mas elevada? el nacimiento de un niño en un portal abandonado, y celebrado por pastores; la inocencia, la pobreza, la sencillez, primeras bases del magnífico edificio del cristianismo. Así, ¡cuánto no celebran los niños y los pobres esta fiesta! Traen á Dios lo que más le complace, la inocencia, la fé y el amor. ¡Oh noche, bien denominada *buena*, mas alegre que el carnaval, y santa como la semana que lleva este nombre!

El cómo entiende y siente el pueblo esta fiesta, hasta que punto está instruido de ella, y cómo la explica, lo probarán algunos de los cantos de Noche-Buena, que aquí trascribiremos, escogiendo al acaso

entre los muchos que hemos recogido La sencillez en el modo de expresarse dá á estas composiciones un sello de puro candor y de inimitable *genuinidad*, tiene una buena fé que conmueve, y aun literariamente un gran valor, que no está al alcance de todos. Día llegará, no nos cansemos de repetirlo, en que en España, como en los demás países de alta cultura, se aprecien estas composiciones populares, como se buscan las fuentes de todo río.

Cuando los niños entraron cantaba una muchacha:

Cuando el Eterno se quiso hacer niño
 Le dijo á un ángel con mucho carino:
 »Anda, Gabriel, vete á Galilea,
 Allí verás una pequeña aldea;
 Es Nazaret su gracioso apellido;
 Junto á una casa hay un ramo florido;
 En esa casa, que de David viene,
 Hay una niña que quince años tiene;
 Está casada con un carpintero
 Y, aun cuando es muy pobre, así yo la quiero.
 Dile que quiero en ella hospedarme,
 Y en su seno puro tomar cuerpo y sangre.»
 Fué el santo Ángel bebiendo los vientos
 Hasta llegar al humilde aposento,
 Y cuando vió á la hermosa María,
 Le ha dado el encargo con que Dios le envía.—
 «¡Dios te salve, dice, con gran alegría,
 Dios te salve, reina y dichosa María.
 El Señor es contigo y bendita tú eres,
 Unica escogida entre las mujeres,
 Y bendito el fruto que has de dar á luz,
 El rey de los cielos y tierra, Jesús.»

Acabado este canto, cantado en su tonada propia, se cantaron los villancicos y las canciones, en que una voz cantaba una de tantas infinitas coplas ó sabidas de memorias ó improvisadas, y todas las voces se unian en el estribillo, al mismo tiempo que una pareja de niños bailaba ante el nacimiento. Cada vez que concluía una copla, los dos niños que habían bailado, se acercaban con sus mejillas encendidas y sus brillantes ojos al retablo, y abriendo sus bracitos, se arrodillaban y exclamaban: ¡POR TÍ!

No es posible explicar el sentimiento tan profundo y tierno que despierta esa sencilla exclamación: *por tí*.

—¿Y qué significa esa frase, *por tí*?

—¿Vos no lo habeis comprendido? será porque la veis friamente estampada sobre el papel. Pero si la hubiéseis oído de aquellos lábios fervientes é infantiles; si hubiéseis observado en aquellos espresivos y animados ojos el sentimiento que la dictaba, hubiérais conocido, como nosotros, que decía *por tí* nuestra alegría, *por tí* somos cristianos, *por tí* somos felices, *por tí* seremos salvos, *por tí* laten nuestros corazones, *por tí* cantan nuestros lábios, *por tí* queremos vivir, *por tí* queremos morir. Todo, todo, *por tí*.

Cantábanse estas alegres coplas:

Ha nacido en un portal,
Llenito de telarañas,
Entre la mula y el buey
El Redentor de las almas;—

Y dicho Melchor:

Toquen, toquen esos instrumentos,
Y alégrese el mundo que ha nacido Dios.

Esta noche nace el niño
Entre la paja y el hielo,
Quién pudiera, niño mio,
Vestirte de terciopelo.

En el portal de Belen
Hay estrella, sol y luna:
La Virgen y San José
Y el niño que está en la cuna.

En Belen tocan á fuego,
Del portal sale la llama,
Es una estrella del cielo,
Que ha caído entre la paja.

Yo soy un pobre gitano
Que vengo de Egipto aquí,
Y al niño de Dios le traigo
Un gallo quiquiriquí,

Yo soy un pobre gallego
Que vengo de la Galicia
Y al niño de Dios le traigo
Lienzo para una camisa.

Al niño recién nacido
Todos le traen un don;
Yo soy chico y nada tengo;
Le traigo mi corazón.

En este momento se oyó la voz de la tía Pavona, cancerbero de la casa, que bregaba á brazo partido con una nueva bandada de gorriones invasores; pero con el mismo mal éxito que la vez anterior; pues p entre el grupo de hombres que de pié estaba á la entrada de la sala, se vieron asomar simultáneamente

cabecitas de niños, cuyos cuerpos no se sabia si existian, de tal suerte se habian encogido y embutido entre las capas de los hombres: de manera que imitaban á lo vivo las de los angelitos que adornan con tan linda profusion los grandes retablos de gusto y estilo churrigueresco.

—¡Un sarampion! ¡Un sarampion! gritaba la declarada enemiga de los niños, ¡y qué bien que nos vendría un sarampion! Desde que dieron con la *vajuna*, el demonio que pueda parar en el mundo; ni uno se muere! ¡Dónde vamos á parar? ¡Esto es un loquéo!

Los hombres, que oian regañar á la tia Pavona se pusieron á cantar:

Una pandereta suena
Yo no sé por dónde va,
Camina para Belen
Hasta llegar al portal;—
Y dijo Gaspar:
Que por buena que sea una vieja
¡Ni el mismo demonio la puede aguantar!

Restablecida un poco la calma que esta invasion de infantiles conquistadores habia producido, se apareció el alcalde precedido de una soberbia barriga, y seguido por un humilde alguacil llamado Florin.

El alcalde habia sido compadre del marido de Beatriz; era viudo como ella, y habia tiempo que andaba empeñado en que ambos de un golpe dejaran de serlo. Pero no habia que pensar en que Beatriz n. a. dase de estado. Habríase Beatriz dejado arrancar el

corazon antes que su estado de viuda; no porque aborreciese á los hombres, ni le pareciera mal el estado de casados, sino porque el de viuda le parecia preferible á todos, mas tranquilo que ningun otro, y más cercano á la perfeccion á que aspiraba. El alcalde era un Creso de pequeñas dimensiones. Tenia cuatro yuntas de bueyes, un olivar, casa propia, y labraba un rancho á parceria con la viuda. En cuanto á Florin, era amigo íntimo de la tia Pavona, y como los muchachos lo molian y perseguian terriblemente á causa de su extraña figura, las largas conversaciones de estos dos amigos, hallaban inagotable pábulo en murmurar y renegar de cuanta criatura viviente bajaba de veinte años.

Despues que el alcalde hubo bebido un trago de mistela que le ofreció la dueña de la casa, le suplicó que cantase.

Esta, que poseia muy buena voz, y tenia un placer en cantar cosas santas, consintió desde luego, y habiendo los demás vuelto á coger la pandereta y zambomba para acompañarla, empezó á cantar así este villancico:

Pues la noche está fria
Y está serena,
Canten los Villancicos
De Noche-Buena (*b s*).
El niño ya ha nacido;
Venid, pastores,
No le temais al frio
Ni á sus rigores (*bis*).

A un portalito pobre
Se han retirado,
Donde el buey y la mul
Lo han albergado (*bis*).

En ese portalito
Su cama ha sido
Una poca de paja
Que han recoijdo (*bis*).

Aunque en Belen te vea
Tan pobrecito (*bis*),
Te creo Rey poderoso,
Pero muy rico.

Que á coñquistar bajástes
Todas las almas,
Pero sin armas (*bis*).

Las mujeres cantaron en seguida estas coplas:

La Virgen lava pañales,
Y los tiende en un romero,
Los pajaritos cantaban,
El agua se iba riendo.
La Virgen lavando estaba
Las pobrecitas mantillas,
Y San José las tendia
Al sol, en las maravillas,
Mientras cortaba la tela
Y hacia las camisitas,
¡Cuántas lágrimas de amor—
Corrian por sus mejillas!

Entró á la sazón un pastor, pariente de Beatriz,
con su zamarra, sus alforjas, su chivata. Venia del
campo, como lo atestiguaba el olor á tomillo de que
estaba impregnado. No bien entró, cuando le dijeron

que dijese una relacion, lo que hizo sin hacerse de rogar, y fué esta:

¡Alegría, alegría, alegría!
Que ha parido la Virgen María,
Sin dolor ni pena,
A las doce de la Noche-Buena,
Un infante tierno,
En la fuerza y rigor del invierno,
Y los angelitos,
Cuando vieron á su Dios chiquito
Metido entre pajas,
Le bailaban haciéndose rajas.
Se asombra el ganado;
Los pastores bajaron al prado,
Y ven de repente
Unas luces muy resplandecientes,
Y luego, al momento,
Por quitarse de ese pensamiento,
Si era cosa mala,
Un mocito de aquellos con alas,
Les dice: «zagales,
Arrimáos aquí á estos portales;
Ninguno se asombre,
Que esta fiesta se hace por el hombre.»—
Con este consuelo
Los pastores bajaron de un vuelo.
Llegan al establo,
Y en el de los cielos hallan un retablo:
En un pesebríto
Ven á un niño con su refajíto;
Y por todos lados
Angelitos ven arracimados
A la dulce Madre,
Y á su Esposo, que nunca fué Padre.
Ven dos animales

Recostados sobre los umbrales:
Pidiendo licencia
Se entraron con gran reverencia:
Llegan á la Virgen
Se arrodillan y humilde la dicen:—
«Señora del cielo,
¿Cómo á Dios ahí teneis por el suelo?
¡Misterio profundo!
En buen hora parásteis al mundo.
Mi niño, no llores,
Que nos quemas con agua de amores (1).
A Dios, gran Señora,
Padre Pepe, á Dios por ahora;
Que vamos á casa,
A ofrecéros las todas sin tasa.
A Dios, mi niño,
Descansad, y dormid un poquito.
A Dios, señor buey,
Señor mulo, con Dios os quedeis.»
Y así van saliendo
Los pastores; y á Dios bendiciendo.

—¡Otra, otra! clamó el auditorio á una voz.

—¡Otra, tío Gaspar! ¡Así Dios os dé salud! Tía Pavona, un vaso de mistela á Gaspar, que trae tanto frio como sed, gritó el alcalde.

—Toda la mistela se la ha dado la tía Pavona á Florin, chilló una voz de tiple, que salió de un grupo de niños sin editor responsable.

—Es muchísima mentira; dijo con su ágría voz la tía Pavona, apareciendo en medio del cuarto con un vaso de mistela en la mano y echando con sus des-

(1) ¿Qué poeta calificó jamás más bellamente las lágrimas?

aparejados ojos furibundas miradas hácia el grupo de niñas. Las muchachas, que estaban muertas de risa, cogieron la pandlereta y se pusieron á cantar:

Francisca, por tu tejado
Vá subiendo una culebra;
Madre, como pica el sol;—
Más pica una mala lengua.

—¿Burlarse de las canas? ¿Quién vió eso? decia furiosa la tia Pavona á su amigo Florin.

—El mundo anda perdido, contestaba éste.

Entretanto Gaspar habia bebido su vaso de mistela, y recitaba la relacion pedida.

Hácia Belen caminando
Iba una niña preñada,
Montada en un jumentillo,
De un anciano acompañada.
—«Vamos, vamos de prisa
Porque ya la noche viene,
Y quizás no encontraremos
Casa donde nos alberguen:
Abre, abre, mesonero:
La puerta de tu meson,
Que está María de parto,
La traigo en el corazon.»
Salió al punto el mesonero
Diciendo: «¿Quién es quien llama
Con tanta prisa á mi puerta,
En una hora tan mala?—
Yo soy, le respondió el santo,
Que veugo á pedir posada
Para un pobrecito anciano

Y una doncella preñada.—
El mesonero responde :
«Vaya San José con Dios ,
Que yo no quiero esta noche
Más ruido en mi meson.—
» ¡Ay! Dános albergue ,
Hazlo en caridad.
¡Que el vernos tan pobres
Te mueva á piedad!—
No doy posada ninguna
Si no me aprontan la paga;
Que con recoger á pobres
Mi bolsa no gana nada.»
El mesonero era tuerto,
Y al cerrar el aldabon,
Se le saltó el otro ojo.
Que fué castigo de Dios:
Y bien merecido;
Por tan temerario.
Ya puede vender
Coplas y rosarios.

En este instante sonaron las ánimas. Sucedió á la alegre algazara un profundo silencio. Se pusieron todos en pié, y los hombres se quitaron los sombreros.

En esta hora, que la Iglesia dedica á las ánimas, los católicos unen sus oraciones á las de su santa madre, y un clamor unánime y universal en el orbe católico llega al trono de Dios, cual una humilde intercesion que el Señor de la misericordia no desatiende. Este santo recuerdo que la Iglesia ha instituido, es eterno como todo lo suyo.—Vence al poderoso tiem-

po, destruye el ingrato olvido, y todo muerto católico deja en la tierra miles de hermanos que oran por él. Beatriz, como dueña de la casa, dijo en voz alta la siguiente oracion, que fué seguida de la dominica (1).

Animas benditas fieles,
Que en el purgatorio estais,
Tremendas penas pasais
Y tormentos mil crueles!
El Señor que os redimió
Tenga por bien el llevaros
A la gloria que os ganó.

No parecia sino que la campana de la Iglesia, al imponer con su grave voz silencio, habia tenido dos fines para hacerlo, y que despues de implorar el socorro espiritual para los muertos, lo implorase material para los vivos, dando lugar con la repentina suspension de la alegre algazara á que llegase á oídos de todos, apenas hubieron concluido la oracion, un quejido.

¡Dios'mio! ¿á quién no estremece un quejido? ¡un quejido que es un llamamiento á la humanidad? ¡un quejido que es á veces el triste desahogo de la mansa resignacion, á veces el desatinado gemido de la angustia, á veces el brote de la desesperacion, y á veces el estertor de la muerte! ¿qué corazon no saltó en

(1) Llámase así el Padre Nuestro por dirigirse á Dios porque dominico es lo perteneciente á Señor ó amo.

el pecho que le encierra al oír un quejido? ¿qué alma no se estremeció, y qué voluntad hubo bastante inerte para no prestarle socorro? ¿qué corazón de hierro hay que un quejido no hiera como un cuchillo, que no atravesase como un puñal?

El primer quejido que se oyó, débil y plañidero, dejó á todos suspensos y como aterrados, porque el contraste de las sensaciones que experimentaron los que participaban de aquella alegre fiesta, en aquella tibia é iluminada estancia, al oír el triste quejido que les llegaba de fuera, en donde reinaba la noche tan fría y tan oscura, era demasiado grande, la sacudida que les causaba demasiado fuerte para que no turbase al pronto sus ideas y suspendiese sus facultades. Pero al oírse poco despues el segundo, todos simultáneamente se lanzaron hácia la calle. La primera fué la buena viuda, á quien siguió de cerca el alcalde. Pocos pudieron imitarlos; porque apenas habia salido Beatriz, cuando volvió á entrar con un niño en los brazos.

Quien conozca la caridad de las mujeres, en general, y de las españolas en particular, sobre todo si esta se ejerce sobre un ángel de Dios desvalido, podrá figurarse la manera con que todas las que allí se hallaban, rodearon á la viuda, y las exclamaciones de lástima, de cariño y de dolor, que como un coro santo saludaron á la abandonada criatura; en cuanto á Beatriz, lloraba á lágrima viva; abrigaba contra su latiente pecho el arrecido y desfallecido expósito; ca-

lentaba sus yertas manitas con su aliento, y acercaba sus piescitos al brasero. Las mujeres se afanaban en prestar mano á la buena obra: una traía de la cocina un poco de caldo, la otra un poco de vino; y aquel pobre niño, bajo la influencia de esos cuidados simpáticos, iba reviviendo, el calor volvía á hacer circular activa su sangre: por fin, abrió sus ojos, y miró con asombro cuanto le rodeaba; y prorumpiendo en llanto, dejó caer su cabeza sobre el seno de Beatriz, llamando á su madre. Tendría la pobre criatura abandonada sobre dos años; traía puesto un capisayo de bayeta color de castaña, y en la cabeza una marmotita de punto de lana encarnada, todo pobre y raído.

No era el niño del lugar; allí nadie abandonaba sus hijos. Había su Madre de ser transeunte, y haberse alejado tan luego como allí expuso al niño. Es imposible que las personas mas cultas y delicadas discurriesen mas consuelos y mas halagos que los que fueron puestos en juego para consolar á la pobre criatura. ¡Tan cierto es, que la verdadera delicadeza es hija de la bondad, y tiene su fuente en el corazón! No obstante, nadie logró mitigar la angustia y el dolor de aquel niño infeliz, cuya madre no respondía á su llamamiento; nada pudo borrar en su acongojado ánimo la extrañeza y repulsa que le inspiraban las caras extrañas de que se veía rodeado; quien lo logró fueron los demás niños. Este mondándole una castaña, el otro dándole un bizco-

cho, un tercero enseñándole una muñeca, y cuando la consabida voz de tiple se acercó, y pasándole sus manitas por las mejillas le dijo: misi gatito, pan con ajito, etc., las lágrimas se secaron, y la sonrisa se asomó á los labios que poco antes gemian en espantosa congoja. Con la del niño volvieron todas las sonrisas á todos los rostros, y mas bellas y alegres que ántes, porque en ellas brillaba la santa satisfaccion que comunica al hombre la buena accion que se ha hecho; porque digan lo que quieran los pesimistas, pinten como solo fruto del bien en este mundo la ingratitud y la injusticia, la mala interpretacion y á veces hasta el ridículo, no hay tal, no hay tal; el bien que se hace, trae aun en este mundo su recompensa interna y externa; el que diga lo contrario, es porque ha hecho poco bien en su vida. Uno de los hombres mas caritativos que hemos conocido, y que toda su vida esparció alrededor suyo el bien, como el labrador esparce el trigo al sembrarlo, solia decir: «Muchos se quejan de la ingratitud y yo me quejo de la gratitud que me persigue é importuna.» Este hombre era el Padre de quien escribe estas líneas. Perdónesele el santo orgullo que le mueve á nombrarlo, al esparcir las ideas y sentimientos que inculcó á sus hijos. ¡Oh caridad, virtud de las virtudes, y placer de los placeres! ¡Tú, que eres tan buena que en todos los corazones te introduces aun en aquellos que te despiden de palabra, no nos abandones nunca! Santa caridad, ¡qué sería el mundo sin tí!

—¿Cómo te llamas? preguntó Beatriz al niño que todos seguían rodeando.

—Memé, Memé, respondió el niño.

—Eso es que se llama Manuel, Manuel, gritaron las mujeres.

—Comadre, ¿y qué va Vd. á hacer con ese niño? preguntó el alcalde.

—¿Y qué he de hacer? contestó la buena viuda; quedarme con él, ampararlo, prohijarlo. ¿No veis, compadre, que ese niño que en esta santa noche aquí á mi puerta lloró de desamparo, de hambre y de frío, me le envía el Niño Dios? ¿Había de cerrarle mi puerta? ¿Había de desentenderme del llamamiento? ¡No lo permita el Señor! Y tomando al niño por la mano, con esa santa exaltación que inspiran los sentimientos religiosos, se acercó Beatriz al nacimiento. «Señor, dijo, tú me lo envías; por tí le prohijo, por tí le seré madre, por tí hago esta obra de misericordia, *por tí, por tí.*»

—¡Bien hecho! ¡Bien hecho, Beatriz! gritaron en coro las mujeres. Dios te premiará tu buena obra, mujer; que quien bien hace, para sí hace.

Cuando dijimos que todas las caras sonreían, dijimos mal; porque una había que lejos de prestarse á hermostarse con esta gala del rostro, se había encapotado más de lo acostumbrado; era esta la de la tía Pavona, que decía á su amigo Florin: «¡Habrás gran picarona la que así haya abandonado á su hijo! amigo, no tenerlo; pero si se tienen, que cada cual

cargue con su cruz. ¿Pues qué no hay mas que echar hijos á puerta agena? ¡Tunantona! ¡Rufiana! ¡Herege! ¿Si se habrá figurado esa judia que esta casa es la inclusa? No, no, en esta casa no se quieren ruidos. ¡Ninos! ¡de ellos nos libre Dios! ¡Con que los propios son, y no son mas que pesadumbres! Dos tuve, me harté de criarlos, me *destuetanaron*, Florin; y cuando fueron mozos, se los llevó el Rey, y los franceses de Napoleon, ¡malditos sean! me los mataron; de manera, que despues que les di todo mi calor, no tengo en mi vejez la calor de nadie, y tengo que servir, en lugar de tener quien me mantenga en mi casa.

Pero al oír la perentoria declaracion de Beatriz, de prohijar al pobre expósito, la tia Pavona se levantó erguida como Juno, fruncido el entrecejo como Júpiter, y como Aquiles á su tienda, se retiró á su cuartucho, muy resuelta á quedar completamente extraña á la crianza del niño.

EL DIA DE REYES.

SEGUNDA PARTE.

Los tres Reyes del Oriente
Caminan con agua y frio,
Hasta llegar al portal
A ver al recién nacido.

Los Reyes magos caminan
Guiados por una estrella,
Hasta llegar al portal
Donde hallaron la mas bella.

Seis años habian pasado; y seis años en un niño traen extraordinarias mudanzas. El pobre expósito, que tan feliz amparo halló en casa de Beatriz, se habia hecho un hermoso muchacho, que á la sazón contaba ocho años. Era tan bonito, y habia sido tan bien criado por su madre adoptiva, que era querido de cuantos lo conocian, hasta de la tia Pavona, que aunque no dejaba de regañarle, porque el regaño le

era anexo como al suave arroyuelo su murmullo, se miraba en el niño como en un espejo. Cuando Beatriz, gozándose en su obra, le recordaba lo mal que habia recibido al pobre niño, la tia Pavona, por no dar su brazo á torcer, contestaba á su ama, que tambien era medio parienta suya: «¡Sí, sí, cria hijos, cria hijos para el Rey! ¡Sí sí! ¡Si hay una guerra con el francés, ya verás! Se te han de secar los ojos de llorar. ¡Hijos! ¡Hijos no son mas que pesadumbres.»

La viuda, aunque habia llegado á los cuarenta y cuatro años, se mantenía fresca, suave y serena.

El alcalde habia aun ensanchado un poco las pretinas de sus calzones, pero por mas que habia hecho, no habia podido estrechar los lazos que le unian á su parcería, que no queria mas parcería que la del rancho.

La pergaminosa tia Pavona no estaba ni mas vieja, ni mas flaca, ni mas fea; porque desde que tuvo la honra de presentársela, no cabia en estas tres *anti-gracias* el más. Tampoco cabia el más en su amistad con Florin. Seguía esta en su apogéo, dando un mentís á los pesimistas, que niegan la constancia en la amistad, y un triunfo á los optimistas, que la creen austera y pura por íntima que sea.

Las fechas en que tuvieron lugar los sucesos que vamos refiriendo, son bastante atrasadas para que aun se celebrasen las fiestas religiosas y populares representando á lo vivo los hechos que solemnizan. No existian por entonces gacetilleros melifluos, de

tan delicados órganos auditivos, que las zambombas y panderetas les causasen jaquecas, ni sábanas santas impresas y ambulantes que llevasen por todo el reino tan interesante noticia.

Entonces las zambombas y panderetas, que hoy día atacan los nervios de los gacetilleros, causaban á todos un sentimiento de placer y alegría; entonces éramos todos españoles, práctica y teóricamente; lo éramos de alma y de corazón, de costumbres, gustos y lenguaje; éramos hermanos y no enemigos; no teníamos mas que una bandera, una fé y una ley. Es cierto que no habia *dandys*, *coquetas*, ni la profusion y riqueza de palabras francesas, con las que los periódicos de la capital ostentan su valor y adelantos en lo *fashionable*; pero enseñábamos entonces al mundo á vencer al coloso ante quien Europa doblaba la cerviz, y cada español sabia ser un héroe para defender la independendia, el altar y el trono. Aprendiz ilustrado hay que está persuadido que desde entonces acá hay trescientos años, y que mira al noble vencedor de Bailen como un anacronismo.

El día en que volvemos á anudar nuestra relacion era el de Reyes. Afanábase Beatriz aquella mañana con algunas vecinas en vestir de ángel á Manolito.

Sobre un vestido ceñido al cuerpo de punto color de carne, le habian puesto una corta túnica blanca con mangas cortas y anchas bordadas de plata, sujeta en los hombros y pecho con broches de piedras. Rodeaba su talle un cinturon de plata. Ceñía su cabeza

una corona de rosas; en los pies llevaba unas sandalias con cordones de plata. y en la espalda tenia colocadas alas de brillantes plumas. Cuando estuvo vestido, lo llevó su madre á la iglesia. Allí se habia puesto el misterio al pie del altar. La Virgen y San José eran dos hermosas efigies, y entre ambos estaba el recién nacido echado sobre paja. A cada lado se colocaba un niño vestido de ángel, de rodillas, con sus manitas cruzadas en señal de adoracion. Como para esto se elegian entre los mas bonitos y acomodados que habia en el pueblo, uno de ellos habia sido Manolito el de Beatriz, que reunia estas circunstancias. ¡Difícil hubiese sido el ver un cuadro vivo mas lindo que el que formaban esos dos niños en adoracion ante el Dios de los ángeles! No habia ni un corazon frio, ni ojos secos en aquella santa fiesta. Entraron entonces gravemente muchos hombres vestidos de pastores, trayendo sus ofrendas al recién nacido; bailando luego al pie del altar con movimientos lentos y graves, baile que causaba la extraña y ferviente sensacion de devocion que causa la bellísima danza de los Seises en la Catedral de Sevilla, con su origen tan antiguo, su estabilidad tan respetable, su santa poesia y magnífica sencillez. Toda innovacion se estrella contra aquel santo templo, como las olas del mar sobre una roca; el tiempo desgasta sobre ella su diente roedor; la impiedad se replega, baja su altiva cabeza y busca otro campo en que lidiar. ¡Salve, santo templo católico! Consérvete siempre España como su mas preciosa jo-

ya, como su mas santo tabernáculo, como el mas grandioso panteon del mas santo de sus reyes.

Siguieron á los pastores los mas pudientes del pueblo vestidos de reyes magos, y montados sobre bien enjaezados caballos y seguidos de su séquito. Precedíalos una luciente estrella. Llegado que hubieron á la iglesia se apearon. El primero que entró, representando un majestuoso anciano con barba y cabello blanco, se arrodiló ante el recién nacido y ofreciéndoselo le dijo: Os traigo incienso como á Dios. El segundo, que representaba al rey Gaspar, se arrodilló igualmente, y al deponer su ofrenda dijo: Os traigo mirra como á sacerdote. Por último, el rey negro Melchor, ofreció oro, diciendo. Os traigo oro como á rey.

Quien durante esta tierna ceremonia hubiese podido distraer su atencion del devoto cuadro que hemos descrito, y la hubiese parado en un forastero que se hallaba cerca de una columna, habria notado que aquel hombre fijaba sin cesar á Manolito, ó por mejor decir, á aquel ángel bello que estaba al lado del pesebre tan inmóvil, tan penetrado de la adoracion que le inspiraba el misterio, tan embebido en su contemplacion, que no parecia sino que era realmente lo que allí se representaba. Este hombre tenia muy buena presencia y manifestaba como unos cincuenta años. Vestia, aunque con mal gusto, bien y aseadamente, y tenia en la recta linea de su espalda y en lo erguido de su cabeza algo que indicaba el militar.

Cuando la función hubo concluido, se preguntaban unos á otros en los grupos que se formaron en los porches de la iglesia, quien era aquel forastero.

Solo podia contestar á esta pregunta el mesonero, el que lo hizo con la prosopopeya y el aire importante como lo haria el dueño de Mivarts hotel en Lóndres al decir que tal ó cual rey ó prima-dona, emperador ó baritono Nabab, ó desterrado político honraba su establecimiento. Súpose que el forastero era un *teniente capitán* retirado que pensaba descansar sobre sus laureles, aunque todavía por lo visto no habia decidido donde asentar sus reales, y fijar sus cuarteles de invierno.

Un *teniente capitán* mal vestido y de cincuenta años en un ejército, ó en una capital, no llama mayormente la atención; pero no así en un pueblo del tenor de aquel en que hizo su entrada triunfal el susodicho veterano, en pos de los Reyes, en contraposición de la estrella, que iba delante; allí un *teniente capitán* llama extraordinariamente la atención, es un personaje muy visible; y si me apurais diré que es una notabilidad.

El militar observaba, haciendo algunas preguntas á los paisanos que se hallaban á su lado, á un grupo de mugeres, entre las cuales estaban Beatriz y la tia Pavona, que se esforzaban de sustraer á Manolito á los cariños de las mugeres, y envolverlo en una abrigada manta.

—El demonio del *militronche* ese, que no nos quita ojo! dijo una muchacha.

La pobre tia Pavona, que conservaba cierto cariño á la tropa por haber pertenecido á ella sus hijos, volvió la cabeza, miró con sus disparatados ojos al forastero y dijo:

—Pues es un real mozo.

—Un real viejo, replicó la muchacha.

—Calla, pispireta, que los *meletares* no llegan á viejos en su vida de Dios.

—¿Y cómo sabe Vd. que es *meletar* sino trae casa-
ca? ¿Le ha echado á Vd. algun requiebro?

—No me ha dicho ni buenos ojos tienes, cuellisca-
cada.

—¡Ya!! Al menos que los suyos no estuvieran
hueros.

—Se lo conozco en lo guirocho, ¿estás?

—Tia Pavona, si la oye á vd. Florin se va á
amoscar.

—¡Ay! Que nos viene siguiendo, dijo otra.

—Ya, como ha notado que á la tia Pavona le ha
entrado por el ojo derecho, que es el que tiene como
Dios manda.

—Eso lo llaman los que sirven al rey hacer la *re-
teguardia*.

—Tia Pavona, la decencia manda que le diga
usted que toque la retirada estando por medio
Florin.

—¿Quereis callaros, cotorras descaradas? exclamó

sofocada la tia Pavona. ¡Sobre que las mozuelas hoy dia no gastan ni respeto ni recato! alegrarme habia de que el *meletar* os plantase una fresca, que os sacase los colores á la cara, hato de cascabeleras, cabezas de chorlitos sin meollo ni sentido.

—Vaya, déjelas Vd., tia Pavona, dijo la Buena Beatriz; los pocos años, señora, los pocos años; alegría y no mas que alegría.

Habian llegado á su calle: las muchachas se fueron á sus casas y Beatriz entró en la suya con el niño y la tia Pavona; pero ¡cuál no seria la sorpresa de la recatada viuda, cuando vió que en seguimiento suyo se entró marcialmente el militar como Pedro por su casa! Beatriz, que habia quitado la manta que envolvía al niño, para desnudarlo, se paró y preguntó al atrevido:

—¿Qué se os ofrece, caballero?

—Señora, respondió éste; tan solo, y con licencia de Vd., una pregunta y me retiro; porque yo no estoy de más en ninguna parte.

—¿Y cuál es esa pregunta, señor?

—¿Ese niño es vuestro?

No es posible expresar el asombro que se pintó en el semblante de Beatriz al oír aquella inesperada pregunta.

—¿Y con qué derecho, con qué motivo y con qué objeto me haceis tan extraña pregunta? dijo al fin haciéndose dueña de su conmocion.

—Si me asegurais que es vuestro, toco en retirada

y excusado seria contestar á las preguntas que me haceis; si no fuese el niño hijo vuestro, os las contestaré una por una.

—Es que yo no tengo que dar cuenta á nadie de si ese niño es mi hijo ó no... y no responderé.

—¡Hola! ¿Con que es un misterio como el Santo?

—No, no es misterio; el niño es mio y muy mio; ya estais contestado.

—¿Y cuál es su Padre? puesto que he averiguado que hay doce años que sois viuda?

La pobre Beatriz, viéndose cogida, se quedó tan cortada que la sangre subió á sus mejillas y las lágrimas á sus ojos.

—Señora, prosiguió el militar con voz conmovida, ese niño lleva un sobrescrito en su cara con el nombre de su Madre, y su Madre era mi mujer.

—Ni fué Madre, ni fué mujer la que abandonó á un hijo suyo, exclamó exaltada Beatriz, y si lo fué, con ese mero hecho dejó de serlo.

—Pero yo soy su Padre, y no le abandoné yo, no,

—¿Y qué pruebas dais para justificar lo que decís? Pues qué, ¿no hay más que venir á arrancar á un hijo de los brazos de la Madre que la Providencia le deparó, cuando la suya dejó de serlo renunciando así á todos sus derechos y abandonando sus títulos?

—Las pruebas yo os las daré, señora; contestó el militar sentándose, porque estaba tan conmovido que se sentia vacilar sobre sus piés.

Entónces hizo con grandes pormenores la rela-

cion que en breves palabras transcribimos á continuacion:

Era sargento, cuando fué destinado su Regimiento á la expedicion de Ultramar, confiada al mando del bizarro General Morillo. Fuéle, pues, forzoso enviar á su mujer, que era jóven y linda, y á un hijo de dos años, que de ella hubo, al pueblo en que esta tenia su familia, en la Mancha. En América se portó nuestro sargento bien; tuvo suerte, ascendió é hizo algun dinero. A su vuelta á España, se apresuró á ir á reunirse con su mujer; pero en su pueblo supo que nunca habia llegado á él, que habia seguido á otro soldado por algun tiempo, y que viéndose abandonada por éste, avergonzada y sin atreverse á ponerse delante de sus honrados Padres, se habia echado á la vida airada y que se creia estuviese en Sevilla. El ultrajado marido, el angustiado Padre, voló á aquella capital, y despues de minuciosas pesquisas, halló por fin á su mujer expirando, ética y llena de lacras en un hospital; pudo aún ántes que muriese perdonarla para que no acabase desesperada, y saber lo que habia sido de su hijo. La inícuca, cediendo á las sugerencias de su amante, al pasar por aquel pueblo, habia depositado á su hijo en una casa, en la que con devocion, paz y alegría de corazon se celebraba la Noche-buena, y donde pensó que hallaria amparo en la caridad de tan buenas almas. El niño llevaba puesto un saquito de color de castaña y un gorrito de punto de lana encarnado.

—Después de hacerla un buen entierro, pues al fin aquella desdichada era mi mujer,—concluyó el militar,—me puse temprano esta mañana en camino para venir aquí, donde llegué poco antes de la función. Cuando en la iglesia entré, lo primero que ví fué á ese ángel al lado del misterio, y ese niño era el vivo retrato de mi mujer. No parecía sino que allí estuviese con sus manos cruzadas rogando á Dios por su Madre. Ahora bien, señora, ¿reconoceis el derecho, el motivo y el objeto de mi pregunta?

Por toda respuesta, Beatriz estrechaba al niño entre sus brazos, deshecha en lágrimas; el niño que veía la aflicción de su Madre, la abrazaba llorando, formando así aquel grupo el cuadro alegórico más propio de un ángel, compadeciendo y consolando al dolor.

—Pues qué, dijo al fin Beatriz sollozando, seis años de cariño, de esmeros, de cuidados y de desvelos ¿no son nada? y acaso ¿no da derecho á un bien que me dieron sin pedirlo y me quieren arrancar contra mi voluntad? ¿no clama esto al cielo?

Bien conozco, repuso el militar, los sacrificios que ese hijo mio os habrá costado; los unos no los puedo pagar sino con agradecerlos; los otros... dinero traigo, señora: justo es, y más que justo os los resarza.

—¿Con dinero me quereis pagar? exclamó indignada la viuda, ¿á mí, que testado he de cuanto tengo en favor de mi hijo adoptivo? Así es que no me lo po-

deis arrancar sin causarle un grave perjuicio. ¿Dónde, señor, ha de estar el niño como á mi lado?

—Al lado de su Padre, señora, que á la fuerza lo ha de querer más.—Ven, hijo mio de toda mi alma, que yo soy tu Padre.

El militar quiso coger al niño en sus brazos, pero éste asustado, se asió con fuerza al cuello de su Madre.

—Ya lo veis, exclamó ésta, ya lo veis que no quiere dejarme.

—Será preciso, repuso el militar exasperado.

—Pues procuradlo por justicia y pleitearemos, porque solo á la fuerza me lo arrancareis.

—Y, ¿qué tribunal no otorga su hijo á un Padre que lo reclama?

—El de la conciencia, el de la justicia, señor, que no deben reconocer el derecho que tiene á una cosa aquel que la abandonó y arrojó de sí.

—¡No fui yo, por vida mia!

—El niño estaba á mi puerta arrecido, gimiendo y abandonado.

Mientras esta acalorada y aflictiva contienda tenia lugar, habia llegado Florin, que en el pátio, absorto la escuchaba con su amiga la tia Pavona.

—Aquí de Salomon, dijo esta al alguacil.

—Tia Pavona, contestó éste, siempre sucede así; en aquello que tiene uno puesto los ojos viene el diablo y se lo llevó; lo propio me sucedió cuando se murió mi mujer.

—¡Toma, y á mí con mis hijos!

Entretanto, el militar habia dado unas vueltas por el cuarto. El alejamiento que le habia demostrado su hijo, habia hecho correr por aquellas atezadas mejillas dos lágrimas, quizás las dos únicas que en su vida hubiese vertido; de repente se paró delante de la viuda.

—Señora, dijo volviendo á su tono marcial, ni vos quereis soltar al muchacho, ni yo me he de avenir á quedarme sin mi hijo; pues, señora, vamos á parecería, y que sea de los dos; si quiere Vd. al niño por hijo, tome Vd. al Padre por marido.

Al oír hablar de marido, la viuda hizo un gesto y una exclamacion de repulsa.

—¡Jesus! ¡Jesus! ¡Casarme! ¡No lo permita Dios!

—Pues venga el niño.

—Dejádmele por María Santísima, y vivid la casa de junto.

—¡Pues no! ¡Tendria que ver! ¡De visita vendria yo á ver á mi hijo! ¡De planton á la puerta hasta que me la abriesen! Nada de eso; ó entro yo, ó sale él.

—Pues véngase Vd. á vivir acá, sin que sea preciso por eso casarnos.

—¿Alojado? No, señora, no quiero patrona, que quiero mujer, y si Vd. no quiere ser la mia, busco otra, y madrastra tendrá el niño.

—¡María Santísima! ¡Ni que Vd. lo piense, mal padre! ¡Hijo de mi alma y de mi corazon!

—Pues sea Vd. su madre con mil de á caballo, ó

maldito lo que creo en ese cariño. No le haga Vd. tanto feo á un marido, señora, que las casadas se van á la gloria por el mismo camino, y con la misma mortaja negra que las viudas, porque en cuanto á la palma *volaverunt*.

—Jesus, señor, que me está Vd. poniendo entre la espada y la pared.

—¡Cabales! Así, escoged; en la inteligencia que esta espada está bien templada; que nunca NI SE SACO SIN RAZON, NI SE GUARDO SIN HONOR (1).

—Pero caso que me echase las bendiciones, como tanto me cuesta el dejar el estado honesto, me parece.....

—Nada de simulacros, señora, interrumpió el militar. Vd. se casa para ser mi mujer, y colgar á un clavo su luto de viuda, ó yo me llevo á mi hijo, y hasta del lugar me lo habia de llevar, si no fuese este mi pueblo.

—Pues qué, ¿sois de aquí?

—Si, señora, aunque falto de mi casa desde treinta y dos años; y despues de hallar á mi hijo, voy en busca de mi madre, que lo que es mi padre ya sé que murió; en gloria esté.

—Pues... ¿cómo se llama Vd.?

—Andrés Pavon, para lo que Vd. guste mandar.

—¿Hijo de mi tío el carpintero de basto; tío Mateo Pavon?

(1) Lema de las antiguas espadas hechas en Toledo.

—El mismo, en propia persona

—¡Tia Pavona! ¡Tia Pavona, gritó Beatriz; acuda Vd., que aquí tiene Vd. á su hijo!

La Tia Pavona entró, y Beatriz repitió la frase.

—¡Anda á paseo! dijo la tia Pavona. ¡Qué habia de ser mi hijo, si entrambos me los mató el francés! ¡Maldito sea!

—Señora, dijo el militar dirigiéndose á su Madre: ¡yo soy Andrés, yo soy Andrés!

—Oiga, *melitar*, repuso con muy mal gesto la tia Pavona, diviértase su merced con el rabo de un gato, y no con una mujer *respetuosa*. Sobre que todo lo quiere su merced ser: padre del niño, marido de Beatriz, y por último, hijo mio. ¡Vaya con el guason!

—Pues... dígame á Vd. que estamos bien, exclamó con impaciencia el militar; ni mi hijo me quiere reconocer por padre, ni mi madre por hijo. Señora, usted se llama Andrea; mi padre (E. P. D.) Mateo; mi hermanito, José, y yo Andrés. Usted siempre fué mas cascarrabias que un sordo, y mi padre que era su merced chilindrinerero, le habia sacado una cantinela que le cantaba con su sonsonete, dando con el martillo en el banco.

Andrea.....

Mala ralea,

Muda te vea!

Al oír estas últimas señales mortales, la tia Pavona

convencida, se echó al cuello de su hijo hecha un mar de lágrimas.

—¡Hijo mio! ¿Pues no te mató el francés? repetía entre sollozos.

—Señora, ¿quiere Vd. que enseñe la fé de vida? Ahí la traigo, que la necesito para cobrar la paga.

—Pero .. ¿cómo escapáste del francés, hijo de mis entrañas?

—Matando al que me queria matar á mí, sin andarme con aquí las puse. Ea, pues, todo está bien y á la trinca; todo me lo hallo en casa, madre, hijo y mujer, porque ha de saber Vd., Madre, que me caso con Beatriz, y cate Vd., añadió señalando al niño, el padre Cura que nos casa. Bien vé Vd., que en esta casa hacia falta un hijo, un padre y un marido. Todo lo traigo en una pieza, como quien dijera el fusil, la baqueta y la bayoneta. Y sepan Vds. que el que aquí se presenta, tiene bien ganadas y bien adquiridas una charretera, una cruz, y cien mil reales.

La tia Pavona se puso á persignarse con ambas manos y á bizquear de los dos ojos.

—¿Con que ese niño es hijo tuyo? preguntóle al suyo.

—Y de Vd. nieto en línea recta y legítima, como yo su hijo, respondió el militar, abrazando con entusiasmo al niño que con su vestido de ángel aparecía ahora como el de la paz entre los dos contrincentes.

—¿Qué tal, *Mae Pavona*, dijo Beatriz, si no hubiese yo recogido al niño aquella noche?

—¡Ay! contestó la feliz vieja: ¡qué bien que te dijeron en aquella ocasion, que *quien bien hace, para él hace!*

Ni un terremoto hubiese conmovido más á aquel pacífico pueblo, que la cuádruple alianza de noticias, que como un pájaro de ligeras plumas salió á volar por el lugar.

Primera. Habia llegado un *teniente capitán*.

Segunda. Era éste el padre del niño de la tia Beatriz.

Tercera. Era igualmente el hijo de la tia Pavona.

Cuarta. Y era además marido para la viuda incasable.

La barriga del Alcalde tuvo un movimiento de oscilacion muy marcado. Intentó protestar contra esta toma por asalto de una plaza que él tenia pacíficamente sitiada desde doce años; pero se contuvo pensando que, no era ni prudente ni patriótico poner en lucha abierta las pretensiones y derechos civiles con los militares.

Se hizo una boda que fué sonada. En la cena hubo brindis, cantos é improvisaciones.

El barbero compuso un trovo ó romance en que decia, que si el niño Dios le deparó un niño desnudo y pobre como él á la viuda, los Reyes, por premiarle la buena obra de haberlo recogido, le depara-

ron un marido que traía una gran parte de la plata del Perú, y un corazón abrasado en llamas, como una barrica de alquitran en la noche de San Juan.

Aquella noche la tía Pavona hizo unos pestiños, obra maestra en su género, pero que se le sentaron en la boca del estómago á Florin, que en aquella sola y única ocasion abusó de la condescendencia de la amistad.

El vino puso al teniente capitán muy alegre, y al alcalde muy sentimental.

Cuando le tocó su vez de cantar, rebotó su melancolía en estas palabras:

Confórmate, corazón,
A padecer y penar,
Pues quisiste á un imposible...

El militar acabó la copla con una voz como una corneta, con estas coplas:

Que se llevó un militar.

Añadiendo en seguida esta otra:

¡Qué lástima de carita
Que fuese para un paisano,
Pudiéndosela llevar
Un soldado veterano!

— ¡Qué demonio de hechizo tiene la gente de tropa, decía con un suspiro que hizo vacilar la llama

del velon , el Alcalde á la recién casada viuda , que no hace más que llegar y pegar!...

Andrés Pavon que le oyó , contestó muy pronto con esta copla:

Es táctica, y no es hechizo,
Es el saber atacar,
Y aunque manden retirada.,
No hacer caso, y avanzar!

La tia Pavona fué tanto lo que gozó aquella noche en ver unidas á las dos personas que más queria, que se rejuveneció como el Fénix , vivió veinte años más, y murió há poco de noventa y cuatro años, dejando á Florin veinte duros.

**Estracto de un trabajo de Mr. de Ferdinand Denis
sobre las Noéls ó villancicos de Francia.**

Varias razones nos han movido á traducir algunos extractos de este trabajo del distinguido literato F. Denis. Es la primera demostrar en cuán alto aprecio tienen todas las naciones, aun la más escéptica, la Francia, la poesía popular y religiosa, es otra razon porque vemos que cuanto dice sobre los *Noéls* franceses es aplicable á nuestros cantos de Nochebuena; y, por último, es para probar á los que echan sobre nosotros el fallo de mezquinos y ridículos por recolectar con tanto empeño los cantos, cuentos, costumbres y leyendas populares, que echan ese anatema al mismo tiempo sobre los más cultos literatos de Europa, que con harto más talento, saber é inteligencia que nosotros, pero con el mismo gusto y empeño, se han dedicado á la misma tarea.

FERNAN CABALLERO.

«Es una poesía muy humilde la que intento dar á conocer; una poesía que es propia de mujeres, niños y ancianos, que por lo regular no sale de los límites de las aldeas, y que perdería todo su perfume de suave sencillez, si en ella se buscase otra cosa que un alegre brote de cándida religiosidad.

Entrad, pues, en una iglesia de aldea si deseais comprender y sentir esta poesía de los cantos populares de Navidad, que por el título que llevan habreis mirado con desden. ¿Pues qué, no hay mas que sonreír con menosprecio al oír esta voz de pasados tiempos, que repitieron con tan suave alegría nuestros antepasados, que ha consolado tantos corazones quebrados, y que ha sido un grito de tan sincero entusiasmo del hombre ante el nacimiento de su Dios? (1).

(1) ¡Pobres franceses católicos, que de este sincero entusiasmo, etc., tienen que hablar como de cosa pasada!.... Y gracias á Dios que nosotros de ella hablamos como de cosa presente é inamovible. No que nos falten Voltaircillos; pero sea que les falte mucho para llegar á aquel gran preste del ateísmo, ó que en el suelo español no germinan sus doctrinas, no han adelantado gran cosa, gracias al cielo.

Los cantos de Navidad tienen toda la candidez de la infancia toda la gravedad de la ancianidad, toda la dulce convicción de la mujer que llora y espera, toda la resignación del labriego en su incesante faena. Es la fiesta de Navidad la única alegría cumplida que celebra el austero culto cristiano, es su única poesía gozosa; todas las miserias de la vida se olvidan en ella, porque en ella están todas las esperanzas; así es que los villancicos tienen en su sencillez una altísima poesía; pero no queda á los frios y desdenosos escépticos del siglo presente en nuestro país sino un recuerdo de la alegría que inspiraron en los tiempos de sinceras creencias, de las dulces lágrimas con las que llenaron los ojos, y quizás no les es dado ya sentir la verdadera poesía de estos gozosos cantos que tienen una eterna juventud.

El espíritu religioso que anima estos cantos y los creó, remonta á la más remota antigüedad. Dice San Gerónimo que entre los primitivos cristianos de la Tebaida se oían cánticos en celebración del nacimiento de Cristo, cantados por el arador arando, y por el viñatero podando su vid. Son, dice el santo Padre, cantos de nuestra provincia, cantos de nuestros pastores. San Crisóstomo exhortaba á los cristianos, para dulcificar sin duda su penosa vida, á que cantasen, exhalando así brotes de amor y esperanza. Pero lo que hay de mas positivo sobre los cantos de Nochebuena, está en San Agustín; en el tiempo de este sagrado intérprete de los santos misterios, durante el

Adviento, se cantaban en honor de Cristo cánticos compuestos por San Ambrosio; pero estos hermosos cánticos no se han conservado, y no eran llamados villancicos.

Seria un error el creer que ese género de poesía popular adoptase siempre una misma forma monótona; al contrario, es variada hasta lo infinito; algunas veces es una cándida oda que se cantaba en coro; otras veces es una voz sola que baja de las alturas y habla á los pastores y á los reyes magos; alguna vez es una relacion; otras son diálogos. El estilo de estos cantos nunca es desdeñoso, aun cuando hace hablar á la mula y al buey; en ellos el pensamiento religioso lo ennoblece todo; y como en los primeros dias de la creacion, todo lo que vive, no vive sino en Dios. Algunas veces en el diálogo el lenguaje de los pobres pastores es *patué*,—dialecto de la provincia—y el del ángel es francés, como en la siguiente muestra, llena de encantadora sencillez.

Angel. Pastores, pastores dejad vuestras cabañas, y acudid á ver vuestro Dios, á vuestro Rey. Partid, partid que seguros quedan vuestros ganados; seguidme á pesar de Lucifer, que envidioso os llama.

Pastores. No sabemos lo que quereis decir. La pobre gente no va á los reyes, de nosotros os quereis burlar, Señor, pues entrar allí no nos compete, y nuestros harapos y nuestras hopalandas no pueden entrar bajo un techo real.

Ya es de suponer lo que responde el ángel, (1) y con qué sentimiento de religiosa beatitud los pobres pastores penetran en el portal que ilumina el esplendor del Dios niño. En el siglo XVII empezó la costumbre de cantar en las Iglesias esos mismos cantos de Navidad. Dice Pasquier: «En mi juventud había una costumbre que se hizo ceremonia, y era cantar todas las noches de Adviento canciones religiosas compuestas en loor de Nuestro Señor, las que aun cantan en las Iglesias.»

(1) Que lástima que no lo hubiese insertado también.

FIN.

